

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

MARIO AGUIRIANO

1. INTRODUCCIÓN

El movimiento obrero orbita inevitablemente en torno a tres tendencias políticas. A pesar de la enorme diversidad empírica, a pesar de las diferencias de matiz y las contingencias de toda clase, a pesar de las muchas peculiaridades históricas y geográficas que puedan invocarse y que de hecho invocan a menudo los profetas de una “complejidad” que no suele ser más que una renuncia a la claridad, todas las opciones, posturas, líneas o corrientes se mueven tozudamente dentro de los términos de esta tríada.

La primera de estas opciones es el espontaneísmo o movimiento. La segunda es la tendencia que podríamos llamar revolucionaria-política. La tercera es el reformismo. El centro

de la primera es la acción espontánea de las masas. El centro de la segunda es la acción política independiente. En el caso de la tercera, es la colaboración de clases o interclasismo.

Todas ellas podrían conocerse por otros nombres. Anarquismo, marxismo y socialdemocracia, por ejemplo. La denominación es relativamente contingente: lo importante es el concepto, la forma real que le subyace. Conceptos que capturan, como se ha señalado, líneas o tendencias políticas, no identidades individuales o colectivas. Pertenecen a un plano objetivo, relativamente independiente de la autopercepción individual o grupal, por más que no sean indiferentes a ella. Trivialmente: un colectivo autodenominado marxista puede perfectamente ser *de facto* un colectivo reformista, un individuo con un historial político impecablemente marxista puede tener opiniones o posturas espontaneístas en un determinado momento, etc. En el plano de la historia no caben los formalismos, y las declaraciones subjetivas son secundarias con respecto a la función o práctica real.

Cabe, además, la posibilidad de que figuras claramente enmarcadas en una de estas tendencias traten de ser apropiadas –previa mutilación– por defensores de otras. La mutilación puede ser más o menos explícita, más o menos justificada –y cuanto menos explícita, más deshonesto–, pero es, por supuesto, inevitable para que la operación funcione. Este ha sido y es el pan de cada día en la política del movimiento obrero y no requiere, de momento, más atención.

Por último, debemos subrayar que entre estas tendencias opera una dialéctica peculiar. No constituyen simplemente una tríada de oposición, vinculada por relaciones puramente externas. Al nivel de una introducción, esta relación solo podría enunciarse de un modo meramente abstracto y formal, por lo que confío en *mostrarla* a lo largo de la argumentación. La razón es simple: al tratar con tendencias reales, el único medio para desvelar sus relaciones internas, y consiguientemente, como parte de ese mismo desarrollo, justificar la

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

necesidad de optar por una en concreto, es analizar su naturaleza en conexión con la realidad histórica de la que son parte. Pues la realidad histórica misma, y no las percepciones o gustos personales, las consideraciones morales de las almas bellas y no tan bellas o las opiniones y fantasías de los “grandes individuos”, es el único juez válido en la disputa entre las diferentes tendencias.

El objetivo de este artículo es mostrar la necesidad de optar por la tendencia que he llamado revolucionaria-política o marxista. Para ello empezaré analizando las líneas generales de esta tendencia, así como su justificación. La discusión unirá las cuestiones conceptuales y el desarrollo histórico, enmarcado todo ello dentro de observaciones generales sobre la realidad del modo de producción capitalista, haciendo que la exposición de las posturas coincida con la justificación de su necesidad. Por último, trataré de desarrollar las tareas generales que la aceptación de estos argumentos impone en el presente.

A modo de disculpa preventiva, debo señalar que, por su forma, este texto parece abundar en el “sesgo de los grandes hombres”: la idea de que la historia, incluida la historia de la política proletaria, es producto de los actos de individuos geniales, que habrían creado desde cero las más brillantes contribuciones. Esto es, por supuesto, falso. Por más que la economía verbal obligue a hablar de, pongamos, “las posturas de Marx”, “la novedad de Marx”, etc. –alimentado de la fantasía de que habrían surgido única y exclusivamente de su mente genial– nunca está de más recordar que la obra y la praxis de los individuos aquí mencionados solo tiene sentido como parte de una historia colectiva, de un movimiento emancipatorio real que fue puliéndose y cobrando conciencia de sí mismo en el transcurso de su lucha. Marx y Engels contribuyeron decisivamente a clarificar los medios y objetivos de este gran movimiento histórico.

Aunque formen un todo y sea en el conjunto como el argumento desarrollado adquiere su plena justificación, las partes de este capítulo pueden leerse de forma relativamente independiente. Así, quien quiera empezar con las cuestiones sobre el presente podrá comenzar por el apartado tercero y después volver a los anteriores. He intentado que la exposición sea todo lo pedagógica posible. Me temo que lo máximo que he conseguido es que sea muy larga y repetitiva. En fin. *Fail again, fail better.*

2. MARX, ENGELS Y LA POLÍTICA REVOLUCIONARA

Los elementos fundamentales de la línea política de Marx y Engels pueden resumirse así: 1) la emancipación del proletariado es la emancipación de la humanidad; 2) la emancipación del proletariado solo puede ser obra del proletariado mismo; 3) solo en el socialismo puede hacerse efectiva la emancipación del proletariado; 4) esta emancipación requiere de la acción política independiente, orientada a la conquista del poder político como mediación necesaria en la construcción del socialismo; 5) todo lo anterior requiere de la constitución del proletariado en Partido.

Estas son las tesis que orientarán su acción política desde el momento en que pasaron a declararse comunistas. Una de las formulaciones más sucintas de las mismas puede encontrarse en el *Programa del Partido Obrero* francés de 1880, cuya redacción corrió a cargo de Marx. Su preámbulo reza así:

La emancipación de la clase productiva es la de todos los seres humanos sin distinción de sexo o raza [...]. Los productores sólo podrán ser libres cuando posean los medios de producción [...]. Esta apropiación colectiva sólo puede alcanzarse con la acción revolucionaria de la clase productiva (o proletaria) organizada en un partido político diferenciado del resto de partidos.¹

1. Marx, Karl, Engels, Friedrich, Lafargue, Paul y Guesde, Jules. "Programme du Parti Ouvrier", *Marxists.org*, 1880.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

La acción revolucionaria de la clase organizada en un partido político diferenciado: esa es, a ojos de Marx y Engels, la vía para la construcción del socialismo. Analicemos esta cuestión.

2.1. LA ACCIÓN POLÍTICA

Para Marx y Engels, la política es el ámbito de las luchas de poder generales entre clases. La política, por lo tanto, solo existe en sociedades divididas por grupos con intereses antagónicos (clases) y consiste en la lucha por imponer sobre el conjunto social los intereses particulares de uno de estos grupos, cuya constitución viene dada al nivel de las relaciones de producción. De ahí que en última instancia la política sea la lucha por el poder *estatal*, que es aquel a través del cual los intereses del propio grupo pueden imponerse sobre la sociedad como un todo. La clase social que posea el poder estatal podrá *gobernar* sobre el resto. A su vez, cuando una nueva clase toma el poder político modifica la forma del Estado en coherencia con aquello que necesita para dirigir efectivamente la sociedad. Por último, la desaparición total de las clases conllevaría la desaparición del Estado, y de la política así entendida.

Política, pues, son las clases tomando el poder político, preparándose para hacerlo, preservándolo, utilizándolo, defendiéndolo, tratando de hacer que se pliegue a sus intereses, desafiando al enemigo, replegándose o pasando a la ofensiva. Esto ya puede resultar motivo de perplejidad, estando acostumbrados como estamos a llamar política a directamente cualquier cosa o al menos, en una versión ligeramente más reduccionista, a identificarla con cualquier proceso colectivo de toma de decisiones. Si en las sociedades de clases hay política *todo el tiempo* es mayormente porque las clases dominantes, con independencia de la fruición con la que conspiran en la defensa de sus intereses, tienen en el Estado el garante general de los mismos.² Pero no existe en sentido estricto una “política” propia de las clases explotadas a menos que estas se organicen colectivamente para intervenir en los asuntos

2. En el modo de producción capitalista, donde la acción política se vehicula a través de Partidos, las clases dominantes pueden confiar en el conjunto de fuerzas políticas vinculadas al programa de perpetuación de la sociedad burguesa y la separación entre productores y medios de producción sobre el que este se sostiene. Sobre el concepto de “Partido del Orden” para referirse al conjunto de fuerzas que coloquialmente llamaríamos “prosistémicas” véase Marx, Karl. *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2003, p. 23. Lo que unifica al Partido del Orden, por debajo de toda su aparente pluralidad y las muy reales relaciones de competencia que esta pluralidad expresa, es su *defensa del programa histórico de la burguesía* (defensa de los pilares de la sociedad burguesa). Esta unidad se hace peculiarmente explícita en las situaciones y cuestiones realmente cruciales para el orden político capitalista –guerras, crisis revolucionarias, etc.–, pues ahí el Partido del Orden se ve forzado a actuar como un agente plenamente cohesionado.

públicos y luchar por el poder. En su ausencia, los explotados participan en política simplemente como grupo subordinado a la clase dominante y sus instituciones, tratando quizás de arrancar alguna mejora dentro de un marco general que se mantiene incuestionado. Por eso la acción política independiente de la clase obrera es algo que se construye y se puede afirmar o rechazar –como hacen desde las clases dominantes hasta gente como Proudhon o Bakunin– y no un hecho inalterable como lo es, por ejemplo, la explotación mientras exista el capital.

Decíamos que *actuar políticamente* es tratar de imponer un interés particular sobre el conjunto de la sociedad. “Acción política”, en definitiva, significa acción al nivel de lo general. La *independencia* política, en consecuencia, es la capacidad de formular conscientemente esos mismos intereses y luchar por los mismos en el plano general.

En las sociedades de clases, el ámbito de lo general es el Estado,³ el poder político centralizado al servicio de la clase dominante. La acción política es por lo tanto la acción al nivel del Estado (esto es, aquella que aspira al poder político o a influir sobre este); la acción política *revolucionaria* es acción al nivel del Estado para *destruir* el Estado de una clase y sustituirlo por el poder político de otra clase.

Si la acción política es la acción al nivel de lo general: ¿qué es, en lo que a la lucha de clases respecta, la acción al nivel de lo particular? La acción *económica*, mayormente. De nuevo, este punto puede provocar cierta confusión inmediata y sin embargo es fundamental para entender, por ejemplo, la crítica de Lenin al economicismo, y de hecho la política del marxismo revolucionario como un todo. En ella se dirime tanto la relación entre los intereses universales de la clase trabajadora y los intereses particulares de diferentes grupos de trabajadores como la diferencia entre las transformaciones generales y los cambios particulares.

3. Sobre esta cuestión ver Draper, Hal. *Karl Marx's Theory of Revolution, Volume I: State and Bureaucracy*, Monthly Review Press, Nueva York, 1977.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

El objetivo de una acción económica es arrancar a un propietario particular –sea un empleador, un casero, etc. – o a una agrupación de propietarios –como la patronal de un sector– una concesión concreta que beneficie a quienes luchan por ella, desde un aumento de salarios a una mejora de las condiciones de trabajo. Pero es trivial señalar que no todos los obreros tienen el mismo empleador o casero, y que algunos carecen de ambos. Es la misma organización capitalista de la producción y la distribución en torno a unidades privadas lo que convierte por necesidad la lucha económica en una lucha particular. Los intereses que se defienden en una determinada acción económica son los intereses *particulares* de un grupo de obreros –de la misma empresa, sector, etc.– y no los intereses generales de la clase en su conjunto, por el hecho obvio de que las mejoras arrancadas por un grupo o sector no se aplican inmediatamente a los otros.⁴

Es obvio que, por más ferozmente que yo insista, mi empleador no puede subirle el salario al trabajador de una empresa que no le pertenece, ni acortar su jornada laboral. La única instancia capaz de dar a una voluntad o demanda particular un estatus vinculante para el conjunto es el poder político, o sea el Estado. En consecuencia, mientras que organizarse colectivamente para obligar a tu patrón a introducir la jornada laboral de 8 horas es una acción económica, organizarse colectivamente para obligar al Estado a formular una ley que instituya la jornada laboral de 8 horas es una acción *política*. Según la propia definición de Marx:

Todo movimiento en el que la clase obrera actúa como *clase* –se contralasa clases dominantes y trata de forzarlas ‘presionando desde fuera’ es un movimiento político. Por ejemplo, la tentativa de obligar mediante huelgas a capitalistas aislados a reducir la jornada de trabajo en determinada fábrica o rama de la industria es un movimiento puramente económico; por el contrario, el movimiento con vistas a obligar a que se decreta la *ley* de la jornada de ocho horas, etc., es un movimiento *político*.⁵

4. Por más que no tenga por qué existir (aunque pueda hacerlo en determinados casos) una incompatibilidad entre esos intereses particulares y los intereses universales del proletariado o que ciertas luchas particulares puedan servir como catalizadoras de luchas generales.

5. Marx, Karl. “Carta a Friedrich Bolte”, *Marxists.org.*, 1871.

Marx y Engels, en suma, entienden la acción política como el medio para poder hacer efectivas las transformaciones económicas generales requeridas por el proletariado, generalizando las diferentes luchas en una lucha unitaria contra el orden capitalista. La acción económica –medio necesario de educación de la clase en la defensa de sus condiciones de vida– enfrenta a los proletarios contra un propietario u otro. La acción política independiente enfrenta al proletariado contra las clases propietarias en su conjunto. De ahí que Marx y Engels criticaran sin piedad a quienes trataran de separar las luchas económicas de la clase obrera de la lucha política, pues mientras las luchas de la clase obrera se mantengan al nivel de lo particular, lo general –las decisiones que afectan al conjunto de la sociedad– será patrimonio exclusivo de las clases dominantes, y el sistema de clases seguirá reproduciéndose.

De ahí también la expresión de Lenin según la cual “la política es economía concentrada”: en la política se dirime, al nivel de lo general, el antagonismo entre las clases y solo a través de ella puede el proletariado tomar las medidas necesarias para liberarse de sus cadenas. En palabras de Marx:

Para convertir la producción social en un sistema grande y armonioso fundado en el trabajo libre y cooperativo se requieren transformaciones sociales generales, transformaciones en las condiciones generales de la sociedad, y estas no se realizarán a no ser que la fuerza organizada de la sociedad, el poder estatal, se transfiera de manos de los capitalistas y terratenientes a los productores mismos.⁶

6. Marx, Karl. “Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores”, *Marxists.org.*, 1864.

Marx y Engels celebraron con entusiasmo la lucha del proletariado inglés que dio lugar a la introducción de la jornada de 10 horas, refiriéndose a ella como una victoria “práctica y de principio”, un triunfo “de la Economía Política de la clase obrera” frente a la de la burguesía. Esta medida fue arrancada al Estado capitalista tras una larga batalla y representaba indudablemente los intereses generales de la clase trabajadora frente a la voluntad de los capitalistas de extender infinitamente la jornada laboral,

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

coloridamente descrita, en párrafos llenos de furia revolucionaria, en el capítulo homónimo de *El Capital*.⁷

Pero el establecimiento de la jornada de 10 horas era solo una reforma. Una “reforma”, para el marxismo, es una transformación que mejora la situación de los trabajadores “pero no lesiona el poder, dejándolo como estaba, en manos de la clase dominante”.⁸ Una revolución, por el contrario, transfiere el poder político de una clase a otra.

Por beneficiosa que fuera, por más que representara los intereses generales de la clase que vive de vender su fuerza de trabajo, por más que pudiera mostrar a la propia clase el poder de su energía organizada, la conquista de los obreros ingleses no podía, como ninguna reforma, eliminar las bases de la explotación del proletariado, ni dismantelar su dominación política.⁹ Solo la apropiación colectiva de los medios de producción puede hacerlo. Esto requiere una revolución, que pasa por instituir el gobierno del proletariado y poder transformar la sociedad de acuerdo con sus intereses. Pues la apropiación colectiva de los medios de producción supone la superación de una sociedad fundada en la separación entre los productores y los medios de producción, y con ella la superación de las clases. Y mientras el Estado sea el poder organizado de las clases propietarias, esta apropiación resultará imposible. De ahí la centralidad de la conquista del poder político en el pensamiento de Marx y Engels.¹⁰

Pues el proletariado no puede liberarse aspirando a transformar *parcialmente* un aspecto u otro de la sociedad de clases. Solo puede hacerlo llevando a cabo una transformación *general* de la sociedad. Y no puede constituirse, en tanto que clase, en alternativa general al orden de la burguesía, si actúa estrictamente a nivel de lo particular. Solo puede hacerlo si se organiza políticamente.

El partido es el medio de la acción política independiente del proletariado. Es la organización a través de la cual la clase obrera libra conscientemente la lucha por su emanci-

7. Marx, Karl. “La jornada laboral”, en *El Capital: crítica de la economía política. Volumen I: El proceso de producción del capital*, Siglo XXI, Madrid, 2021, pp. 295-372.

8. Lenin, Vladimir. “Marxismo y reformismo”, *Marxists.org*, 1913.

9. Sobre la cuestión de las reformas, el clásico de Luxemburgo sigue insuperado. Ver Luxemburgo, Rosa. *¿Reforma o Revolución?*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2006.

10. En él se condensa “uno de los axiomas básicos del materialismo histórico: que la lucha secular entre clases se resuelve en última instancia en el terreno político”. Anderson, Perry. *Lineages of the Absolutist State*, NLB, Londres, 1974, p. 11.

11. Ver Lih, Lars. *Lenin Rediscovered. What Is to Be Done in Context*, Brill, Leiden, 2008.

pación –el socialismo–, la fuerza organizada que convierte ese objetivo en un programa. Por ello el partido puede definirse como la unión entre el socialismo y movimiento proletario (idea posteriormente popularizada por Kautsky y Lenin como “fórmula de la fusión”).¹¹ Esta es la forma desarrollada de a lo que Marx y Engels se refieren incesantemente como la “constitución de la clase en Partido”. Por expresarlo con una fórmula sencilla:

Independencia política = Partido = Fusión entre socialismo y movimiento proletario

Ya hemos vuelto, finalmente, a *la acción revolucionaria de la clase organizada en partido político diferenciado*. Vayamos, sin embargo, por partes, y teniendo en cuenta que en este punto de la exposición ya se han puesto sobre la mesa todos los elementos centrales que despiertan el furibundo rechazo de las otras tendencias antes referidas. Pues la “fórmula fusión” separaba nítidamente al marxismo tanto de los diferentes socialismos sectarios (que aceptaban el objetivo final del socialismo pero rechazaban la propia fusión como medio necesario para alcanzarlo) como del oportunismo (que rechaza el objetivo final del socialismo). Allí donde no existe esta fusión los socialistas se mueven inevitablemente en el marco de pequeños grupos sin influencia histórica real mientras el movimiento obrero mora en el reformismo.

No está de más recordar que el socialismo y el comunismo, en tanto que proyectos de liberación de la humanidad por medio de la construcción de una sociedad sin clases, *preexisten* a Marx y Engels. Lo distintivo de la propuesta de Marx y Engels es su defensa de que el socialismo solo es posible si el movimiento del proletariado lo convierte en su objetivo final, que solo en el socialismo puede el proletariado emanciparse, emancipando a la humanidad, y que ello requiere que haga de la independencia política el principio rector de su movimiento. Esto implica que la clase obrera no puede limitarse exclusivamente a la creación de sindicatos y cooperativas (como defendían, en diferentes versiones, los sindicalistas ingleses,

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

los proudhonianos, socialistas utópicos, etc.), por más que estas organizaciones económicas sean del todo necesarias (al contrario de lo que defendían los blanquistas).¹² Debe construir además un partido independiente, *separado de y opuesto a* todos los partidos burgueses, prepararse para ejercer su gobierno revolucionario y socializar los medios de producción.¹³

Este es el marco estratégico general de Marx y Engels. A su vez, toda su obra consiste en una sucesión de argumentos en favor de esta estrategia y los medios para llevarla a cabo.¹⁴ La teoría materialista desarrollada por ambos da fundamento a este proyecto, demostrando que el comunismo no era un proyecto surgido de sus geniales cabezas, sino una potencia histórica objetiva, gestada por el desarrollo del modo de producción capitalista, que representaba la misión histórica de una clase concreta, expresando el objetivo final de su lucha por la emancipación. Lenin resumió así la cuestión:

*Marx y Engels fueron los primeros en demostrar que la clase obrera, con sus reivindicaciones, es el resultado necesario del sistema económico actual que, con la burguesía, crea y organiza inevitablemente al proletariado. Demostraron que la humanidad se verá liberada de las calamidades que la azotan actualmente, no por los esfuerzos bienintencionados de algunas nobles personalidades, sino por la lucha de clase del proletariado organizado. Marx y Engels fueron los primeros en esclarecer en sus obras científicas que el socialismo no es una invención de soñadores, sino la meta final y el resultado inevitable del desarrollo de las fuerzas productivas dentro de la sociedad contemporánea. Toda la historia escrita hasta ahora es la historia de la lucha de clases, del cambio sucesivo en el dominio y en la victoria de una clase social sobre otra. Y esto continuará hasta que desaparezcan las bases de la lucha de clases y del dominio de clase: la propiedad privada y la producción social caótica. Los intereses del proletariado exigen que dichas bases sean destruidas, por lo que la lucha de clases consciente de los obreros organizados debe ser dirigida contra ellas. Y toda lucha de clases es una lucha política.*¹⁵

12. Marx y Engels señalaron siempre tanto la necesidad de sindicatos y cooperativas como sus limitaciones intrínsecas, de las que se sigue la necesidad de un partido proletario independiente y de que estas se engancen a un movimiento encabezado por este. Ver Marx, Karl. "The Necessity and Limits of Trade Union Struggle", en *Workers of the World Unite! The International 150 Years Later*, Marcello Musto (ed.), Bloomsbury, Londres, 2014, pp. 119-122.

13. En forma de tesis: el proletariado no puede emanciparse si no está constituido en organización política independiente cuyo objetivo es tomar el poder político y construir el socialismo.

14. Macnair, Mike. *Revolutionary Strategy*, November Publications, Londres, 2008.

15. Lenin, Vladimir. "Federico Engels", *Marxists.org*, 1895.

Y añade, 25 años después:

*La aportación histórico-universal de Marx y Engels fue mostrar a los trabajadores su papel, su tarea, su misión: ser los primeros en alzarse en una lucha revolucionaria contra el capital y unir en torno a ellos en esa lucha a todos los explotados.*¹⁶

16. Lenin, citado en Lih, Lars. *Lenin*, Reaktion Books, Londres, 2011, p. 153.

17. Uno de los argumentos centrales del *¿Qué hacer?* es que el movimiento proletario no puede conformarse con la guerrilla económica contra los patrones que ya estaba llevando a cabo, o siquiera con aderezar esas luchas económicas con consignas políticas. Para perseguir realmente sus objetivos debía encabezar una *lucha general y consciente contra la autocracia*. Y para ello el movimiento espontáneo no basta: hace falta un Partido. En rigor, el objetivo ha de ser “fundir este movimiento espontáneo en un todo indivisible con la actividad del *partido revolucionario*”. Lenin, Vladimir. “Nuestra tarea inmediata”, *Marxists.org*, 1899.

18. Por más que esta no deje ser un medio a través del cual se realiza su dominación económica, derivada de su desposesión. La dominación económica requiere de la dominación política precisamente para asegurar que el proletariado no sea capaz de superar las raíces de la primera.

19. La expresión es de Rosa Luxemburgo. Posteriormente fue tomada por Kautsky, y causó

Cabe aquí un breve apunte sobre la naturaleza del proletariado como clase. En primer lugar, el proletariado viene constituido por el conjunto de quienes no tienen más que su fuerza de trabajo y por lo tanto dependen del fondo de salarios para su subsistencia. Es, además, una clase internacional, y solo en tanto que clase internacional puede actuar realmente como clase política, porque su programa solo puede cumplirse a escala internacional. No es, por lo tanto, equiparable al conjunto de quienes tienen un empleo, y menos a los asalariados de un solo país.

Las organizaciones económicas vinculadas a la lucha por el salario –los sindicatos– nunca pueden representar todos los intereses del proletariado como clase. Y no pueden por dos motivos interrelacionados, dejando de lado lo implausible de un sindicato realmente internacional. El primero es que los intereses del proletariado trascienden lo estrictamente salarial, incluyendo un número potencialmente ilimitado de cuestiones¹⁷ que pueden condensarse en torno a la lucha contra la *dominación política*.¹⁸ El segundo es que los sindicatos, por su misma naturaleza como organismos de resistencia, pueden llevar a cabo luchas políticas (tratando de presionar al Estado para que limite la jornada, por ejemplo), pero no llevar a cabo la clase de lucha política total que conlleva disputar el poder político, constituyendo una alternativa al poder político de la burguesía. Los sindicatos están entregados al “trabajo de Sísifo”¹⁹ de la lucha por las condiciones materiales de la clase; la formulación consecuente del objetivo de tomar el poder y superar el capital necesita de una institución de otra naturaleza. Pueden ser, dadas ciertas condiciones, parte de

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

un movimiento general en favor de la superación del capital, pero el elemento central de ese movimiento sigue siendo la organización política (la organización dotada de un programa de transformación social general y capaz de actuar al nivel al que se articula el poder de ejecutar estas transformaciones). La toma del poder político por parte del proletariado requiere también de su organización económica, pero dirigida por una organización política que pueda representar todos los intereses del proletariado como clase y aspire a esta conquista revolucionaria del poder.²⁰ Esto es, el partido como representante de los intereses revolucionarios del proletariado en su conjunto y los objetivos finales de su movimiento, y no de los intereses económicos inmediatos de sus afiliados o los intereses parciales de un grupo u otro de proletarios.²¹

De ahí el ridículo del economicismo contemporáneo que pretende hacer pasar por “marxista” el intento de *reducir* la política obrera a centrarse en “las cuestiones de comer” dejando de lado todo lo relativo a la opresión de la mujer, el racismo, los derechos políticos o la forma de gobierno. Esta última postura condena al proletariado a ser para siempre un esclavo asalariado mientras deja servilmente el poder de decisión en manos de las clases dominantes. La “política” que se sigue de este planteamiento economicista –el tipo de política que se deriva *inmediatamente* de la lucha económica– es, tanto en ese caso como en el del objeto de las críticas de Lenin, una “política de grupos de interés”, en lugar de una política revolucionaria por el cambio de régimen, que es la lucha política en sentido marxista. El economicismo, en ese sentido, no renuncia a participar en política, sino a la política independiente-revolucionaria, que es aquella que pretende constituir al proletariado en el agente de la construcción de una sociedad nueva.

Por ello la postura del marxismo es esencialmente la contraria a la del economicismo: fundir el socialismo con el movimiento obrero es educar a los trabajadores en no centrarse únicamente en sus intereses inmediatos, económicos o no, sino en todos los asuntos políticos generales (desde la polí-

una gran indignación en la burocracia sindical alemana. Ver Gaido, Daniel. “Marxism and the Union Bureaucracy: Karl Kautsky on Samuel Gompers and the German Free Trade Unions”, *Historical Materialism*, no. 16, 2008.

20. Mike Davis sintetiza con lucidez los tres elementos que necesita el movimiento obrero para triunfar: capacidad organizativa, poder estructural, política hegemónica. Ver Davis, Mike. “Old Gods...”.

21. Kautsky, Karl, “Trades Unions and Socialism”, *Marxists.org*, 1901; “On socialism and trade unionism”, *Marxists.org*, 1906; Gaido, Daniel. “Marxism and the Union Bureaucracy...”, p. 120.

tica exterior hasta las cuestiones constitucionales), en participar al nivel de la “alta política” y luchar contra toda forma de opresión, demostrando que no solo aspira a mejorar sus condiciones como explotado, sino que posee una alternativa civilizatoria a la sociedad burguesa. Para el marxismo la independencia política así entendida pesa mucho más en la balanza que la posibilidad de conseguir cualquier mejora económica cortoplacista –de ahí el furibundo rechazo de Marx y Engels hacia los intentos de conseguir ciertos beneficios materiales a través de una alianza con gobiernos reaccionarios, y en general a todo lo que implicara conseguir mejoras a través de la colaboración de clases.²² El joven Kautsky lo sintetizó bien: “Tenemos que luchar ante todo por el *poder político*, por las mejoras económicas sólo en la medida en que no se interpongan en el camino de este objetivo. En la mayoría de los casos, la consecución de mejoras materiales para el trabajador exige también su independencia”.²³

22. Cuando el movimiento obrero separa su lucha económica de la lucha política, moviéndose en coordenadas tradeunionistas e ignorando la cuestión de la forma de gobierno, esta clase de alianzas son una constante, desde los acuerdos de Lassalle con Bismarck a los pactos de Largo Caballero con Primo de Rivera.

23. Kautsky, Karl. “The Abolition of the State”, *Marxists.org*, 1881.

Volvamos por última vez al ejemplo de una reforma concreta. Imaginemos que, tras una larga lucha, la reforma se lleva a cabo. Y el proletario, por supuesto, sigue siendo un proletario. Esto es, un desposeído. La pregunta, por lo tanto, es ¿qué hacer después? Si esta medida concreta no ha abolido la explotación: ¿cómo hacerlo? ¿Cómo convertir esta victoria en un paso hacia la victoria final?

La tarea del partido es precisamente dar respuesta a estas preguntas. Su existencia es, de hecho, la condición de que se pueda dar una respuesta efectiva a las mismas. Pues su existencia permite dar continuidad y conciencia –lo que incluye objetivos definidos– al movimiento, evitando que este se desinfe tras cada paso y estallido, dotándole de una coherencia y un propósito. Fundado sobre un programa revolucionario, es la organización donde el proletariado puede elaborar *política propia*, tomar conciencia de sus fines, convertir cada avance en el reforzamiento de una fuerza que se prepara para gobernar, y por lo tanto para implementar un programa de transformación social. Es el medio de autogobierno de la clase re-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

volucionaria, a través de la cual esta se vuelve capaz de dotarse de una estrategia y táctica unificadas.

La independencia política es precisamente esa capacidad de autogobierno a escala creciente, medio necesario para aspirar a gobernar. “Autogobierno” no significa aquí pleno control sobre las propias vidas, pues eso es imposible mientras los proletarios sigan estando sometidos a la dictadura del capital. Significa, por el contrario, capacidad de darse a uno mismo unas normas, coherentes con su condición general y objetivos, aprender a *dirigirse*, a actuar como un agente unitario con unos fines concretos.

La clase obrera no puede aspirar a ejercer su gobierno si no ha aprendido previamente a autogobernarse, en un largo proceso donde la lucha política estructura un movimiento histórico que comienza a tomar posiciones en todas las esferas de la vida social. De ahí la importancia de la creación de instituciones proletarias de toda índole, que Marx y Engels siempre reconocieron, y la necesidad de que estas estén imbuidas en el espíritu del socialismo. El partido, en ese sentido, convierte la lucha del proletariado y el tejido institucional que le da soporte en una lucha consciente y unificada, mostrando la necesidad inherente de sus objetivos finales. De este modo, ese andamiaje de instituciones independientes –órganos de lucha económica, redes de espacios, cooperativas, etc.– políticamente centralizado comienza a instituirse en un centro de autoridad alternativo al del Estado burgués; el embrión de la nueva sociedad en construcción, capaz, por lo tanto, de sustituir el poder de este último por el poder político del proletariado una vez llegue el momento oportuno.

Para encabezar este proceso, el partido debe ser capaz de organizar la lucha de clases del proletariado, explicar cada realidad y coyuntura desde los principios del socialismo, poner en todo momento sobre la mesa los objetivos finales del movimiento, formular políticas socialistas para todos los ámbitos de la sociedad y ser capaz de dominar todos los medios de lucha.

24. Sobre esta cuestión y el tema general de la expansión de la conciencia socialista ver Miale, Marisa. “El trabajador y la hidra”, *Cosmonaut Magazine*, 2021.

Existe, además, otra cuestión esencial, que media todo lo anterior. La política comunista requiere hegemonizar la conciencia socialista, en perpetua lucha con la cosmovisión burguesa, y solo el partido –un colectivo político organizado, arraigado en la clase y sostenido por la teoría socialista –puede acometer esta tarea de forma sistemática (este punto sería propiamente desarrollado por los herederos de Marx y Engels). La mera sucesión de luchas económicas no produce espontáneamente esta conciencia, por más que facilite su asimilación.²⁴ Pues sin un momento *teórico* capaz de tener una expresión organizativa –una teoría independiente y una institución capaz de producirla de forma sistemática, expandirla y asegurarse de que sirve para orientar la lucha– la mera experiencia empírica no consigue, en rigor, proveer una alternativa general a la cosmovisión burguesa, ni la acumulación de experiencias sintetizarse en auténtico conocimiento, capaz de proveer lecciones válidas para el movimiento de la clase en su conjunto y proveer de una visión clara de los objetivos finales y los medios para alcanzarlos. La lucha contra un empleador u otro, por sí misma, no produce esto, y carece de la potencia organizativa para combatir de forma general y a todos los niveles la ideología dominante. Esta es la cuestión central: no solamente el teorizar, sino que esa teoría se desarrolle dentro de una organización capaz de incorporar esas lecciones a un plan de acción general con vistas de realizarse, una organización que ya esté entregada a ese combate sistemático con la ideología burguesa, y que sea por tanto capaz de desvelar la unidad subyacente a las diferentes luchas, la comunidad de intereses entre lo que parece diverso, el vínculo entre cada problema concreto que enfrenta la clase y la necesidad de superar el modo de producción capitalista. Pues, en definitiva, la lucha por la hegemonía “debe ser una lucha enconada y sistemática que trata de desterrar las ideas dominantes de la sociedad a la vez que pone sobre la mesa una alternativa”.²⁵

25. Parkinson, Donald. “Without a Party, We Have Nothing”, *Cosmonaut Magazine*, 2020.

La “conciencia socialista” o “conciencia de clase” es la conciencia de la misión histórica del proletariado, el *objetivo final*

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

del socialismo y los medios para alcanzarlo, lo que se sostiene sobre una comprensión clara del proceso histórico y la posición del proletariado dentro del mismo. En un sentido muy básico, consiste por tanto en tener una política socialista coherente, capaz de ver las formas sociales y políticas del capital como algo a superar y la revolución como el camino hacia su superación. En la medida es que su objetivo es que el proletariado haga suya la causa socialista y luche coherentemente por ella, la expansión de la conciencia socialista entre el proletariado guía el conjunto de la actividad del partido.

Aunque el conocimiento que fundamenta la conciencia socialista sea teórico por su naturaleza, responde a los intereses de la clase y resuena en sus experiencias. Ahora bien: la conciencia socialista no se expande por arte de magia. Solo el socialismo representa los intereses de clase del proletariado – mientras que es contrario a los intereses de otras clases– pero eso no significa en ningún caso que el proletariado sea socialista por naturaleza. De hecho, bien puede ser que su movimiento organizado-consciente –aquel que el partido es capaz de liderar– constituya por momentos una parte muy pequeña de la clase, y resulte por lo tanto incapaz de constituirse en alternativa real al orden político capitalista. Por todo ello, la expansión de la conciencia socialista requiere, para empezar, que las organizaciones que la propaguen sean a su vez organizaciones de lucha. Y necesita de una laboriosa actividad diaria en barrios, centros de trabajo y estudio, así como de un amplio marco institucional independiente –que incorpora no solo sindicatos y cooperativas sino también redes espacios, medios de comunicación y tribunas públicas, bibliotecas, ateneos, grupos culturales y artísticos, instituciones de provisión de bienestar, etc. – a través del cual el paciente y a menudo prosaico trabajo de educación y organización políticas pueda propagarse eficazmente.²⁶ Estas instituciones complementan al barrio y el centro de trabajo y permiten que la clase obrera tome conciencia de ser un sujeto con intereses y valores propios, antagónicos con los de la sociedad burguesa y las clases propietarias. Por ello sin la existencia de esta base

²⁶. Ver Davis, Mike. "Old Gods...".

material y asociativa la conciencia socialista está destinada a ser el patrimonio exclusivo de grupos muy minoritarios. Pero la conciencia socialista no adquiere su potencia real hasta que no prende entre las masas proletarias.

Por el contrario, cuando la conciencia de la necesidad del partido y la lucha socialista se incrusta firmemente en la clase proletaria, ni la represión del Estado, con sus detenciones, persecuciones y ataques constantes, ni la censura más estricta, ni las mentiras de los medios de la oligarquía, ni los reveses de la coyuntura son capaces de destruirlo. Reemerge y resiste hacia todas ellas, se repliega o se realza, e incluso allí donde atraviesa retrocesos persiste para seguir apuntando con vehemencia hacia el futuro.

La otra cara de la misma moneda en lo que al partido respecta –el imperativo de mostrar a la clase la necesidad del objetivo final del socialismo– es la necesidad de ejecutar una labor constante de descrédito hacia el orden político a través del cual la burguesía ejerce su gobierno. Esto debe extenderse hacia todas sus instituciones: el Parlamento, la judicatura, la burocracia, la policía, el ejército, etc., que han de ser denunciadas como órganos de poder de clase, contrarios a toda forma de democracia como poder real de la mayoría desposeída y no como formalismo donde se concede una mínima capacidad de decisión circunscrita por unos límites innegociables dictatorialmente impuestos –los límites de la propia dictadura de la burguesía– y la población carece de cualquier tipo de control real sobre las decisiones fundamentales que afectan a sus vidas y el aparato estatal mismo.

El antagonismo irreconciliable hacia el Estado burgués pasa por socavar el prestigio del orden constitucional entre las masas, abanderando la necesidad de su superación revolucionaria de un modo que vaya calando hasta impregnar la conciencia del proletariado. Así, la deslegitimación del orden político que es inherente a las crisis se encuentra ya con un suelo propiamente labrado, fusionándose con ideas que ya

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

han comenzado a germinar entre las masas, las grandes masas que pasan en esos momentos a mostrar su indignación pueden organizarse en torno a un amplio sector ya consciente y la crisis derivar en transferencia de poder a la clase proletaria.

De todo lo anterior se deriva, aunque quizás no haga falta aclararlo, que el partido proletario sea diferente en su naturaleza y rango de actividad a los partidos de las otras clases, cuyo objetivo central y a menudo exclusivo es conseguir que sus candidatos salgan elegidos en vista a poder gobernar el Estado burgués o cuanto menos influir sobre su gobierno. Un partido cuyo objetivo es organizar la lucha de clases del proletariado hacia su victoria ha de desplegar una actividad casi total de educación, estudio y organización, donde la participación electoral solo es un medio más para expandir el mensaje socialista y asegurar la presencia del proletariado en política.²⁷

Cabe, además, otra aclaración. Un partido proletario no es uno compuesto únicamente por proletarios ni definido en términos puramente sociológicos, sino uno donde todos sus miembros están dispuestos a disciplinarse en torno a un programa que represente los intereses generales del proletariado y la lucha por la emancipación de la humanidad.²⁸

Por descontado, el Partido al que nos referimos no puede más que ser, en la medida en que defiende realmente los intereses universales del proletariado, un partido *revolucionario*. El proletariado no puede encontrar acomodo en un orden que se sostiene sobre su explotación, desposesión y dominación política; no puede liberarse de sus cadenas, y con ello liberar a la humanidad, más que construyendo un nuevo orden socialista. Además, el partido es revolucionario en tanto que vehículo de la conquista del poder político por parte del proletariado –mediación necesaria para la construcción plena del socialismo.²⁹ La revolución así entendida no es un acto

27. Sobre la cuestión de las elecciones y el parlamento ver Fernández, Álex. “Comunismo y parlamentarismo”, en *Arteka*#49. *Los comunistas frente al parlamento*, 2024, pp. 11-24.

28. Parkinson, Donald. “Del Partido obrero a la República Obrera”, *Cosmonaut Magazine*, 2018.

29. Ver Kautsky, Karl. *El camino del poder*, Marxists.org, 1909; Lenin, Vladimir, “Chovinismo muerto y socialismo vivo”, en *Obras Completas V (1913-1916)*, Progreso, Moscú, 1973, pp. 91-95.

idealista, derivado de la abstracta voluntad, sino que requiere de unas condiciones objetivas, y el partido debe preparar a la clase para ella.

Lo que hace revolucionario al Partido es su coherencia práctica con ese objetivo de transformación general de la sociedad, no su fetichización de la acción directa o los métodos ilegales, por más que el compromiso con la revolución requiera entender la necesidad de la fuerza.³⁰ Los fundamentos estratégicos que separan al marxismo del espontaneísmo obligan a no fetichizar ningún tipo de acción en concreto, sino estar dispuestos a utilizar todos los medios de lucha disponibles para avanzar hacia los objetivos finales, y sobre todo ser capaces de dilucidar cuáles son los medios que, en una coyuntura concreta, nos acercan más coherentemente hacia estos objetivos.³¹ En palabras de Lenin:

30. En consecuencia, subordinarse plenamente y por principio a la legalidad burguesa es oportunismo de la peor especie, pues supone subordinarse a la misma legalidad a través de la cual la burguesía blinda su dominio: aquella que un partido revolucionario aspira a subvertir.

31. Fetichizar la acción directa, la violencia, etc., considerándolas superiores por principio y en toda coyuntura a otros medios, es otro tipo de oportunismo: el “oportunismo de izquierda” que Lenin denunciara con vehemencia, el cual constituye un abandono del marxismo en favor de la tendencia espontaneísta. Renunciar por principio a los métodos ilegales, por el contrario, es caer en el polo opuesto: el oportunismo de derechas. Este doble argumento es el que el viejo Engels tratara de incrustar en las mentes de los socialdemócratas alemanes de finales de siglo. Ver Nimtz, August H. *The Ballots, The Streets, Or Both. Lenin's Electoral Strategy from Marx and Engels to the October Revolution*, Haymarket Books, Chicago, 2019, y Galcerán, Montserrat. *La invención del marxismo. Estudio sobre la formación del marxismo en la socialdemocracia alemana del siglo XIX*, Traficantes

*Los revolucionarios sin experiencia se imaginan a menudo que los medios legales de lucha son oportunistas, ya que la burguesía engañaba y embaucaba a los obreros con particular frecuencia en este terreno (sobre todo en los períodos llamados “pacíficos”, en los períodos no revolucionarios), y que los procedimientos ilegales son revolucionarios. Pero esto no es justo. Lo justo es que los oportunistas y traidores a la clase obrera son los partidos y jefes que no saben o no quieren (no digáis: no puedo; sino: no quiero) aplicar los procedimientos ilegales de lucha en una situación, por ejemplo, como la guerra imperialista de 1914-18, en que la burguesía de los países democráticos más libres engañaba a los obreros con una insolencia y crueldad nunca vistas, prohibiendo que se dijese la verdad sobre el carácter de rapiña de la conflagración. Pero los revolucionarios que no saben combinar las formas ilegales de lucha con todas las formas legales son pésimos revolucionarios.*³²

Por último, un Partido revolucionario solo puede ser un partido internacionalista, dado el carácter internacional de la clase arriba mencionado. No basta, por tanto, con un Parti-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

do Socialdemócrata, orientado a conseguir mejoras parciales para la clase obrera nacional, lo que implica inevitablemente promover los procesos nacionales de acumulación, y con ellos la competencia entre proletarios de diferentes países. Un partido de esta clase no es más que un partido obrero *burgués*, cuya defensa de los obreros se mueve dentro de los límites de un orden, el capitalista, sostenido sobre su explotación económica y dominación política.

Esta cita resume bien lo que aquí se ha expuesto de forma algo farragosa: “el comunismo requiere de la toma del poder político a escala internacional, lo que requiere de una larga lucha en la que el proletariado se organiza como clase capaz de presentar una alternativa a la sociedad capitalista. Para hacerlo, el proletariado debe formar un partido y aprender a autogobernarse organizándose a escala nacional e internacional” y llevando a cabo una batalla política por establecer su gobierno y socializar la producción.³³

2.2. LA LABOR DE LOS COMUNISTAS

En *El Manifiesto Comunista*, Marx y Engels afirman que “los comunistas no forman un partido distinto, opuesto a los otros partidos obreros”.³⁴ Esta es una de las citas favoritas de quienes agitan el espantajo del antisectarismo para justificar su subordinación al colaboracionismo de clase. Ha sido, de hecho, abundantemente utilizada para legitimar la adhesión a grupos como el actual Partido Laborista inglés.³⁵ ¿Se refieren, por tanto, Marx y Engels a que los comunistas deberán participar de cualquier partido *sociológicamente* obrero, esto es, que cuente con un buen número de obreros en sus filas, sea la opción electoral principal de los miembros de la clase trabajadora, o proponga una serie de reformas que puedan considerarse beneficiosas para la misma? Para sorpresa de nadie –y para vergüenza de algunos– no. Apenas una página después, declaran:

de Sueños, Madrid, 2023.

32. Lenin, Vladimir. *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, Centro de Estudios Socialistas, México, 2011, pp. 132-133.

33. Ver Parkinson, Donald. “Del Partido...”.

34. Marx, Karl y Engels, Friedrich. *El Manifiesto Comunista*, Ediciones El Aleph, 2000, p. 49.

35. Para una crítica ver Roberts, Carla. “Joining the Living Dead”, *Weekly Worker*, 2024.

36. Marx, Karl y Engels, Friedrich. *El Manifiesto...* p. 50.

37. Ver Lenin, Vladimir. "El imperialismo y la escisión del socialismo", *Marxists.org.*, 1916. La idea fundamental es que un movimiento obrero bajo una dirección oportunista, y por lo tanto favorable a la conciliación de clases, leal al propio Estado-nación, etc., no puede ser un movimiento obrero *proletario*. Esto último requiere defender la emancipación del proletariado, y por ello su antagonismo con las clases propietarias.

38. Sobre esta cuestión ver Macnair, Mike. "Las lecciones de Erfurt. La Segunda Internacional: ¿se basó en 'partidos de toda la clase?', *Sin permiso*, 2013, pp. 1-9. En palabras de Engels: "Durante la agitación de la reforma, los trabajadores constituían el ala radical del partido reformista; puesto que la ley de 1832 los excluyó del sufragio, formularon sus deman-

*El propósito inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los partidos obreros: constitución de los proletarios en clase, destrucción de la supremacía burguesa, conquista del poder político por el proletariado.*³⁶

¿Acaso Podemos o el Laborismo inglés tuvo en algún momento como propósito algo como lo anterior? Me temo que no. Por no aplicarse, ni siquiera se aplica al primer laborismo, pues este siempre fue un "partido obrero burgués", favorable a la conciliación de clases, no un partido obrero independiente.³⁷ Esto es, un partido que siempre ha aspirado a representar a los trabajadores como clase subordinada a un bloque de poder capitalista que permanece indiscutido. Ante casos como estos, los comunistas no pueden más que formar un partido *distinto*.

En síntesis, en Marx y Engels el término "partido obrero" es siempre sinónimo de partido *revolucionario*. Pues el objetivo más básico de un partido obrero es la revolución: quitar el poder político a las clases propietarias para instaurar el gobierno del proletariado. Un partido que no tuviera este objetivo no sería un partido independiente, sino simplemente otro partido burgués con un número importante de simpatizantes obreros.

Pero debemos tener en mente una consideración adicional: cuando Marx y Engels se refieren a "los partidos obreros" se refieren a los partidos obreros *realmente existentes* en ese momento, que se reducen esencialmente al cartismo británico.³⁸ La suya no es, por lo tanto, una recomendación transhistórica, sino una declaración de intenciones con respecto a un movimiento revolucionario concreto. En el resto de Europa, por el contrario, los comunistas se *contraponían* a las corrientes del socialismo que contaban con apoyo obrero pero no abogaban por construir un partido obrero realmente independiente. Allí donde este partido no existía, los comunistas deberían abogar por construirlo —la tarea que encomendaban a la Liga Comunista en Alemania.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

El *Manifiesto Comunista* se escribe en un momento en que el proletariado aun acaba de comenzar su andadura como clase política. Un contexto, además, donde las relaciones de producción capitalistas estaban lejos de estar plenamente desarrolladas ni siquiera en Europa. Acababa de surgir, sin embargo, un movimiento proletario que ponía sobre la mesa la cuestión del poder político: su voluntad de gobernar. Por supuesto, ese movimiento estaba lejos de poseer la claridad teórica y política de los comunistas, y sin embargo no cabía sino apoyarlo.

Como veremos después, esto no implica que Marx y Engels no creyeran que la claridad teórica es una condición necesaria de un Partido propiamente desarrollado. De hecho, lucharían por esa causa toda su vida. Pero insistirían a su vez en que la adquisición de la claridad teórica no era una cuestión, como creyeran los diferentes doctrinarios, de adoptar sus ideas particulares. Era ante todo practicar el socialismo científico, algunos de cuyos resultados ellos habían condensado en la forma de tesis políticas, de *programa general*. Esto es: adoptar una política socialista coherente, consciente de la necesidad de sus objetivos.

Por eso en 1848 Marx y Engels insisten en cómo los comunistas se distinguen porque:

En las diferentes luchas nacionales de los proletarios, ponen por delante y hacen valer los intereses independientes de la nacionalidad y comunes a todo el proletariado [...] En las diferentes fases de la lucha entre proletarios y burgueses representan siempre y por todas partes los intereses del movimiento integral. Prácticamente, los comunistas son, pues, la fracción más resuelta de los partidos obreros de todos los países, la fracción que arrastra a las otras; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de un concepto claro de las condiciones, de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario.

das en la Carta del Pueblo y se constituyeron, como oposición al gran partido burgués Anti-Corn Law, como un partido independiente, los Chartistas, el primer partido obrero de los tiempos modernos". Engels, citado en Macnair, Mike. "Las lecciones...", p. 2. Como aclara un trabajo reciente: "El cartismo fue la primera ocasión en la que los trabajadores británicos pusieron la mirada en la conquista del poder político: en 1839, 1842, y de nuevo en 1848. En esta lucha llevaron a cabo una guerra de clases que incluyó, en diferentes etapas, huelgas generales, batallas contra el Estado, manifestaciones de masas e incluso insurrecciones armadas. Forjaron armas, reunieron ilegalmente a sus tropas, y se armaron para conquistar el gobierno. Estas fueron las tempranas tradiciones revolucionarias de la clase obrera británica, deliberadamente enterradas bajo una montaña de falsedades y distorsiones". Sewell, Rob. *The Chartist Revolution*, Wellred Books, Londres, 2020.

Volvamos a insistir también en que esto no implica que la conciencia socialista no sea central para Marx y Engels, sino que entienden que el mejor modo de expandir la conciencia socialista *introduciéndola en ese mismo movimiento político proletario*. Si el partido obrero en cuestión 1) se funda sobre una conciencia clara de los fines del movimiento y las condiciones de la emancipación del proletariado (la teoría comunista), 2) Defiende siempre los intereses universales del proletariado –lo que requiere de su organización internacional– estamos ante un *Partido Comunista*. Este no es más, como veremos, que la forma acabada de un partido proletario independiente. La independencia política es por ello el elemento fundamental de la estrategia de Marx y Engels.

En palabras del viejo Engels:

*Los socialistas toman, por tanto, una parte activa en cada fase de evolución por la que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, sin perder jamás de vista que esas fases no son otra cosa que etapas que llevan al gran objetivo principal: a la conquista del poder político por el proletariado, como medio de reorganización social.*³⁹

39. Engels, Friedrich. “La venidera revolución italiana y el Partido Socialista”, *Marxists.org*, 1894.

40. Como señala Montserrat Galcerán, en aquella época “un partido obrero tendía a ser socialista casi por definición”. En Galcerán, Montserrat. *La invención...* p. 28.

Con independencia de su claridad teórica, el movimiento proletario estaba entonces comenzando a poner sobre la mesa la cuestión de la conquista del poder político. Y, razonan Marx y Engels, si la clase obrera tomara el poder político por medio de una revolución: ¿acaso no lo aprovecharía para luchar contra su subyugación económica?⁴⁰ ¿Qué sentido tendría, una vez adquirida la capacidad de gobernar, seguir siendo un esclavo asalariado dócil, que acudiera cada mañana a la puerta del taller dispuesto a dedicar 12 o 14 horas de su vida a trabajar para otro, sin ninguna garantía social, pudiendo caer en cualquier momento en el desempleo, a cambio de un salario que le vale estrictamente para reproducirse? Ninguno, claro. Cualquier gobierno obrero se habría visto obligado a tomar medidas contra el capital. Y al tomar esas medidas se habría encontrado no solo con la resistencia enconada de

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

los capitalistas, sino con la conciencia de que el capital es una relación social de carácter internacional. La labor de los comunistas, los sectores más conscientes de la clase, será central en todo el proceso, pues las características del mismo permitirán a estos extender la conciencia socialista entre el proletariado gobernante, mostrándole cómo solo apropiándose colectivamente de los medios de producción a escala internacional puede emanciparse como clase.⁴¹ Esta clase de proceso es lo que Marx y Engels tenían en mente en 1848. Por eso escribieron:

La primera etapa de la revolución obrera es la constitución del proletariado en clase dirigente, la conquista del poder público por la democracia [el poder de la inmensa mayoría, el proletariado]. El proletariado se servirá de su supremacía política para arrancar poco a poco todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado en clase dirigente, y para aumentar rápidamente la cantidad de fuerzas productivas.

1848, como sabemos, se saldó en fracaso. Por primera vez, el proletariado había emergido en política como un agente con conciencia, voz y organización propias. Pero su partido estaba aún incompleto y su conciencia poco desarrollada.⁴² En ningún país consiguió un proletariado inmaduro constituirse en clase dominante. Por el contrario, el proletariado acabó actuando, en todos los países, como un apéndice de otras clases –muy señaladamente, de la pequeña burguesía. En países como Francia se alcanzó la república, pero una república burguesa, donde se preservó todo el aparato burocrático-militar a través del cual la burguesía puede ejercer cómodamente su dictadura. Y la propia burguesía como clase dirigente pronto comprendió el peligro que suponía el fortalecimiento del proletariado, y se preparó para volcar sobre él todo el poder de su aparato estatal. Lo que el proletariado había ganado en la lucha contra la monarquía lo perdió en la república burguesa: sus revueltas fueron sofocadas a sangre y fuego, sus armas fueron confiscadas, sus agrupaciones y su

41. Las situaciones revolucionarias aumentan los incentivos para la extensión de la conciencia socialista, no la producen mágicamente.

42. Sobre los eventos de 1848, las contradicciones de clase de la época y las diferentes tendencias existentes en el seno del proletariado francés ver, además del clásico de Marx, Kautsky, Karl. "The Republic and Social Democracy in France", en *Karl Kautsky on Democracy and Republicanism*, Ben Lewis (ed.), Brill, Leiden, 2020.

prensa fueron ilegalizadas, el sufragio universal fue abolido. Aun así, la burguesía siguió viendo la existencia de mínimas libertades políticas como una amenaza para su dominio, y en cuanto el proletariado comenzó a levantar la cabeza como fuerza independiente abandonó cualquier compromiso con la causa republicana, entregándose en brazos de la reacción, mientras la pequeña-burguesía agachaba la cabeza. El retorno del Imperio fue por lo tanto la consecuencia inevitable de las contradicciones de la república burguesa.

Y lo que es más importante: una vez se constituyó la república burguesa el proletariado no fue capaz llevar a cabo con éxito su lucha independiente contra las otras clases que componían el “pueblo”. Inmaduro y débil, importantes sectores dentro de él vieron este nuevo régimen, que para el proletariado solo podía ser un medio para continuar en un estadio más elevado su lucha revolucionaria, como un fin. No afirmó consecuentemente su independencia, disolviéndose en un movimiento democrático general liderado por las clases medias.

El texto donde Marx sintetiza las lecciones del proceso –la famosa *Circular al Comité Central de la Liga de los Comunistas*⁴³– contiene la que es posiblemente su defensa más elocuente de esa idea que fundamenta, como decimos, toda su trayectoria como revolucionario: la necesidad de la independencia política del proletariado. Conviene detenerse en este concepto.

43. Marx, Karl. “Circular al Comité Central de la Liga de los Comunistas”, en *Marxists.org*, 1850.

44. Marx, Karl y Engels, Friedrich. *El Manifiesto...* p. 44.

2.3. LA INDEPENDENCIA POLÍTICA DEL PROLETARIADO

Marx y Engels insisten en que el proletariado es “la única clase realmente revolucionaria”.⁴⁴ Lo es, por un lado, porque se trata de la única clase que, al estar completamente desligada de los medios de producción, solo puede emanciparse –transcender su condición de explotado– apropiándose

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

colectivamente de los mismos, lo que equivale a abolir las clases y con ello emancipar a la humanidad. Por utilizar un ejemplo tomado de Mike Davis,⁴⁵ presente también, al nivel del concepto, en el *Programa del Partido Obrero* francés, donde se diferencia entre la apropiación individual y la apropiación colectiva de los medios de producción: unos campesinos medievales podían emanciparse liberándose de su señor feudal y repartiéndose las tierras entre ellos, esto es, apropiándose las individualmente. Pero los proletarios no pueden llevarse cada uno a casa una pieza de la máquina que trabajan: solo pueden emanciparse *apropiándose colectivamente* de la maquinaria, liberándola de su corteza capitalista, en un proceso que en última instancia solo puede ser internacional. Y lo es también porque el propio desarrollo del capitalismo, del que forma, en tanto que productor de todo plusvalor, el engranaje central, le provee de los medios para ello al socializar crecientemente el trabajo, conectarlo internacionalmente y desarrollar las fuerzas productivas –incluyendo las fuerzas productivas y científicas del propio proletariado, crecientemente capaz, al nivel del conjunto, de someter la producción a su propio control consciente y colectivo.

Si el proletariado es la única clase que tiene un interés real, en tanto que clase, en abolir la propiedad privada, si sus intereses fundamentales, en suma, son antagónicos con los de las demás clases, la necesidad de su independencia se deduce por lógica. Cuando comprende esto y se organiza en consecuencia, el proletariado pasa a formar una “clase para sí”, consciente de sus intereses. Pues ninguna otra clase está interesada en su emancipación, ninguna otra clase aspira a la plena socialización de la propiedad –por más que esta implique la emancipación de la humanidad. Mientras participen de la política como *clases* militarán en contra de los objetivos finales del proletariado. La emancipación humana es imposible sobre la base de la propiedad privada, pequeña o grande y la idea de que alguna clase propietaria –o el “pueblo” como

45. Ver Davis, Mike. “Old Gods, New Enigmas: Notes on Revolutionary Agency”, en *Old Gods, New Enigmas: Marx’s Lost Theory*, Verso, Londres, 2018.

unidad que incorpora a estas clases— constituya un sujeto revolucionario en sentido socialista es por lo tanto una ilusión.

La necesidad de la independencia se hace más explícita cuando se entiende que todas las clases propietarias pueden ver en el Estado capitalista un garante de la propiedad.⁴⁶ Independencia, por lo tanto, es independencia con respecto a las demás clases —y al Estado capitalista.

46 Que el Estado capitalista contribuya —bien directamente llevando a cabo procesos de acumulación primitiva, bien indirectamente dando cobertura a la tendencia capitalista a la concentración de capitales — a la expropiación de los pequeños propietarios es independiente de esta cuestión: siempre acudirá en defensa de la propiedad, grande o pequeña, cuando sea el proletariado quien la ponga en cuestión.

Lo anterior no implica, a ojos de Marx y Engels, que el proletariado no tenga, en determinados estadios históricos —como aquellos en los que existan “tareas democráticas” pendientes—, que establecer alianzas con otras clases en torno a determinados objetivos parciales. Pero la independencia política es una *precondición* de poder formar alianzas propiamente dichas, por el hecho obvio de que de lo contrario no son alianzas, sino meras incorporaciones del proletariado a otro bloque políticamente constituido, y por el hecho adicional de que en esos casos el proletariado será incapaz de luchar coherentemente por sus propios intereses, convirtiéndose así en un mero peón de otras clases.⁴⁷ Clases que tienen un interés directo en que el proletariado siga existiendo como clase explotada, y a quienes por ello mismo no puede culpárseles de dejarle en la estacada en cuanto ellas hayan conseguido las reformas que necesitaban.

47 De nuevo, el primer bolchevismo fue quien mejor aplicó esta lección. Desde la defensa de que la revolución democrática era una precondición para poder avanzar hacia el socialismo en Rusia, entendieron sin embargo que el proletariado tenía que constituirse en fuerza política independiente y dirigir, en tanto que clase de vanguardia, la lucha de la democracia, impulsando tras de sí a las masas campesinas, en lugar de apoyarse en las fuerzas burguesas y permitirles dirigir el proceso. Ver Lenin, Vladimir. *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, Marxists.org, 1905.

La independencia política, en suma, es una condición necesaria para que el proletariado pueda luchar realmente por su propia emancipación. Objetivos propios y una visión propia del mundo, nítidamente diferenciada de las de otras clases. Esto permite, por ejemplo, no engañarse viendo la república burguesa como un fin (la postura de la pequeña burguesía), sino concebirla de forma consecuente como un medio en la lucha por la república obrera mundial. Como afirma la *Circular*:

Mientras el partido democrático, el partido de la pequeña burguesía, amplía y robustece su organización, el partido

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

de la clase obrera pierde su cohesión o forma organizaciones locales para fines locales, y así se ve envuelto en el movimiento democrático y cae bajo la influencia de la pequeña burguesía. Este estado de cosas debe terminar; la independencia de la clase trabajadora debe ser restablecida. [...] [...] Mientras la democrática pequeña burguesía desearía que la revolución terminase tan pronto ha visto sus aspiraciones más o menos satisfechas, nuestro interés y nuestro deber es hacer la revolución permanente, mantenerla en marcha hasta que todas las clases poseedoras y dominantes sean desprovistas de su poder, hasta que la maquinaria gubernamental sea ocupada por el proletariado y la organización de la clase trabajadora de todos los países esté tan adelantada que toda rivalidad y competencia entre ella misma haya cesado y hasta que las más importantes fuerzas de producción estén en las manos del proletariado. Para nosotros no es cuestión reformar la propiedad privada, sino abolirla; paliar los antagonismos de clase, sino abolir las clases; mejorar la sociedad existente, sino establecer una nueva. [...] [...] Pero ellos mismos [los trabajadores] han de realizar la mayor parte del trabajo; necesitarán ser conscientes de sus intereses de clase y adoptar la posición de un partido independiente. No deben ser apartados de su línea de independencia proletaria por la hipocresía de la pequeña burguesía democrática. Su grito de guerra debe ser: "La Revolución permanente".

Nótese que la independencia reivindicada era política, y no meramente económica (en la forma de sindicatos) o social en sentido laxo: esa clase de independencia ya la poseían los obreros, y resulta manifiestamente insuficiente, porque sin independencia política quedarán subordinados a la dirección política de otras clases, y por tanto a sus intereses; deberán, implícita o explícitamente, optar por una de las alternativas políticas existentes, que son las de las clases propietarias. En política, lo más que puede hacer un sindicato es presionar al Estado y las fuerzas políticas existentes, o dar apoyo a una u otra, pues son las fuerzas políticas las que se organizan en defensa de una forma de gobierno definida. Ni siquiera aque-

llos sindicatos que aboguen abiertamente por el abstencionismo político –los sindicatos de corte anarquista– pueden sustraerse a esta necesidad, que acaba imponiéndose en los momentos más crudos. Como resultado, en lugar de haber contribuido a la formación de un partido independiente, acaban viéndose forzados a amalgamarse con partidos burgueses “progresistas” (como sucedió a la CNT con el Frente Popular). Volveré sobre este punto más tarde. Por el momento, basta con señalar que la racionalidad subyacente al argumento de Marx es la siguiente: solo desde la independencia política puede el proletariado poner sobre la mesa un programa histórico propio y su voluntad de gobernar para hacerlo efectivo. “Independencia política” requiere de organización política, desde la cual el proletariado pueda afirmar ante toda su clase y en todo momento los objetivos finales del movimiento, y sectores cada vez más amplios de la clase puedan tomar conciencia del mismo. Si, por el contrario, el proletariado organizado censura sus posturas, avanzando silenciosamente de la mano de otras clases en pos de objetivos parciales sin enunciar permanentemente la parcialidad de esos objetivos y el hecho de que son solo un medio para un fin mayor, el conjunto de la clase quedará bajo el yugo de las clases medias, e incluso las ventajas parciales alcanzadas por esa vía acabarán siendo un medio para la desmoralización, la desmovilización y la pasividad.

Recordemos que en ese momento, el proletariado formaba a menudo el ala izquierda del “Partido del pueblo”, esto es, una coalición interclasista dirigida por sectores burgueses. Así, la reivindicación de la independencia política contiene la demanda de romper con las fuerzas de las clases medias y constituirse en partido propio. *Ese era el mensaje de Marx y Engels*, ya nítido por más que su concepción de la forma y fundamentos del partido fuera haciéndose más clara y definida con los años.

Un elemento clave en esta creciente claridad fue otra de las lecciones de 1848: el agotamiento del modelo revolucionario

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

insurreccional “clásico”, heredado de la era de las revoluciones burguesas. Esto no hizo sino reforzar las intuiciones de Marx y Engels, llevándolos a desprenderse de ciertas ilusiones infundadas. El ejemplo de 1848-1851 les hizo entender que la auténtica conquista del poder político por parte del proletariado requeriría de un largo trabajo preparatorio,⁴⁸ de la extensión progresiva de la conciencia política y la capacidad organizativa de la clase. Lo anterior incluía la comprensión de la insuficiencia del modelo de partido representado por la Liga Comunista:

*“Marx, en una carta de 1860 [...] describió la Liga Comunista como un partido sólo en el «sentido efímero» y la comparó con la Blanquista Société de Saisons. De esto se desprende que Marx había desarrollado una crítica de la Liga Comunista original y creía que su aparato organizativo era adecuado para un período anterior y menos maduro de la lucha de clases. Una pequeña minoría militante actuando en un levantamiento de masas como fue la revolución de 1848, había demostrado ser insuficiente para las necesidades del proletariado”.*⁴⁹

La unidad del modelo insurreccional clásico, todavía atado al ejemplo de 1789, –modelo cuya obsolescencia no debe confundirse con la renuncia al “arte de la insurrección”–⁵⁰ y las deficiencias de la Liga Comunista como pequeña organización indican el carácter incompleto del partido proletario. Al comprender esta lección Marx y Engels ganaron una visión más clara sobre la *forma* de la revolución socialista y el partido revolucionario: la necesidad, como veremos, de grandes partidos de masas internacionalmente organizados.

2.4. INTERNACIONALISMO

El siguiente episodio en la historia de la constitución de la clase en partido, tras el interludio de reacción que fueron los primeros años 50, fue la creación de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) –hoy conocida como Prime-

48. Ver Engels, Friedrich. “Prefacio de Federico Engels a la edición de 1895” en Marx, Karl. *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2015.

49. Parkinson, Donald. “Del Partido obrero...”.

50. Ver Lenin, Vladimir. “El marxismo y la insurrección”, *Marxism.org*, 1917.

ra Internacional– en 1864. Surgida en parte como resultado de la solidaridad espontánea de los obreros británicos con la causa antiesclavista en EEUU –se negaron cargar las armas que serían enviadas al bando confederado– la Internacional fue un espacio de unión donde las diferentes corrientes en el seno de la clase trabajadora occidental pudieron discutir cuál debía ser su política, desde el compromiso general, por todos sancionado –al menos nominalmente– de alcanzar su emancipación. Una “organización real de la clase obrera para la lucha”,⁵¹ según las palabras de Marx. Su lema central sigue siendo la fórmula que mejor condensa la necesidad de la independencia política del proletariado: “la emancipación de los trabajadores solo puede ser obra de los trabajadores mismos”.

51. Marx, Karl. “Carta a Friedrich Bolte en Nueva York”, *Marxists.org*, 1871.

52. Marx, Karl. “Manifiesto Inaugural...”.

La idea que da cuerpo a la AIT es que esta emancipación solo puede darse a escala internacional. Su Manifiesto Inaugural, dictado por Marx,⁵² contiene una ardiente defensa de la necesidad del internacionalismo, unida a afirmaciones como la siguiente:

La clase obrera posee ya un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber.

Posteriormente, pasa a celebrar dos triunfos de la clase obrera: la ya citada limitación de la jornada laboral, y la expansión del cooperativismo. Pero inmediatamente añade:

Al mismo tiempo, la experiencia del período comprendido entre 1848 y 1864 ha probado hasta la evidencia que, por excelente que sea en principio, por útil que se muestre en la práctica, el trabajo cooperativo, limitado estrechamente a los esfuerzos accidentales y particulares de los obreros, no podrá detener jamás el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, ni emancipar a las masas, ni aliviar siquiera un poco la carga de sus miserias.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

El motivo, aclara Marx, es el siguiente:

Para emancipar a las masas trabajadoras, la cooperación debe alcanzar un desarrollo nacional y, por consecuencia, ser fomentada por medios nacionales. Pero los señores de la tierra y los señores del capital se valdrán siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos. Muy lejos de contribuir a la emancipación del trabajo, continuarán oponiéndole todos los obstáculos posibles.

Volvemos a lo señalado anteriormente: por más que Marx considerara que las formas organizativas del movimiento obrero contienen las semillas de un modo de producción asociado, añade la siguiente consideración esencial: sin la conquista del poder político ninguna victoria de la clase obrera puede ser más que parcial y temporal, ningún proyecto cooperativo puede alcanzar más que una existencia igualmente parcial y deformada. De ahí que los avances en estos campos, medios necesarios de autoeducación y fortalecimiento del proletariado, deban estar engarzados en una estrategia general que apunte al poder político. Por ello mismo, Marx afirma acto seguido:

La conquista del poder político ha venido a ser, por lo tanto, el gran deber de la clase obrera. Así parece haberlo comprendido ésta, pues en Inglaterra, en Alemania, en Italia y en Francia, se han visto renacer simultáneamente estas aspiraciones y se han hecho esfuerzos simultáneos para reorganizar políticamente el partido de los obreros.

Este es el centro del mensaje que la Internacional trató de impulsar: la organización de partidos orientados a la conquista del poder político por parte de la clase obrera, como avances necesarios dentro de la estrategia internacional por su emancipación. Esto es aquello por lo que Marx y Engels lucharon incansablemente contra las otras dos tendencias presentes en la Internacional: el anarquismo de Bakunin y el oportunismo de derecha de los sindicalistas ingleses, que trataron, cada uno a su modo, de boicotear este punto.

Los estatutos de la Internacional, igualmente elaborados por Marx, contendrán estos mensajes:

Considerando:

Que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos; que los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no deben tender a constituir nuevos privilegios, sino establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes y destruir toda dominación de clases; Que la supeditación del trabajador al capital es la fuente de toda servidumbre: política, moral y material; Que, por esta razón, la emancipación económica de los trabajadores es el gran fin a que debe estar subordinado todo movimiento político; Que todos los esfuerzos hechos hasta ahora se han frustrado por falta de solidaridad entre los obreros de las diversas profesiones en cada país y de una unión fraternal entre los trabajadores de los diversos países; Que la emancipación de los trabajadores no es un problema local o nacional; que, por el contrario, este problema interesa a todas las naciones civilizadas, y su solución estará necesariamente subordinada a sus concursos teóricos y práctico.⁵³

53. Marx, Karl. "Estatutos Generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores", *Marxists.org*, 1864.

El hecho de que "la emancipación económica de los trabajadores es el gran fin al que debe estar subordinado todo movimiento político" implica que este se trata, por necesidad, de un movimiento *socialista*.

Siete años después, en las resoluciones de la Conferencia de 1871, encontramos una formulación más directa de la necesidad de constituir este partido, aprobada con la oposición de los bakuninistas.

Considerando: Que contra este poder colectivo de las clases poseedoras la clase obrera puede actuar como clase únicamente si se constituye en partido político especial, distinto y opuesto a todos los partidos formados por las clases poseedoras; que esta constitución de la clase obrera en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y su objetivo final: la abo-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

*lición de las clases; que la combinación de fuerzas conseguida ya por la clase obrera como resultado de la lucha económica debe servir, al mismo tiempo, como palanca en su lucha contra el poder político de los grandes propietarios agrícolas y de los capitalistas. La Conferencia recuerda a los miembros de la Internacional que en la lucha de la clase obrera, su movimiento económico y su acción política están indisolublemente unidos.*⁵⁴

Finalmente, el Congreso General celebrado en La Haya en 1872, contendrá la formulación más precisa de todas, explicando cómo la forma acabada del “movimiento político” referido en los Estatutos no podría ser más que un Partido, e incluyendo por ello en los mismos estatutos la siguiente tesis:

*En su lucha contra el poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede actuar como clase sino constituyéndose él mismo en partido político propio y opuesto a todos los antiguos partidos formados por las clases poseedoras. Esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y el logro de su fin supremo: la abolición de las clases.*⁵⁵

Las maquinaciones tanto de Bakunin y sus seguidores,⁵⁶ enemigos de la acción política, como de los sindicalistas ingleses, paladines del tradeunionismo –que no dudaron en aliarse con Bakunin cuando la voluntad de Marx y los suyos de fundar un partido proletario independiente en Inglaterra se hizo explícita⁵⁷– y el contexto internacional surgido tras la derrota de la Comuna –a cuya defensa se volcaron todas las energías de la Internacional– acabaron dando al traste con la AIT. Podría decirse, de hecho, que en la polémica entre Marx, Bakunin y los sindicalistas ingleses están ya contenidas todas las polémicas posteriores entre marxismo, oportunismo y espontaneísmo. En fiero debate con los anarquistas, Engels esbozó una de sus más encendidas defensas de su línea política:

Queremos la abolición de las clases. ¿Cuál es el medio para alcanzarla? La dominación política del proletariado. Y cuando en todas partes se han puesto de acuerdo

54. Marx, Karl, y Engels, Friedrich, “De las resoluciones de la conferencia de delegados de la Asociación Internacional de Trabajadores”, *Marxists.org*, 1871.

55. Marx, Karl y Engels, Friedrich. “De las resoluciones del Congreso General celebrado en La Haya 2-7 de septiembre de 1872”, *Marxists.org*, 1872.

56. Sobre las maquinaciones de Bakunin ver Draper, Hal. *Karl Marx’s Theory of Revolution, Volume 4. Critique of Other Socialisms*, Monthly Review Press, Nueva York, 1990... pp. 270-304.

57. Gaido, Daniel. “Marxism and the Union...”, p. 120.

sobre ello, ¡se nos pide que no nos mezclemos en la política! Todos los abstencionistas se llaman revolucionarios y hasta revolucionarios por excelencia. Pero la revolución es el acto supremo de la política; el que la quiere, debe querer el medio, la acción política que la prepara, que proporciona a los obreros la educación para la revolución y sin la cual los obreros, al día siguiente de la lucha, serán siempre engañados por los Favre y los Pyat. Pero la política a que tiene que dedicarse es la política obrera; el partido obrero no debe constituirse como un apéndice de cualquier partido burgués, sino como un partido independiente, que tiene su objetivo propio, su política propia.⁵⁸

58. Engels, Friedrich. “La acción política de la clase obrera”, *Marxists.org*, 1871.

En retrospectiva podemos afirmar que a pesar de verse forzada a la disolución la Primera Internacional sembró las semillas para la formación de los grandes partidos obreros independientes que nacerían en las décadas posteriores.

2.5. LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Apenas un año antes de la disolución de la Internacional, la Comuna de París había dado al mundo el primer ejemplo práctico de una conquista del poder político por parte del proletariado. En apenas setenta días gloriosos el proletariado parisino dismanteló el Estado de la burguesía, esa maquinaria burocrático-militar, sustituyéndola por órganos de poder político proletario, una *democracia revolucionaria*⁵⁹ donde todos los cargos del Estado eran elegidos, permanentemente revocables, y con el salario de un obrero, y la separación de poderes burguesa fue eliminada. Una nueva forma estatal sostenida, y posteriormente defendida con fin trágico, por las masas en armas. Su lección universal fue precisamente que el proletariado, para conquistar el poder político, no puede limitarse a tomar el Estado de la burguesía sino que debe *destruirlo*, sustituyéndolo por órganos de poder propio.⁶⁰ Debe, en otras palabras, cambiar la *forma* del Estado para que su contenido pueda ser realmente proletario. Esta es una lección fundamental que, a ojos de Marx y Engels, todo partido

59. Ver Marik, Soma. *Revolutionary Democracy. Emancipation in Classical Marxism*, Brill, Leiden, 2018.

60. Marx sintetizó estas lecciones en *La guerra civil en Francia*, escrito a petición de la Internacional.

obrero debería interiorizar: la Comuna había descubierto la forma política de la emancipación del trabajo.⁶¹

Aquí podría objetarse que el proletariado parisino no se había constituido en partido político antes de tomar el poder. ¿A qué se debe entonces, dados los elogios de Marx y Engels a la Comuna, la insistencia en este punto? La posible respuesta tiene varias vías. En primer lugar, aunque no apunte a la cuestión final, debe señalarse que la madurez política alcanzada por el proletariado parisino no era independiente de la labor de décadas de diferentes sectas y grupos obreros en la ciudad, espacio de ebullición del pensamiento socialista, o de la existencia de la Internacional, todos ellos elementos históricos de la maduración de la clase hacia su constitución en partido. A menudo la apariencia casi telúrica de las insurrecciones y revueltas hace olvidar la contribución paciente, en forma casi de siembra, que la agitación política tiene en las mismas.⁶² Lo anterior, sin embargo, no aborda directamente la cuestión de la necesidad del Partido. Aquí la respuesta de Marx y Engels, intuyo, o al menos la mejor que puedo dar yo, iría en la línea de lo que sigue: si el proletariado parisino pudo asaltar el poder político sin la existencia de una gran organización política revolucionaria, organizada a escala nacional e internacional: ¿qué no hubiera podido hacer de contar con esa organización, disciplinada y experimentada, capaz de constituir una herramienta centralizada a través de la cual el proletariado pudiera ejercer su gobierno e imponer sus objetivos, evitando algunos de los errores, propios de la inmadurez, que condenaron el experimento (la vacilación en ciertas decisiones, el negarse a tomar el Banco de Francia, etc)? A pesar de su admiración por la Comuna, Marx se afanó en señalar esos errores, única vía para que sus lecciones pudieran tener toda la validez que merecían. Como apuntara Engels: “fue la falta de centralización y autoridad lo que costó la vida a la Comuna”.⁶³ Además, ¿no habría aumentado su posibilidad de triunfo si esa organización hubiera podido movilizar de inmediato, de forma efectiva y unificada, la solidaridad de grandes capas del proletariado francés? ¿Y si además esa organización, articulada a

61. Insisten en ello tanto en la *Crítica del programa de Gotha* como en la crítica del borrador del programa de Erfurt. Insisten también en que esto es algo que la clase obrera había demostrado —llevándolos a introducir la única modificación sustancial de *El Manifiesto Comunista* que acometieron en vida para aclarar esta cuestión, que probaba la imprecisión de algunas de las fórmulas originales sobre la conquista del poder político.

62. Para un análisis de esta cuestión en relación con las huelgas “espontáneas” que comenzaron a sucederse en Rusia a finales del XIX ver Harding, Neil. *Lenin's Political Thought. The Theory and Practice in the Democratic and Socialist Revolutions*, Haymarket Books, Chicago, 2009.

63. Engels, Friedrich. “Carta a Carlo Terzhagi”, 1972, citado en Draper, Hal. *Karl Marx's...* p. 142.

escala internacional, hubiera podido movilizar con pericia no solo la solidaridad de los obreros franceses, sino la de grandes masas del proletariado europeo? El ejemplo de August Bebel y Wilhem Liebknecht, entonces parlamentarios de un pequeño partido obrero en Alemania, sentenciados a dos años de cárcel por alta traición debido a su defensa de la Comuna, fue celebrado por Marx y Engels como una heroica lección para todo el proletariado europeo.⁶⁴ Creo, en definitiva, que las preguntas anteriores se responden solas.

64. Ver Engels, Friedrich, *Marx and Engels Collected Works. Volume 22*, Lawrence & Wishart, Londres, p. 617.

Por si eso fuera poco, la historia se ha preocupado de darnos pruebas de lo anterior. Al fin y al cabo:

*“La diferencia entre 1917 y la Comuna de París es el Partido bolchevique. La Comuna de París fue una toma de poder del proletariado de la capital. Octubre del 17 fue, en un sentido simular, una toma del poder del proletariado en la capital. La razón fundamental por la que la Comuna falló y Octubre tuvo éxito es que las organizaciones bolcheviques y quienes simpatizaban con ellas –en ciudades de toda Rusia y especialmente en Siberia– tomaron las ciudades y los ferrocarriles, con o sin la autorización del soviet local”.*⁶⁵

65. Macnair, Mike. “Control the Bureaucrats”, *Weekly Worker*, 2004.

En síntesis: fue precisamente el carácter *incompleto* del partido del proletariado lo que precipitó la derrota de la Comuna.

2.6. EL PARTIDO DE MASAS

Otras reflexiones de Marx y Engels sobre los acontecimientos posteriores a la Comuna nos permiten introducir un concepto esencial: el necesario carácter de masas del Partido. En Marx y Engels, este último se reivindica en contraposición *al modelo de la secta o la minoría conspirativa*, propio de una era de inmadurez del proletariado. Este último es el modelo del salvador externo, que aspira a gobernar *en beneficio* del proletariado. Por el contrario, el modelo marxista que cimentó el

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

movimiento socialista histórico, el modelo de los partidos de masas, se sigue necesariamente de la idea de que la emancipación de los trabajadores solo puede ser obra de los trabajadores mismos. Lo que implica, en términos políticos, es 1) Que el Partido, para poder alcanzar un modo de existencia adecuado, debe ser el partido de grandes masas obreras socialistas, capaz de organizar la lucha de clases del proletariado y orientarla hacia sus objetivos finales 2) Que para que la revolución comunista pueda completarse, *el partido tiene que aspirar a ganarse a una mayoría de la clase*, porque la revolución comunista es obra de la mayoría.⁶⁶ Este es un elemento esencial de la tendencia revolucionaria-política, como demuestra el repetido uso por parte de Lenin de la expresión “Partido revolucionario de masas” en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*.⁶⁷

Por otra parte, que el partido represente los intereses universales de la clase y deba aspirar a ganarse una mayoría, no implica que sea “el partido de toda la clase” –no lo fueron, contra un mito habitual, ninguno de los partidos que Marx y Engels apoyaron⁶⁸–, y mucho menos que deba limitarse a reflejar las opiniones de la mayoría de la clase, precisamente porque la misma idea de ganarse a la mayoría presupone ganársela para algo, y ese algo es el socialismo. El partido se sostiene sobre un programa definido, que es un programa revolucionario, y agrupa a quienes concuerden con este programa, no a todos los obreros posibles con independencia de su adscripción política.

En etapas no-revolucionarias, el proletariado socialista organizado en Partido será inevitablemente una minoría, pero una que ha de tratar de avanzar incansablemente en fusionar el socialismo y el movimiento proletario para constituir una *minoría en crecimiento*, suficientemente amplia y relevante como poder actuar con éxito cuando los sucesos se precipiten y conquistar realmente a una mayoría de la clase para la causa revolucionaria sea una posibilidad efectiva. En otras palabras, la cuestión es ganarse a cada vez más sectores de la clase

66. “La minoría, el Partido, no puede implantar el socialismo. Podrán implantarlo decenas de millones de seres cuando aprendan a hacerlo ellos mismos”. Lenin, Vladimir Ilich, “Informe sobre la revisión del Programa y el Cambio de Nombre del Partido. 8 de marzo” en *Obras Completas. Tomo 36, Mayo-Julio 1918*, Editorial Progreso, Moscú, 1986, p. 57.

67. Ver Lenin, Vladimir. *La enfermedad...* pp. 52, 92, 150.

68. Ver Macnair, Mike. “Las lecciones de Erfurt...”.

para un programa de conquista del poder político por parte del proletariado, no plegar el programa a lo que se percibe como las opiniones mayoritarias de la clase en un momento determinado, sean cuales sean. Eso es simple y llanamente oportunismo, y el programa resultante no sería más que un programa burgués.

En consecuencia, el camino del partido proletario va desde el proyecto revolucionario a la mayoría, en contraposición a la entelequia oportunista de avanzar desde la mayoría al proyecto revolucionario.⁶⁹ El partido, según el concepto de Marx y Engels, es la organización política independiente de los proletarios con conciencia de clase, fundado como decíamos sobre un programa revolucionario. “Partido de masas” significa aquí Partido *revolucionario* de masas. De modo que excluye obviamente a los obreros reaccionarios, al oportunismo organizado –como veremos– y a los individuos o grupos que rechazan la acción política. Excluye, en resumen, a los sectores contrarios a la independencia política del proletariado. Por mayoría, además, se entiende una mayoría *política*: un sector suficientemente amplio dispuesto a llevar adelante un proceso revolucionario, ineludible para que este pueda avanzar realmente hacia el socialismo.

En cualquier caso, la cuestión de por qué el partido ha de ser un partido de masas se entiende mejor al analizar las críticas de Marx y Engels al modelo de minorías conspirativas, que, como argumentaré, pertenece necesariamente a la corriente espontaneísta. En su breve texto *El programa de los emigrados blanquistas de la Comuna* Engels argumenta que:

Blanqui es esencialmente un revolucionario político; no es socialista más que de sentimiento, por indignarse con los sufrimientos del pueblo, pero no posee teoría socialista ni propuestas prácticas definidas para la reorganización de la sociedad. En su actividad política no es sino un «hombre de acción» convencido de que una pequeña minoría bien organizada, al intentar en un momento oportuno efectuar un golpe de mano revolucionario, puede llevar a

69. Rosa Luxemburgo lo expresó memorablemente: “El camino no va de la mayoría a la táctica revolucionaria, sino de la táctica revolucionaria a la mayoría”. Luxemburgo, Rosa. *La revolución rusa*, Marxists.org, 1918, p. 380.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

las masas del pueblo, tras de alcanzar algunos éxitos iniciales, a realizar una revolución victoriosa. [...] De la idea blanquista de que toda revolución es obra de una pequeña minoría revolucionaria se desprende automáticamente la necesidad de una dictadura inmediatamente después del éxito de la insurrección, de una dictadura no de toda la clase revolucionaria, del proletariado, como es lógico, sino del contado número de personas que han llevado a cabo el golpe y que, a su vez, se hallan ya de antemano sometidas a la dictadura de una o de varias personas. Como vemos, Blanqui es un revolucionario de la generación pasada. Estas ideas acerca de la marcha de los acontecimientos revolucionarios, al menos para el partido obrero alemán, han envejecido ya desde hace mucho tiempo y, en Francia, no pueden contar con la aprobación más que de los obreros menos maduros o más impacientes.⁷⁰

De nuevo, las palabras de Engels no requieren demasiado comentario. La función más general del partido obrero es organizar políticamente la lucha de clases del proletariado, preparando a este para el gobierno; esto es, *avanzar hacia la conquista del poder político por parte del proletariado*. Una minoría conspirativa, por definición, no puede organizar ninguna lucha de clases, no puede preparar a la clase para nada, no puede ser el vehículo a través del cual esta lleva a cabo una actividad política independiente. Lo que hace, por el contrario, es urdir conspiraciones mientras espera a que una crisis haga que, por arte de magia, engaño o seducción, las masas escuchen sus palabras, llevándolos en volandas al gobierno.⁷¹ En consecuencia, esta clase de partidos-camarilla deben necesariamente *plegarse a la espontaneidad*, dedicándose a *seguir* a las masas en el momento del estallido o en aquello que hagan en cada momento, en lugar de *dirigir* a las masas hacia la toma del poder.

Esta última es la labor de un partido marxista, resumida en la idea de fusionar el socialismo con el movimiento proletario. Lo cual es, a su vez, la única vía para que el partido pueda tomar el poder de un modo que permita implementar el

70. Engels, Friedrich. “El programa de los emigrados blanquistas de la Comuna”, *Marxists.org*, 1874.

71. Ciertos historiadores burgueses han identificado la práctica bolchevique con esta clase de política conspirativa. La realidad es la opuesta. Para una refutación inapelable ver Rabinowitz, Alexander. *The Bolsheviks Come to Power: The Revolution of 1917 in Petrograd*, Pluto Press, Londres, 2004.

programa socialista. Esta tarea de “fusión” ha de tener lugar en todo momento y de forma sistemática: el partido debe intentar siempre ganarse a más sectores de la clase para el programa revolucionario, pues esa fuerza acumulada es la que permite pasar a la ofensiva con éxito en el momento oportuno. El partido no es el demiurgo de la revolución, que no puede convocar a placer, pero sí el elemento mediador central de lo que podemos llamar proceso socialista⁷² –que incluye el proceso revolucionario en sentido estricto tanto como su larga fase preparatoria.

72. Esta es, a mi juicio, la tesis que de la ortodoxia marxista que el bolchevismo clásico supo encarnar: el partido como elemento mediador del proceso revolucionario y la necesidad de la dictadura del proletariado como momento de transición al socialismo.

Los momentos no revolucionarios son también, en la medida en que las condiciones lo permitan, los momentos de construcción de una institucionalidad socialista dirigida por el Partido. Esta va desplegándose como medio de autogobierno de la clase revolucionaria, donde se cristaliza la unidad de conciencia socialista y organización. Un movimiento de masas políticamente centralizado, desde el cual el proletariado lleva a cabo su lucha como clase dotada de un programa propio y acumula fuerzas a través de la consecución de conquistas políticas, sociales y económicas que sirven para alimentar un poder proletario en construcción. El Partido, en este sentido, debe estar a la cabeza de una densa base asociativa independiente del Estado, capaz de abarcar todos los aspectos de la vida social del proletariado y alineada con el programa socialista.

Esta es, insisto, la política que se sigue a nivel general de la “fórmula fusión”, donde la conciencia socialista impregna las diversas organizaciones. Por descontado, en momentos no revolucionarios este movimiento incorporará esencialmente a los sectores más conscientes de la clase, pero la labor del partido es tratar de que este sector sea lo más amplio posible, que la fusión se consume entre cada vez más sectores del proletariado. Solo así estará preparado para tomar un cariz totalizante y acoger a las amplias masas cuando llegue una situación de crisis –y en última instancia destruir el Estado burgués y constituirse en un nuevo centro de autoridad. La

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

insistencia en la fusión, por otra parte, deslinda los campos con el oportunismo. La cuestión no es la organización en abstracto, sino la organización para la causa socialista.

Por el contrario, formulaciones como las del joven Trotski o la Rosa Luxemburgo en su libro sobre la huelga de masas *rebajan* la labor del partido y acaban condenándolo a plegarse a la espontaneidad. La extensión de la conciencia socialista es una tarea que corresponde al “elemento consciente” y debe acometerse *en todo momento*, pues el movimiento espontáneo no puede acometerla por sí mismo. Lo que sí puede hacer, por supuesto, es generar el fermento de lucha y resistencia que abre la puerta a la pregunta por los objetivos finales, avanzar posiciones prácticas y con ello crear nuevas posibilidades para la expansión de la conciencia socialista sobre una base social más sólida. En los momentos de estallido, estas posibilidades son exponencialmente mayores que las que existen en momentos de “calma”: las condiciones para el avance de la conciencia política de las masas aumentan espectacularmente –y esta clase de “saltos” prácticos son un elemento crucial en el camino del proletariado hacia el poder. Pero no puede, en tanto que movimiento puramente espontáneo, ejecutar las tareas que corresponden a la organización política. Esto es cierto por definición: si empezaran a realizarlas ya estaríamos hablando de un elemento consciente –organizado y capaz de ejecutar tareas de forma sistemática. Y este elemento tendría que convertirse en un *partido*, o avanzar en esta dirección, si quiere poder ser coherente con los principios que lo animan.

El trasfondo, habitualmente olvidado, de esta necesidad radica en el hecho de que aunque surgieran espontáneamente (hecho que en absoluto debe tomarse como una *precondición* de todo proceso revolucionario) instituciones obreras a las que pudiera transferirse la autoridad política, esta sería, entre otras cuestiones, *la autoridad de elegir un partido para gobernar*. Desligadas de este fin, y por ello de la independencia política, estas instituciones se convierten en meros “contra-

73. Sobre este punto ver Negri, Toni. *La fábrica de la estrategia. 33 lecciones sobre Lenin*, Akal, Madrid, 2004. Negri argumenta brillantemente cómo para Lenin los sóviets deben ser concebidos como instituciones finalísticas, medios en la lucha por el poder político proletario y el socialismo, y no como fines en sí mismos.

74. Trotsky advirtió repetidamente sobre el error que suponía fetichizar los sóviets. Ver Trotsky, León. "Again, on the Soviets and the Party in a Proletarian Revolution", en *Lessons of October*, Marxists.org, 1924.

75. Macnair, Mike. *Revolutionary Strategy...* p. 117.

podere^s” internos al Estado capitalista⁷³, políticamente subordinados a los programas del sistema de partidos leales al mismo.

Por otro lado, el surgimiento espontáneo de esta clase de instituciones (sóviets)⁷⁴ en la forma en que buena parte del comunismo sigue fetichizando es relativamente contingente (y en su forma clásica difícilmente separable de las peculiaridades históricas del contexto ruso). Lo que es necesario, por el contrario, es la construcción del Partido como elemento que encabeza el movimiento organizado de la clase. Y ese partido solo estará a la altura de su concepto cuando encabece efectivamente un conjunto de instituciones a través de las cuales la clase revolucionaria pueda dirigirse. Esta es, en su versión más general, la línea estratégica del marxismo, que debe aspirar a aplicarse en la forma en que cada coyuntura haga posible.

Al fin y al cabo “es un partido o partidos, y un gobierno creado por un partido o partidos, lo que puede poner sobre la mesa una forma de autoridad alternativa a la del orden capitalista”.⁷⁵ Todo orden político se fundamenta sobre una serie de fuerzas políticas cuyo programa genérico determina los límites de lo posible. En el caso del orden capitalista, esta fuerza es lo que Marx llama “Partido del Orden” cuyo programa es la defensa de la propiedad privada. En el caso de un orden revolucionario es “El Partido de la Revolución”, cuyo programa es la construcción del socialismo.

En resumidas cuentas, al no haber creado una gran organización a través de la cual el proletariado revolucionario pueda ejercer este poder y avanzar en la construcción del socialismo –esto es, un Partido independiente– la opción blanquista-bakuninista está condenada al fracaso. Y lo está incluso si logra derribar al gobierno de turno, porque la inmadurez del proletariado impulsará necesariamente que una camarilla de conspiradores ejerza una dictadura *sobre* las masas. De este modo el espontaneísmo, que se llena la boca con

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

la auto-actividad y creatividad de las masas, se revela dialécticamente como su opuesto.⁷⁶ Pues sin un partido las masas pueden derribar un gobierno, pero no ejercer *su* gobierno de forma sostenida. Hacerlo requiere de haber preparado al proletariado para esta tarea por medio de una organización disciplinada y capaz, con conocimientos, experiencia, y un plan general de transformación de la sociedad. Un partido, vaya. Y uno, además, lo suficientemente democrático como para poder servir como herramienta de gobierno del proletariado revolucionario. Si el proletariado no puede ejercer su gobierno a través del partido, quien acabará gobernando será la vieja burocracia estatal, a la que ahora se unirá un grupo de conspiradores, o el partido mismo se convertirá en una nueva burocracia estatal. Y los intereses de clase de ambos grupos harán del todo imposible una transición al socialismo.

76. Sobre la voluntad dictatorial de Bakunin ver Draper, Hal. *Karl Marx's...*, pp. 164-167.

En ese sentido, la toma del poder político por parte del proletariado tiene una dimensión *técnica* irreductible, que requiere de su respectiva preparación: el proletariado organizado debe ser materialmente capaz de gestionar y reorganizar progresivamente los procesos de trabajo (en el sentido más amplio del término, que incluye las funciones del Estado) sobre los cuales el poder político le otorgará control o de lo contrario se verá obligado a preservar el aparato burocrático-militar de la burguesía y su independencia acabará siendo aniquilada por este. Los mecanismos políticos de control requeridos para que el nuevo aparato estatal proletario responda realmente a la voluntad de la clase han de ser acompañados por generalización de la capacidad técnica para ejecutar estas funciones (que se desarrolla en sus fases iniciales de forma previa a la toma del poder político) y el despliegue progresivo del poder social capaz de reorganizar la vida en su conjunto en un sentido comunista.

Por todo lo anterior, la “conquista el poder político” en un sentido marxista no puede identificarse con una suerte de golpismo, ni tampoco, en absoluto, con tratar de formar un gobierno constitucional burgués tras lograr una mayoría

parlamentaria. Para que el poder político pueda utilizarse realmente como herramienta de construcción del socialismo, en lugar de devorar al partido y socavar su independencia, la clase debe estar históricamente madura para ejercer su gobierno, haber pasado por un largo proceso de organización y preparación, las fuerzas de la emancipación deben estar desplegadas en todos los niveles posibles del cuerpo social, y ser por lo tanto capaces de sustituir la maquinaria del Estado burgués con órganos de poder proletario. Pues al contrario que las revoluciones burguesas, la revolución proletaria requiere de un grado altísimo de organización y disciplina para triunfar.⁷⁷

77. Algo que el propio Kautsky-cuando-era-marxista defendió con elocuencia. Ver Kautsky, Karl. "The Republic and Social Democracy in France"... En sus palabras: "la conquista del poder estatal por el proletariado no significa simplemente la conquista de los ministerios del gobierno, que luego, sin más, administrarían los medios de gobierno anteriores -una iglesia estatal establecida, la burocracia y el cuerpo de oficiales- de manera socialista. Más bien, significa la disolución de estas instituciones. Mientras el proletariado no sea lo suficientemente fuerte como para abolir estas instituciones de poder, la toma del control de departamentos gubernamentales individuales y de gobiernos enteros no servirá de nada", p. 177. Lenin, sin embargo, está en lo cierto al reprochar a Kautsky que sus escritos sobre la transformación del Estado requerida por la revolución proletaria solieran ser, en general, demasiado genéricos y abstractos.

78. Lenin, Vladimir. *La enfermedad...* pp. 136-137.

Como señala Lenin:

No sabemos ni podemos saber cuál de las chispas que surgen ahora en enjambre por doquier en todos los países, bajo la influencia de la crisis económica y política mundial, podrá originar el incendio, es decir, despertar de una manera especial a las masas. Por eso, con nuestros principios nuevos, comunistas, debemos emprender la "preparación" de todos los campos, cualquiera que sea su naturaleza, hasta de los más viejos, vetustos y, en apariencia, más estériles, ya que en caso contrario no estaremos a la altura de nuestra misión, nos faltará algo, no dominaremos todos los tipos de armas, no nos prepararemos ni para la victoria sobre la burguesía (que ha organizado la vida social en todos sus aspectos a la manera burguesa y ahora la ha desorganizado de esa misma manera) ni para la reorganización comunista de toda la vida, que deberemos realizar una vez obtenida la victoria.⁷⁸

El periodo 1917-1921 está lleno de ejemplos que demuestran que, a pesar de la fogosa actividad espontánea de las masas organizadas en consejos obreros, la ausencia de un partido revolucionario de masas convierte la toma del poder político en un imposible. El motivo ya se ha señalado en las primeras páginas: siempre hay política, y la política la vehiculan los *partidos*, que son las fuerzas organizadas en torno a un

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

programa. Así, los obreros organizados en consejos acabarán optando siempre por una u otra de las diferentes fuerzas políticas existentes.

Los soviets o consejos históricos no representan una *alternativa* al partido, sino que constituían un medio a través de cuál los obreros podían decidir colectivamente con qué partido alinearse (su misma creación, de hecho, fue impulsada por partidos). ¿Quién formó el primer gobierno soviético en Rusia?⁷⁹ Los *partidos* que tenían mayoría entre los soviets.⁸⁰

De no existir esa fuerza política revolucionaria los miembros revolucionarios de los consejos se verían obligados a tratar de construirla a toda prisa. Esta es una operación heroica, y sin embargo destinada a fracasar. La construcción de un partido de masas propiamente revolucionario es una tarea que puede llevar décadas y que dudosamente puede ser acometida en medio de una crisis revolucionaria. Porque las crisis revolucionarias requieren saber aprovechar la oportunidad, requieren de la existencia de un partido disciplinado y consciente que ya cuente con un amplio apoyo entre las masas y pueda, en mitad de la crisis, ganarse a una mayoría y dilucidar cuándo la correlación de fuerzas es favorable para tomar el poder. Solo una fuerza de esas características puede convertir la situación revolucionaria objetiva en el triunfo real del bando de la emancipación. Un partido creado en mitad de la crisis simplemente no puede realizar todas las tareas que requiere ganarse una mayoría, porque eso requiere de mucho *tiempo*. Por ello mismo, serán los partidos que ya contaban con un amplio apoyo entre las masas los que dirijan sus energías hacia sus propios objetivos (presumiblemente tras un momento inicial de vacío de poder). Y si ese partido, como en Alemania o Austria, ha decidido traicionar la revolución, la crisis revolucionaria se cerrará con la victoria de las fuerzas de la burguesía.⁸¹ En estos países, los obreros socialdemócratas se dirigieron a sus partidos, la alternativa política que conocían, en busca de dirección... y estas procedieron a mandarles aceptar el orden burgués imperante (o a enviarles a los Freikorps).

79. El "Sovrakom", o Consejo de Comisarios del Pueblo, fue un gobierno de los *partidos* que defendían el proyecto de "todo el poder para los soviets". Sobre su funcionamiento, ver Douds, Lara. *Inside Lenin's Government. Ideology, Power and Practice in the Early Soviet State*, Bloomsbury, Londres, 2018.

80. Sobre esta cuestión ver Macnair, Mike. *Revolutionary Strategy...* pp 116-117. Desde febrero del 17 los bolcheviques llevaron a cabo una frenética (y exitosa) actividad orientada a ganarse una mayoría de los soviets para su programa revolucionario. Finalmente, el asalto del Palacio de Invierno se lanzó en nombre del Soviet de Petrogrado, donde los bolcheviques estaban en mayoría, *después* de que más de cien soviets de todo el país hubieran pedido al Comité Ejecutivo de los soviets de toda Rusia que tomara el poder, y haciéndolo además coincidir con el Congreso Panruso de los Sóviets donde los bolcheviques obtuvieron mayoría y el nuevo gobierno fue ratificado.

81. Sobre este punto ver Macnair, Mike, "Shoras, Party and Programme", *Weekly Worker*, 2023.

82. Para una demostración de esta tesis en relación con el caso alemán, véase VVAA. *¡Por la Revolución Internacional! Los consejos obreros en Alemania y Hungría (1918-1923)*, Ediciones Espartaco Internacional, 2019.

En ambos casos, en definitiva, el drama fue precisamente la inexistencia de un gran partido revolucionario de masas.⁸² Un partido que, por definición, ha de haberse constituido previamente. En este sentido, conviene recordar que los bolcheviques en 1917 no eran un grupúsculo que fuera aupado por su mera brillantez táctica, sino una organización de dimensiones considerables –más teniendo en cuenta la terrible represión de los años previos– que ya en 1912 había conseguido ser el principal partido del proletariado urbano ruso.

Todo lo anterior nos permite comprender los problemas irresolubles de la estrategia de la huelga de masas en la versión propuesta por el ala espontaneísta. Desde esta perspectiva, la huelga de masas es autosuficiente: se basta a sí misma no solo para *derribar* el gobierno sino también para *sustituir* el orden capitalista. Pero eso es una ilusión que magnifica las potencias de la huelga, oscureciendo sus límites, y de ese modo nos ciega ante ciertas tareas ineludibles. Como apunta Donald Parkinson analizando la oleada de protestas post-2008: “las acciones de masas, los disturbios, las huelgas generales, etc., no son sustitutos de poseer la capacidad organizativa para *gobernar*. Incluso aunque la última oleada de protestas hubiera derribado al gobierno, la realidad sería que el ejército habría acabado imponiendo una transición legal-constitucional hacia un nuevo gobierno, dirigido por los mismos partidos que existían anteriormente”.⁸³ La huelga de masas puede, en efecto, derribar un gobierno, pero *no* crea por sí misma las fuerzas capaces de formar uno nuevo. El espontaneísmo trata estas dos cuestiones, que son diferentes, como si fueran una sola, por lo que acaba por ser congénitamente incapaz de resolver la segunda. Esta, que el espontaneísmo olvida por defecto –olvido que dicta su bancarrota– es precisamente la necesidad de construir una *alternativa de gobierno proletaria*, que es lo mismo que decir una alternativa al orden político del capital.

83. Parkinson, Donald. “Without a Party”...

Este segundo punto es el que el marxismo considera insoslayable, de modo que la huelga de masas puede aparecer como

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

un medio de lucha decisivo (*contra* el oportunismo, que reniega de esta), pero no como algo que provea mágicamente una alternativa total al poder político de las clases dominantes. El elemento estratégico esencial debe consistir, por lo tanto, en la construcción de esa alternativa política. Construir la capacidad para gobernar es construir las instituciones capaces de convertir la revuelta en revolución y la subversión en toma del poder.

Por insistir: las crisis políticas, incluidas las crisis realmente revolucionarias, que son esos momentos en los que, según la descripción de Kautsky tomada por Lenin,⁸⁴ no solo las masas se rebelan contra su subordinación, sino que las clases dominantes no pueden mantenerla, *se cierran por definición*. Si los revolucionarios han de dedicar sus energías, en mitad de esta coyuntura, a crear desde cero la fuerza que podría tomar el poder político, los representantes de las demás clases tendrán tiempo para reaccionar, recomponerse, y sofocar la rebelión a sangre y fuego. Esta lección se aplica no solo a las crisis revolucionarias, sino a los estallidos de cualquier tipo – aunque, por supuesto, una escala menor en lo que a las posibilidades políticas se refiere. De ahí, entre otras cuestiones, la bancarrota del espontaneísmo.

De ahí también, como apunta Simon Clarke, que “la actividad política y las esperanzas revolucionarias de Marx no están enfocadas en la espera de una crisis revolucionaria catastrófica, sino en el lento desarrollo y progresiva politización del movimiento organizado de la clase obrera”.⁸⁵ Aquí está el hecho diferencial entre la tendencia política marxista y el espontaneísmo. Es la diferencia entre una *estrategia revolucionaria*,⁸⁶ que va preparando pacientemente a la clase para constituir la alternativa del orden capitalista y sustituir este, ofensiva mediante, por su propio orden, y la (anti)estrategia de la espera, donde o bien la inexistencia de “condiciones objetivas” para la revolución se utiliza falazmente para justificar el propio oportunismo – que no solo renuncia a la revolución, sino que milita activamente en su contra – o bien todas las esperanzas se cifran en que el estallido social resuelva mágicamente y por sí mismo todos los problemas.

84. Lenin, Vladimir. *La bancarrota de la Segunda Internacional*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2014, pp. 21-22.

85. Clarke, Simon. *Marx's Theory of Crisis*, Palgrave Macmillan, Londres, 1994, p. 204.

86. Debe señalarse que “paciencia” en este sentido no es sinónimo de limitación al trabajo pacífico y legal (esta es una falacia del oportunismo de derechas), por más que pueda incluir este. “Paciencia” aquí contrasta simplemente con el conspiracionismo, el quietismo (o el evolucionismo bernsteiniano) y el aventurerismo, y significa construcción gradual, por cualquiera de los medios que la coyuntura haga necesarios, de las condiciones para la toma del poder por parte de las masas.

La labor de preparación requerida en periodos no revolucionarios es indispensable para construir la fuerza que puede convertir una situación revolucionaria, ofensiva mediante, en una victoria del bando del proletariado. La naturaleza revolucionaria de este planteamiento se deriva del modo en que realiza en cada coyuntura aquello que es necesario para hacer avanzar la causa de la revolución, a la que es interna la diferenciación entre momentos no-revolucionarios, como momentos de preparación, y momentos revolucionarios, donde esas fuerzas acumuladas pueden utilizarse para la ofensiva, o incluso coyunturas en los que la acción del partido puede apresurar la apertura de una situación revolucionaria.⁸⁷ Todos ellos, por supuesto, requieren de tácticas diferentes –algo a lo que Lenin llamó “parte del ABC del marxismo”.⁸⁸ Pero lo fundamental es el modo en que se implican mutuamente: el segundo momento es impotente sin el primero, pues no hay ofensiva posible sin las fuerzas acumuladas para ese fin, ni gobierno de la clase obrera sin organizaciones que pueda convertir la destrucción del orden capitalista en la construcción de un nuevo orden político; el primer momento es igualmente impotente sin el segundo, pues este es el medio necesario para cumplir con sus objetivos. De ahí la unidad de ambos dentro de una misma estrategia revolucionaria.

87. Como se recoge en los textos del Segundo Congreso de la Comintern.

88. Ver Lih, Lars. “Lenin’s Aggressive Unoriginality 1914-1916”, *Socialist Studies*, 2009, pp. 99-100. La cita de Lenin puede encontrarse en *ibid.*, p. 111.

Sin embargo, sería erróneo establecer un dualismo absoluto entre lo ofensivo y lo defensivo, lo gradual y lo rupturista, de forma que toda “ofensiva” –como momento de confrontación resuelta o avance enérgico contra el enemigo de clase– quede relegada al momento en que una ofensiva *total* fuera posible. Lo anterior se abisma hacia la complicidad con el oportunismo al borrar la existencia de momentos de ofensivas parciales como avances tácticos que requieren de un paso adelante decidido, pues estos momentos refuerzan decisivamente las condiciones de la revolución.

Ahora bien, lanzarse a la ofensiva total sin contar con las fuerzas necesarias es aventurerismo suicida. Del mismo modo, pretender que todo momento es un momento revo-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

lucionario es dogmático e infantil. En rigor, esto no es ni siquiera una táctica, sino un jugar a la revolución, desplegando regimientos inexistentes y sustituyendo el genuino trabajo revolucionario, adaptado a las circunstancias reales, por la fraseología vacía; el socialismo científico por el idealismo voluntarista. *Mutatis mutandis*, aplicar en un periodo revolucionario únicamente las tácticas propias de un periodo no revolucionario –renunciar a transitar desde la estrategia de desgaste a una estrategia de ofensiva cuando la coyuntura lo requiere– es simple y llanamente oportunismo de derecha. Negarse a llevar a cabo la ofensiva cuando esta es materialmente posible es sostener, implícita o explícitamente, el orden político capitalista; adherirse dogmáticamente a la “preparación” cuando las circunstancias requieren soluciones energéticas (como en el periodo post-1914) es colapsar en el reformismo.

En periodos no revolucionarios, la diferencia entre la estrategia marxista y la del espontaneísmo es la diferencia entre tratar de preparar la transformación consciente de la sociedad y el sueño infantil de quien confía todo a la espontaneidad, a que la pura situación objetiva convierta la energía inconsciente de las masas en un proyecto consciente de transformación social (o lo que es peor: a la capacidad de su camarilla para capitalizar este estallido y formar su dictadura), lo que vendría a ser el equivalente político a tratar de estudiar para un examen mientras el examen tiene lugar.

Lenin, a quien su defensa cerrada de esta línea –tanto en su dimensión preparatoria como en su dimensión ofensiva⁸⁹– convirtió a la postre en el más fiel de los herederos inmediatos de Marx y Engels,⁹⁰ lo expone de este modo:

El trabajar para que se cree una organización de combate y se lleve a cabo una agitación política es obligatorio en cualesquiera circunstancias “grises y pacíficas”, en cualquier período de “decaimiento del espíritu revolucionario”. Y más aún: precisamente en tales circunstancias

89. Como escribe Lih sobre la actitud de Lenin durante la guerra imperialista: “Ésta era la tarea que Lenin se había asignado a sí mismo: “reflexionar y pensar sobre las tácticas revolucionarias y la forma y los medios de preparar la revolución” en la nueva situación revolucionaria, pronosticada desde hacía tiempo, no sólo para Rusia, sino para Europa en su conjunto. Tuvo la fuerza de voluntad [...] de ir más allá de su anterior concentración en Rusia y reivindicar el liderazgo europeo porque consideraba que los líderes que deberían haber elaborado estas nuevas tácticas no lo habían hecho. Tuvo el valor de enfrentarse a toda la clase dirigente socialista precisamente porque pensaba que era él, y no ellos, quien representaba el consenso del socialismo marxista de antes de la guerra”. Lih, Lars. *Lenin’s Aggressive...* p. 111.

90. En otras grandes revolucionarias como Rosa Luxemburgo encontramos, por el contrario, una importante veta espontaneísta, una oscilación constante entre esta y la tendencia revolucionario-política. Luxemburgo, ya consciente de la creciente degeneración del SPD, tiende a *devaluar* las tareas del partido en favor de un movimiento espontáneo de la clase que supuestamente conduciría siempre a formas orgánicas superiores. Confío, de este modo, al movimiento espontáneo el acabar con el anquilosamiento del Partido, en lugar de optar por la lu-

cha *organizada* dentro del mismo (constituyendo, por ejemplo, una fracción inequívocamente marxista y revolucionaria en su seno, como hicieron los bolcheviques en el Partido Socialdemócrata ruso) que pudiera, de ser necesario, dar lugar a una escisión (tarea que acometió al final de su vida, cuando ya era demasiado tarde). Las desastrosas consecuencias son bien conocidas. Por otro lado, el pequeño partido polaco-lituano sobre el que ella y sus camaradas ejercían un férreo control *burocrático* es un ejemplo de la clase de Partido incapaz de estar a la altura de la clase de organización que el proletariado necesita para gobernar. Finalmente, al llegar la guerra otros miembros del “ala marxista” como Kautsky traicionaron lo que ellos mismos habían defendido –véase *El camino del poder*– y fueron incapaces de dar el paso hacia las nuevas tácticas que, como siempre habían reconocido de palabra, serían necesarias en una situación revolucionaria.

91. Lenin, Vladimir. “¿Por dónde empezar?”, *Marxists.org*, 1901.

92. Ver Marx, Karl, Engels, Friedrich y Lafargue, Paul. “Critique of Bakunin’s Politics”, in *Workers of the World, Unite!*... pp. 182-186 y Kautsky, Karl. “The Abolition of the State”....

93. Sobre esta dudosa hazaña ver Draper, Hal. *Karl Marx’s Theory*... pp. 140-142.

*y en tales periodos es especialmente necesario el trabajo indicado, porque en los momentos de explosiones y estallidos es ya tarde para crear una organización; la organización tiene que estar preparada para desarrollar inmediatamente su actividad.*⁹¹

Los seguidores de Bakunin podrían objetar a todo lo anterior que la conquista del poder político es innecesaria, porque la acción revolucionaria de las masas destruye inmediatamente el poder político. Pero ese argumento es contrario no ya a un principio u otro, sino a la realidad misma,⁹² como comprobó el propio Bakunin cuando, tras declarar en Lyon, tras un alzamiento revolucionario, la abolición del Estado... fue humillantemente detenido y expulsado por las fuerzas del Estado capitalista.⁹³ Si, tras haber derribado a un gobierno burgués –o incluso a todos ellos a la vez– el proletariado renuncia a ejercer *su* gobierno, las viejas clases dominantes aprovecharán ese arrebató de estupidez para reimponer el suyo por las vías más desagradables.

Un revolucionario es precisamente quien destruye el viejo orden para construir uno nuevo. Destruir el Estado burgués requiere, en definitiva, *construir* un Estado proletario, una serie de órganos de poder político, centralizados y democráticos, a través de los cuales el proletariado pueda aplicar su programa, ejercer su gobierno, y defender la revolución de los enemigos de clase.

Los pilares de ese “Estado que ya no es un Estado” pueden encontrarse en los escritos de Marx y Engels sobre la Comuna de París, así como en *El Estado y la revolución* de Lenin, todos ellos orientados a la defensa de una forma de gobierno *democrática* –el gobierno de las masas, que implica la subordinación del aparato estatal a las mismas– y *republicana* –donde ningún individuo ha de poder imponer arbitrariamente su voluntad sobre los demás, lo que incluye la revocabilidad y el control permanentes de las masas sobre los cargos electos y el aparato estatal en su conjunto– a través de la cual el proletariado puede avanzar hacia la socialización plena de la produc-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

ción.⁹⁴ Una *democracia revolucionaria*, en definitiva, como único medio posible para la emancipación del trabajo.⁹⁵ ¿Cómo podrían siquiera, de lo contrario, tomarse las decisiones? ¿Cómo podría organizarse la defensa de la revolución, si cada uno puede hacer lo que le plazca? ¿Cómo construir el socialismo, esto es, la regulación consciente del metabolismo social? ¿Cómo, si no es a través de *leyes*, de normas generales protegidas por el poder del proletariado, podría llevarse a cabo la expropiación generalizada del capital? La edificación del socialismo como socialización plena del trabajo social, esto es, el sometimiento de la producción a la planificación consciente de los individuos asociados, requiere de un periodo de transición: no puede establecerse por decreto, ni ser el simple resultado de la acción espontánea de las masas. Necesita de niveles inusitados de educación y cooperación a gran escala, de la capacidad de poder tomar decisiones de alcance general, etc.

La toma del poder político solo abre la puerta a un largo proceso donde la lucha de clases puede finalmente llevar a cabo la *abolición* de las clases a través de la progresiva apropiación proletaria de todos los medios de producción y subsistencia, proceso que comienza con la “expropiación de los expropiadores” (que elimina a la burguesía como clase al expropiar el gran capital) y pasa necesariamente por la auto-abolición del propio proletariado, que se supera a sí mismo como clase explotada al reapropiarse de las fuerzas productivas de la humanidad. Según la célebre fórmula de la *Crítica del Programa de Gotha*:

Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado.

Solo tras este periodo, insisten Marx y Engels, desaparecen plenamente las clases y el poder político pasa, según la

94. Ver Parkinson, Donald. “Haciendo revolucionaria la teoría del Estado”, *Contracultura*, 2024.

95. Ver Marik, Soma. *Revolutionary Democracy...*

célebre fórmula del *Anti-Dühring*, a extinguirse. Marx y Engels insisten también en que la dictadura del proletariado no es más que el poder político del proletariado, su *gobierno transitorio*, y no un aparato burocrático erigido sobre este y ubicado más allá de su control. En palabras de Charles Bettelheim:

La diferencia básica entre un aparato de Estado proletario y un aparato de Estado burgués es la no separación del aparato de Estado proletario respecto a las masas, su subordinación a las masas, i.e. la desaparición de lo que Lenin llamó un 'Estado en sentido propio y se reemplazo por el proletariado organizado como una clase dominante'.⁹⁶

96. Citado en Parkin-son, Donald. "Haciendo revolucionaria...".

Es fundamental recordar, en este sentido, que para Marx y Engels es la forma-comuna del Estado lo que caracteriza a la dictadura del proletariado, no el simple hecho de que los medios de producción sean concentrados en el Estado –lo que fácilmente degenera en la consolidación de un aparato burocrático que acaba sustituyendo el gobierno revolucionario del proletariado y su partido por el gobierno de la propia burocracia como nueva clase dirigente.

La cuestión central en este punto es por lo tanto la *necesidad del poder político proletario* y aquí es donde creo que, francamente, no hay discusión posible. Se podrá discutir, claro está, sobre la forma exacta de un Estado-Comuna. Pero discutir sobre la necesidad del contenido, del hecho mismo, es como discutir si la mejor forma de volar a Nueva York es en un transporte aéreo o saltando por la ventana y agitando muy fuerte los brazos. He desarrollado más extensamente la cuestión en otros lugares, así que no conviene detenerse más aquí.⁹⁷

97. Ver Aguiriano, Mario. "Del Infierno a la asociación de individuos libres: la política revolucionaria de El Capital", *Contracultura*, 2024.

Basta con un apunte final. El Partido de masas, según esta concepción básica –esto es, como "Partido revolucionario de masas" – es también una vanguardia. No se trata de conceptos antitéticos, pues fundir el socialismo con el movimiento proletario requiere de una vanguardia que conozca el socialismo y luche decididamente por él, pero esa vanguardia tiene que

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

tomar la forma de un auténtico partido de masas donde ya se consume esta fusión –lo que implica el sector consciente de la clase es amplio, poderoso y está profundamente enraizado en la vida de la misma y su movimiento– de cara a poder guiar realmente al proletariado en la lucha por su emancipación.

2.7. EL “CONCEPTO MÁS BÁSICO DE PARTIDO”

Quizás conviene, una vez aclarado este punto, dar un par de pasos atrás y abordar una cuestión más genérica: la aparente variedad de sentidos en los que Marx y Engels abordan el término “partido”, así como la diversidad de referentes empíricos del término a lo largo de su carrera. En rigor, podemos diferenciar entre tres usos principales del mismo. En unas ocasiones, Marx y Engels se refieren a “nuestro partido” en el sentido de una fuerza histórica, como sinónimo del movimiento real del comunismo, de los partidarios de la emancipación de la clase trabajadora, con independencia de que no exista mayor vínculo entre ellos que el objetivo que les une. En otras, se refieren explícitamente a una *organización* particular (el partido alemán, por ejemplo), o al menos una fuerza política definida. Por último, el término se utiliza también para referirse a la unidad internacional de varias organizaciones nacionales con un mismo objetivo histórico. Considero que la discusión anterior permite entender que estos tres sentidos están internamente relacionados. Para ser más precisos, sostengo que para Marx y Engels el primero (el sentido laxo) *debe* conducir al segundo, y que este último solo tiene sentido como parte del tercero, que es por ello el sentido más acabado del término “partido” en la obra de ambos. Constituyen, por ello, formas más o menos desarrolladas de un mismo proceso, siendo la última su forma final. Su insistencia en la necesidad de *constituir el partido*, arriba demostrada, unida a las tesis de la AIT, así lo demuestra.

Por expresarlo en forma de tesis: la constitución del proletariado en partido internacional es un momento necesario del movimiento real del comunismo. Los comunistas deben contribuir a formar *organizaciones* donde se consume la unión entre socialismo y movimiento proletario, Partidos –en el segundo sentido, como fuerzas organizadas y centralizadas con un programa político– que aspiren a conquistar el poder político para construir el socialismo. Finalmente, las diversas organizaciones articuladas a escala de cada Estado-nación deben estar articuladas como parte de un único partido internacional. De ahí que el viejo Engels pudiera hablar de cómo:

Se ha ido desarrollando en el Occidente un poderoso partido obrero socialista. Los oscuros presentimientos e intuiciones de los tiempos de la revolución de febrero se han ido aclarando, desenvolviéndose, han ido ahondando, hasta convertirse en un programa que satisface todas las exigencias científicas y en el que hay reivindicaciones tangibles y concretas; estas reivindicaciones son defendidas en el parlamento alemán, en el francés, en el belga, por un número cada vez mayor de diputados socialistas. La conquista del poder político por el partido socialista se ha ido dibujando como una meta próxima.⁹⁸

98. Engels, Friedrich. “El problema campesino en Francia y Alemania”, *Marxists.org*, 1894.

99. Johnstone, Monty. “Marx y Engels y el concepto de Partido”, en *Teoría Marxista del Partido Político*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1977, pp. 76-77.

Como afirma Monty Johnstone en su célebre estudio sobre el tema: “Incluso en sus años de aislamiento, Marx y Engels trataron de realizar allí donde fuera posible su concepción básica del partido como una *organización* donde la teoría socialista se fusiona con el movimiento de los trabajadores”.⁹⁹ Por desgracia, una organización de esa índole no depende meramente de la voluntad. El Partido no se crea por decreto, precisamente por tratarse de esta *unión*. Para poder adecuarse mínimamente a su concepto, el Partido debe tener fuertes raíces en la clase, y la clase haber alcanzado cierto grado de desarrollo y madurez. Pero nada de esto implica –no lo hacía, desde luego, para Marx y Engels, como señala Johnstone el hacer mención de “sus momentos de mayor aislamiento” –que avanzar hacia el punto en que esa constitución sea posible no imponga en todo momento tareas inmediatas a los comunistas.

2.8. HACIA LOS PARTIDOS DE MASAS

Volvamos, sin embargo, a la exposición histórica. Hemos visto que Marx y Engels lucharon con fervor porque la Internacional se orientara de forma coherente hacia aquellos compromisos que ya habían tomado en sus documentos inaugurales. O lo que es lo mismo: que fuera ganando progresivamente claridad en relación a los medios necesarios para la autoemancipación de las clases trabajadoras –la acción política independiente a través de un sistema internacional de partidos.

La actuación de otras tendencias y la coyuntura misma acabaron desbaratando el proyecto, y la Internacional hubo de disolverse. Sin embargo, solo un par de años después, en Alemania el pequeño partido obrero de Bebel, conocido como Partido Obrero Socialdemócrata o “Partido de Eisenach” –y denominado “partido marxista” en virtud de su compromiso con la acción política independiente de la clase obrera¹⁰⁰– se fusionó con la Asociación General de Trabajadores Alemanes, fundada por Lassalle en 1863. El Partido de Eisenach había surgido como resultado de una escisión obrera de un partido burgués liberal, el “Partido del Pueblo”, donde Liebknecht y Bebel habían formado parte del ala izquierda. Esta es la vía sugerida años antes en la Circular: *ruptura* con los partidos de las clases medias en los que el proletariado constituía el ala izquierda y “adopción de la posición de un partido independiente”. Constituía por ello un avance, por parcial y limitado que fuera, en la vía de la independencia política.

De ahí, insisto, que se conociera como “marxista”, a pesar de sus debilidades, que los propios Marx y Engels criticaron duramente.¹⁰¹ Su programa, al fin y al cabo, se comprometía con “la abolición del dominio de clase” y afirmaba la necesidad de que la independencia política tuviera una escala internacional, al ser la liberación del trabajo una tarea igualmente internacional, declarándose por ello “rama de la Asociación Internacional de Trabajadores”. Marx y Engels se referían a

100. Como recuerda Montserrat Galcerán, en aquella época “lo característico de “los de Marx” no era su doctrina, sino que defendieran como cuestión prioritaria la llamada acción política de los trabajadores, lo que solía implicar que propugnaran la constitución de partidos obreros independientes para intervenir políticamente”. Galcerán, Montserrat. *La invención...* pp. 27-28.

101. Estas podrían resumirse en dos: el carácter excesivamente blando de su ruptura inicial con los liberales en Sajonia y el coqueteo de su entorno político con la idea de que el socialismo podría implantarse solamente en un país (Alemania). Esto último, dicho sea de paso, sirve para recordar un punto fundamental: para Marx y Engels el socialismo solo podría alcanzarse como resultado de la acción combinada de la clase obrera internacional, no como el resultado de la mera adición de diferentes “vías nacionales al socialismo”. Ver Macnair, Mike, “Bakuninist hatchet job”, *Weekly Worker*, 2016.

102. Engels, Friedrich. "Carta a Auguste Bebel", *Marxists.org*, 1875.

él sin rubor como "nuestro partido".¹⁰² Este se comprometía igualmente con la lucha democrática y la necesidad de la democracia política en el seno de las organizaciones proletarias –otras de las obsesiones de Marx y Engels, como veremos.

103. Sobre la crítica de Marx y Engels al socialismo de Estado ver Draper, Hal. *Karl Marx's Theory...*

Las debilidades del partido de Lassalle eran aún más evidentes, hasta el punto de que Marx y Engels desaconsejaron la fusión. Este reconocía, eso sí, la necesidad de un partido obrero independiente de los liberales, pero su organización interna era notoriamente dictatorial en su naturaleza –se elegía un líder, y este pasaba a adquirir poderes plenipotenciarios sobre el partido y los sindicatos afiliados a este–, sus bases teóricas eran pobres, y en su programa figuraba en un lugar central, tras la demanda del sufragio universal, la de la creación de cooperativas financiadas por el Estado –donde quedaba cristalizada la querencia de Lassalle por el "socialismo de Estado".¹⁰³ Esta actitud hacia el Estado amenazaba con sancionar la dependencia del partido con respecto a este último como fuerza capitalista, vaciando así de contenido la independencia del partido con respecto a las fuerzas políticas burguesas. Pues cualquier proyecto que deposite sus esperanzas en el aparato estatal de la burguesía en lugar de aspirar a transformarlo por completo será en última instancia un movimiento burgués.

104. Marx, Karl. "Carta a W. Bracke", *Marxists.org*, 1875.

La postura de Marx y Engels con respecto a la fusión puede analizarse en base a una de las frases del Manifiesto Inaugural anteriormente citada: aquella que cifra el éxito del proletariado en que este se encuentre "unido por la asociación (1) y guiado por el conocimiento (2)". En lo que respecta al primer punto, la fusión resultaba positiva: la clase obrera necesita objetivamente unidad de acción, y su unificación independiente de los partidos de las otras clases constituía por ello un progreso. En su comentario de estos hechos es cuando Marx formuló la idea de que "un avance en el movimiento real vale más que una docena de programas".¹⁰⁴ En lo que respecta al segundo, sin embargo, la fusión constituía un peligroso paso hacia

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

atrás, llevando a Marx y Engels a posicionarse en contra de la misma (sin éxito). Lo que subraya, contra los oportunistas que abusan de la cita anterior, en qué medida *los programas importan*, precisamente porque lo que parece un avance en el movimiento real puede ser en realidad una regresión oportunista si permite consolidar la confusión programática.

Las críticas de Marx al programa resultante, condensadas en la *Crítica del Programa de Gotha*, oscilan en torno a seis puntos: su incomprensión general de la naturaleza de ciertas categorías básicas del capitalismo, y por ende de la naturaleza económica del socialismo, lo que conduce a desviaciones estatistas y nacionalistas (1); su perspectiva estrechamente nacional, incapaz de estar a la altura de los principios del internacionalismo proletario (2); su débil democratismo, asimilable a la perspectiva pequeñoburguesa y muy alejado de la posición realmente proletaria: la democracia revolucionaria encarnada por la Comuna¹⁰⁵ (3); La incomprensión, por ende, de la necesidad de la dictadura del proletariado, de un cambio en la forma y el contenido del Estado (4); su estatismo, que fomenta la dependencia del movimiento hacia el Estado al convertir la ayuda del Estado *capitalista* en el supuesto medio para dar solución a las miserias del proletariado (5); su apelación acientífica a una “justicia” e “igualdad” abstractas, en lugar de a las potencias materiales encarnadas por el movimiento proletario (6). Engels repitió la práctica totalidad de estos puntos en una carta de Bebel de 1875, donde expresaba su rechazo a la unificación.¹⁰⁶

A nivel práctico, sin embargo, la fusión tuvo un éxito más que notable. Se desencadenó un efecto bola de nieve, dando lugar a que el partido pasara pronto a aglutinar a cientos de miles de obreros alemanes. Pronto esos cientos de miles serían millones. Había nacido el SPD alemán, la futura joya de la corona de la Segunda Internacional. Los defectos del programa de Gotha, dicho sea de paso, reflejarían en gran medida los futuros defectos de su práctica.¹⁰⁷

105. Por su propia posición de clase, la pequeña burguesía solo puede llegar a defender formas *limitadas* de democracia, sostenidas sobre el blindaje de la propiedad privada y por lo tanto sobre la dictadura de la burguesía (por más que pueda permitir al proletariado desplegar su política valiéndose de las limitadas libertades que este orden ofrece). No puede optar por una forma política que entregue realmente el poder a las masas proletarias porque esto supondría que el proletariado pudiera abolir sus privilegios, atacando la propiedad.

106. Engels, Friedrich. “Carta a Auguste...”

107. Ver MacNair, Mike. *Revolutionary Strategy...* Sobre los defectos de la Segunda Internacional ver Taber, Michael. “Introduction”, in *Reform, Revolution, and Opportunism. Debates in the Second International 1900-1910*, Haymarket, Chicago, 2023, pp. 1-14.

2.9. LA LUCHA CONTRA EL OPORTUNISMO DE DERECHAS

No conviene, sin embargo, adelantar acontecimientos, así que volvamos a los 70. A finales de la década, en 1878, el canciller Bismark ilegalizó el SPD. Una ilegalización *sui géneris*, ya que el Partido seguía pudiendo enviar candidatos al Parlamento, en tanto que figuras individuales. Pero el Partido como tal quedaba proscrito; su actividad, ilegalizada. El ala oportunista que comenzaba a tomar cuerpo en su seno vio entonces la posibilidad de formular abiertamente su línea: la voluntad de convertir al SPD en un partido *reformista*, que se comprometiera con la legalidad existente y abjurara de la revolución –en lo que, usando un término de Lenin, podríamos llamar un partido dedicado a la “política obrera liberal”.¹⁰⁸

108. Lenin, Vladimir. “La enfermedad del reformismo”, en *Marxist.org*, 1912. El “liquidacionismo” en su sentido más profundo es precisamente aquello a lo que aspiraba el trío de Zúrich: el intento de convertir un Partido obrero en una fuerza *burguesa*. Lo que se *liquida* es esencialmente la independencia del Partido (lo que en el caso ruso pasaba, entre otras cuestiones, por liquidar su aparato clandestino, convirtiéndolo en un partido sin un programa definido y comprometido con la legalidad existente).

El razonamiento, marca de la casa del oportunismo de derechas durante varias décadas, venía a ser el siguiente: el socialismo está muy bien como idea, pero pertenece a un futuro remoto. Lo importante ahora es conseguir reformas que mejoren la vida de los obreros. La radicalidad del Partido, su profesión de fe revolucionaria, es dañina en ese sentido. Si queremos ser un partido legal, debemos aceptar plenamente la legalidad alemana, abjurar de las veleidades revolucionarias y constituirnos en un partido parlamentario al uso.

El texto contenía, además, una abierta defensa de la colaboración de clases: la necesidad de que el partido abandonara su orientación proletaria, congraciándose con otras clases y convirtiéndose en un partido interclasista. Aceptar elementos burgueses en el partido, y no combatir a estas clases sino “convencerlas” de las bondades de la reforma por medio de la propaganda pacífica. Los autores del documento donde se declaraban estas intenciones, bautizado sardónicamente por Marx y Engels como “Manifiesto de Zúrich”, eran tres: un “filántropo social” y dos jóvenes seguidores de las doctrinas de Eugen Dühring, entre los cuales se contaba un joven Eduard Bernstein. Los tres aspiraban a ser el consejo editorial del *Sozialdemokrat*, órgano del partido elaborado en exilio suizo.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

La respuesta de Marx y Engels, en la forma de carta circular dirigida a toda la dirección del Partido alemán, fue furibunda, y constituye un documento político de primer orden.¹⁰⁹ En él queda clara su postura con respecto a la cuestión del encaje *organizativo* del oportunismo de derechas en el seno de la clase de partidos obreros cuya necesidad llevaban décadas sosteniendo. ¿Qué encaje pueden tener? La respuesta de Marx y Engels puede resumirse con sencillez: ninguno.

Como señala August Nimtz,¹¹⁰ la Carta Circular contiene dos temas centrales. El primero es una encendida defensa “del programa histórico del Partido comunista”. Esto es: conquista del poder político por la clase obrera, construcción del socialismo. Subrayan, además, la necesidad de la fuerza, desmontando la clásica falacia oportunista que quiere convertir la necesidad *táctica* de evitar el aventurerismo, llamando a la revolución cuando la correlación de fuerzas no lo permite, en una renuncia *estratégica* al uso de la fuerza. Con ello, los oportunistas renuncian de facto a la revolución (la conquista del poder político por parte de la clase obrera organizada), pues la burguesía nunca cederá este por placer. Así presentan la falacia los propios Marx y Engels:

De este modo, si 500.000 O 600.000 electores socialdemócratas (la décima o la octava parte del censo electoral), dispersos, además, por todo el país, son lo bastante sensatos para no romperse la cabeza contra un muro y para no lanzarse, en la proporción de uno contra diez, a una «revolución sangrienta», eso demuestra que han renunciado para siempre a utilizar cualquier gran acontecimiento de la política exterior y el ascenso revolucionario por él provocado, e incluso la victoria lograda por el pueblo en el conflicto que pueda producirse sobre esta base.

Sobre Bernstein y compañía, declaran:

Aquí tenemos a unos representantes de la pequeña burguesía llenos de miedo ante la idea de que los proletarios,

109. Ver Marx, Karl y Engels, Friedrich. “De la carta circular a A. Bebel, W. Liebknecht, W. Bracke y otros”, en *Marxist.org*, 1879. Por algún motivo, la versión en castellano solo contiene la tercera parte de la carta. Aunque se trata, sin duda, de la parte más importante, el segundo de los temas que analizaremos solo puede encontrarse en la versión completa, disponible en Marx, Karl, y Engels, Friedrich. “Circular Letter to August Bebel, Wilhem Liebknecht, Wilhem Bracke and Others”, en *Marxist.org*, 1879.

110. Nimtz, August H. *The Ballots...* p. 21.

impulsados por su posición revolucionaria, puedan «llegar demasiado lejos». En lugar de una oposición política resuelta, mediación general; en lugar de la lucha contra el gobierno y la burguesía, intentos de convencerlos y de atraerlos; en lugar de una resistencia encarnizada a las persecuciones de arriba, humilde sumisión y reconocimiento de que el castigo ha sido merecido.

Con respecto a cuál debía ser la actitud del Partido con respecto a la postura del trío de Zúrich, afirman:

Cuando llegan al movimiento proletario tales elementos procedentes de otras clases, la primera condición que se les debe exigir es que no traigan resabios de prejuicios burgueses, pequeñoburgueses, etc., y que asimilen sin reservas el enfoque proletario. Pero estos señores, como ya se ha demostrado, están atiborrados de ideas burguesas y pequeñoburguesas, que tienen sin duda su justificación en un país tan pequeñoburgués como Alemania, pero únicamente fuera del Partido Obrero Socialdemócrata. Si estos señores se constituyen en un partido socialdemócrata pequeñoburgués, nadie les discutirá el derecho de hacerlo; en tal caso, podríamos entablar negociaciones, formar en ciertos momentos bloques con ellos, etc. Pero en un partido obrero constituyen un elemento corruptor. Si por ahora las circunstancias aconsejan que se les tolere, debemos comprender que la ruptura con ellos es únicamente cuestión de tiempo, siendo nuestro deber el de tolerarlos únicamente, sin permitir que ejerzan alguna influencia sobre la dirección del partido. Además, parece ser que el momento de ruptura ya ha llegado. No podemos comprender en modo alguno cómo puede el partido seguir tolerando en sus filas a los autores de ese artículo. Y si hasta la dirección del partido cae en mayor o menor grado en manos de esos hombres, quiere decir simplemente que el partido está castrado y que ya no le queda vigor proletario. [...] En cuanto a nosotros, y teniendo en cuenta todo nuestro pasado, no nos queda más que un camino. Durante cerca de cuarenta años hemos venido destacando la lucha de clases como fuerza directamente propulsora de la historia, y particularmente la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado como la gran palanca de la

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

revolución social moderna. Esta es la razón de que no podamos marchar con unos hombres que pretenden extirpar del movimiento esta lucha de clases. Al ser fundada la Internacional, formulamos con toda claridad su grito de guerra: la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismo. No podemos, por consiguiente, marchar con unos hombres que declaran abiertamente que los obreros son demasiado incultos para emanciparse ellos mismos, por lo que tienen que ser liberados desde arriba, por los filántropos de la gran burguesía y de la pequeña burguesía. Si el nuevo órgano de prensa del partido sigue una orientación en consonancia con los puntos de vista de esos señores, si en vez de un periódico proletario se convierte en un periódico burgués, no nos quedará, por desgracia, más remedio que manifestar públicamente nuestro desacuerdo y romper la solidaridad que hemos tenido con ustedes al representar al partido alemán en el extranjero. Pero es de esperar que las cosas no lleguen a tal extremo...

No creo que estos párrafos requieran demasiados comentarios. Baste con uno, muy elemental: *el concepto de partido de Marx y Engels es uno en que no cabe un ala oportunista organizada.* La independencia política del proletariado requiere de la ruptura decidida con los defensores del colaboracionismo de clase. Como señalan, presagiando acontecimientos posteriores: ¡que monten otro partido! Un partido socialista pequeñoburgués, como lo serían todos los Partidos socialdemócratas, con independencia del grosor de su base obrera, tras la ruptura definitiva entre comunismo y socialdemocracia,¹¹¹ en lugar de un partido socialista *proletario*. Porque un partido que acoja estos ideales dejará de ser un “partido obrero” como el que llevaban décadas defendiendo. Si el fundamento de la lucha de clases del proletariado es su antagonismo de intereses con las clases propietarias, en política solo se puede llamar “obreras” a las posiciones que se funden en la conciencia de este antagonismo, quienes organicen la lucha de clases del proletariado y lo eduquen en ella, mientras que quienes predique la conciliación de clases –la falacia de una posible armonía

111. Tesis de gran importancia y abundantemente repetida por Lenin en sus escritos posteriores a 1914. Una de sus formulaciones más sintéticas puede encontrarse en Lenin, Vladimir. *La enfermedad...* p. 121. Marca, por tanto, un punto de retorno definitivo a la naturaleza original de la socialdemocracia como fuerza pequeñoburguesa, brillantemente analizada por Marx. Ver Marx, Karl. *El 18 Brumario...* p. 45.

112. Pueden encontrarse el debate de la Internacional sobre esta cuestión, que llevó al rechazo oficial del “millerandismo”, en Taber, Mike. *Reform, Revolution...* pp. 19-52. A la cuestión del “millerandismo” dedicó Rosa Luxemburgo uno de sus artículos más memorables. Luxemburgo, Rosa. “El ‘Asunto Dreyfus’ y el ‘Caso Millerand’”, *Marxists.org*, 1899. En un artículo de la época Kautsky ironiza sobre los revisionistas que, a raíz del caso Millerand, habían declarado que el objetivo de la conquista del poder político (esto es, la revolución) era “romanticismo” y que la solución reformista de participar en gobiernos burgueses era la solución. Ver Kautsky, Karl. “The American Worker”, *Historical Materialism*, vol. 11, no. 4, 2003, pp. 11-57 (especialmente pp. 48-61).

113. Millerand y sus partidarios justificaron su participación en un gobierno burgués sobre la base de la necesidad de un “gobierno de defensa republicana” ante la crisis creada por el asunto Dreyfus. Como se ve, esta abjuración de la independencia política en nombre de la defensa de regímenes burgueses republicanos es una expresión de lo que posteriormente se conocería como frentepopulismo. Sobre este punto ver Gaido, Daniel. “The American Worker’ and the Theory of Permanent Revolution: Karl Kautsky on Werner Sombart’s Why Is There No Socialism in the United States?”, *Historical Materialism*, vol. 11, no. 4, 2003, p. 86.

114. Taber, Mike. The Second International’s Conflicted Legacy”, *Monthly Review*, 2022.

entre los intereses de estas— sanciona que el proletariado siga existiendo como clase explotada. Esto es, defiende los intereses *de otras clases*.

La tolerancia con el oportunismo está, como sabemos, en la raíz de la bancarrota de la Segunda Internacional —confirmando la certeza de las tesis de Marx y Engels. Concedor de su intransigencia, tras agachar la cabeza en 1879 Eduard Bernstein esperó a la muerte de Engels para volver a tocar la melodía reformista, ahora revestida de todo un armazón teórico. En la misma época, el “millerandismo” —la voluntad de introducir a un ministro socialista en el gobierno burgués¹¹², y por lo tanto una expresión temprana de lo que posteriormente se consagraría como frentepopulismo¹¹³— mostraba igualmente la potencia del oportunismo en la Internacional, mientras en todos los grandes partidos y el movimiento obrero comenzaba a formarse una capa burocrática —sindical, mayormente— interesada en la colaboración de clases y la defensa del propio Estado.

En 1889 al ala marxista del movimiento obrero, con el apoyo decidido de Engels, constituyó en París la Segunda Internacional como organización *revolucionaria* contrapuesta al “posibilismo” francés, que abogaba meramente por la lucha por reformas y había organizado un congreso propio en las mismas fechas. La declaración de principios de la nueva internacional no dejaba lugar a dudas:

“La emancipación del trabajo y de la humanidad no puede tener lugar sin la acción internacional del proletariado —organizado en partidos de clase— que toma el poder político mediante la expropiación de la clase capitalista y la apropiación social de los medios de producción”.¹¹⁴

La Segunda Internacional consiguió unir bajo la bandera del marxismo al movimiento de la clase obrera mundial y extender entre las masas el fin del socialismo y el objetivo de la conquista del poder político por la clase trabajadora como

paso necesario hacia este.¹¹⁵ Ese es su gran mérito histórico, a pesar de todas sus debilidades.

115. *Ibíd.*

Ahora bien, aunque a nivel formal la Segunda Internacional estuviera compuesta por partidos obreros revolucionarios con un programa marxista, el largo periodo “pacífico” de finales del siglo XIX y principios del XX permitió que en su interior se desarrollara un ala opuesta a la revolución e interesada únicamente en el trabajo pacífico y la consecución de reformas. El oportunismo comenzó a corroer por dentro los partidos proletarios, pugnando por transformar su naturaleza. Comenzó a abrirse una brecha cada vez mayor entre los actos y las declaraciones oficiales, entre los posicionamientos formalmente revolucionarios y los deseos reales de una fracción creciente del movimiento.

Dentro de la Internacional se desplegó con nitidez creciente una lucha feroz en torno a dos conceptos antagónicos de partido. Una lucha entre quienes querían preservar el carácter revolucionario del partido y avanzar hacia sus objetivos declarados y quienes pugnaban cada vez más abiertamente, en la teoría y la práctica, por convertirlo en otra cosa; entre un partido de la lucha de clases y un partido de la colaboración de clase.¹¹⁶

Conviene presentar, aunque sea esquemáticamente, las diferencias entre ambos conceptos de partido (marxista y oportunista). Un Partido proletario independiente aspira a conquistar el poder para avanzar hacia el socialismo, lo que solo es posible con la mediación de un proceso revolucionario. Entiende el socialismo como la apropiación colectiva de los medios de producción: “la fórmula en la que los partidos obreros de todos los países del mundo condensan su demanda de transformación económica”.¹¹⁷ Renuncia a gobernar en unas condiciones que impidan imponer su programa –instaurar el gobierno de la clase obrera–, porque eso implicaría plegarse a la colaboración de clases: el Estado burgués sirve estructuralmente al capital, y gobernarlo es, por ende, servir al capital. Su política con respecto a este es en consecuencia

116. Los congresos de la propia internacional permiten rastrear ese conflicto en todas y cada una de las cuestiones abordadas. Ver las discusiones originales recogidas en Taber, Mike (ed.). *Reform, Revolution...*

117. En palabras de Engels, el uso revolucionario del sufragio universal “es más lento y aburrido que llamar a la revolución, pero es diez veces más seguro, y lo que es aún mejor, indica con la precisión más perfecta cuándo ha llegado el momento de llamar a la revolución armada”. Citado en Nimtz, A. *The Ballots...* p. 27.

una política de puro antagonismo. De participar en las elecciones, lo hace para expandir el mensaje socialista, presionar a las clases dirigentes y poseer un modo, necesariamente aproximado, de medir sus fuerzas y poder calcular así cuándo la situación está madura para la ofensiva.¹¹⁸ Educa en la independencia, mostrando a la clase su misión histórica y que su emancipación solo puede ser auto-emancipación, que todas sus conquistas dependen de sus propias fuerzas, manteniendo para ello una constante actitud de combate. Formula a viva voz y por medio de una campaña permanente¹¹⁹ políticas que representen los intereses del proletariado, explicando siempre que estos solo pueden satisfacerse realmente con la superación de la sociedad capitalista. Señala a viva voz y en todo momento los objetivos finales, que guían los medios del presente. Representa sin concesiones los intereses del proletariado contra los de las clases propietarias. Busca destruir el Estado burgués, y sustituirlo por una forma estatal transitoria a través del cual el proletariado pueda hacer efectiva su liberación.

Mientras que el oportunismo alimenta la ilusión de una evolución pacífica al socialismo, un partido proletario independiente sabe que el momento de conquista revolucionaria del poder es un medio inexorable para alcanzar este objetivo, y orienta toda su actividad hacia ese propósito. Su objetivo final es la emancipación del trabajo: su medio, la lucha de clases, que en su forma desarrollada es una lucha por el poder político. En su programa, el objetivo final del comunismo se une con los medios a través de los que alcanzarlo.

El ala oportunista, que fue fortaleciéndose durante el largo periodo no-revolucionario de finales del XIX y comienzos del XX, tenía otro modelo. Su plan puede resumirse así: “la socialdemocracia debe dejar de ser el partido de la revolución social para convertirse en un partido de reformas sociales”.¹²⁰ El oportunismo se caracteriza por sacrificar el objetivo final del socialismo en nombre de ciertas supuestas ventajas inmediatas, lo cual se presentó originalmente a través de la

118. Engels, Friedrich. “Prefacio...”

119. Sobre la noción de campaña permanente ver Lih, Lars. “The Impact of the SPD Model on Lenin and Bolshevism”, en *The Palgrave Handbook of Leninist Political Philosophy*, Rockmore, Tom y Levine, Norman (eds.) Palgrave Macmillan, Londres, 2018, pp. 431-456.

120. Lenin, Vladimir. *¿Qué hacer?...* p. 52.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

entelequia de una “evolución gradual y pacífica” hacia este. Su modelo de partido es el de un Partido obrero *burgués*, que aspira a gobernar el Estado capitalista bajo la promesa de reformar el capitalismo. Un partido que abjura de la revolución, pues no pretende derribar el orden político existente sino que pasa a identificarse con él. Busca, para ello, la aprobación de otras clases, entrar en coalición con sus partidos, y presenta el parlamento como el único ámbito legítimo de transformación social. Con lo anterior, renuncia tanto a superar la forma burguesa del Estado como al socialismo, bien convirtiéndolo en un ideal regulativo eternamente inalcanzable, bien rebajándolo para identificarlo con un capitalismo reformado. Niega la lucha de clases, considerándola superada bajo la “democracia” capitalista. Su fin, en definitiva, es reformar el capitalismo; su medio, la colaboración de clases. Educa en la dependencia, enseñando que llegando a acuerdos las clases propietarias pueden realizar concesiones. Declara fidelidad al propio estado y sus instituciones, así como a los procesos nacionales de acumulación, imperialismo incluido, tratando de alinear con ellos al proletariado. Unos procesos, además que debe promover con toda su energía si quiere poder producir las migajas que repartirá a la clase obrera, y asegurarse de que ciertos sectores de la misma posean la estabilidad material necesaria para seguir preservando su apoyo.

El oportunismo, como corriente burguesa dentro de Segunda Internacional, tardó consolidarse organizativamente y madurar lo suficiente como para hacer explícitos sus fines y adquirir un notable grado de control sobre el movimiento.¹²¹ Durante mucho tiempo aceptó formalmente el programa del partido y los objetivos revolucionarios allí explicitados. Planteaban su política, que en lo más básico consistía en la colaboración con ciertos sectores de las clases medias,¹²² como una simple táctica para avanzar hacia un objetivo estratégico compartido –por más que el ala revolucionaria insistiera acertadamente en que esa táctica destruiría la independencia del proletariado y con ella la capacidad de avanzar realmente hacia este objetivo. Del mismo modo, en muchos casos

121. Sobre algunos de los aspectos de este proceso ver Constanza Bosch, Alessio y Gaido, Daniel. “El marxismo y la burocracia sindical. La experiencia alemana (1898-1920)”, *Archivos del movimiento obrero y de la izquierda*, n.1, 2012, pp. 129-152.

122. Fuera para formar gobiernos de coalición (fenómeno conocido como “ministerialismo”) dentro de regímenes parlamentarios burgues-

ses o entendiendo, como los mencheviques, que la burguesía debería estar a la cabeza de la revolución democrática contra los regímenes autocráticos.

123. Ver Taber, Mike (ed.), *Under the Socialist Banner: Resolutions of the Second International 1889-1912*, Haymarket, Chicago, 2021. Al apoyar la guerra, os oportunistas y sus cómplices tuvieron que *contravenir* las resoluciones de la propia Internacional. Ver Lih, Lars. "The New Era of War and Revolution: Lenin, Kautsky, Hegel and the Outbreak of World War I", en *Cataclysm 1914: The First World War and the Making of Modern World Politics*, Alexandre Anievas (ed.), Brill, Leiden, 2015. Sobre la cuestión de las batallas del ala revolucionaria en la Internacional ver Riddell, John. *Lenin's Struggle for a Revolutionary International. Documents 1906-1916: the Preparatory Years*, Pathfinder Press, Londres, 1986. La Tercera Internacional fue concebida como la encarnación del proyecto del ala revolucionaria: construir el genuino partido revolucionario del proletariado mundial. Ver Lih, Lars. "Revolutionary Social Democracy' and the Third International" en *Left Transnationalism: The Communist International and the National, Colonial, and Racial Questions*, Drachewich, Oleksa y McKay, Ian (eds), McGill-Queen's University Press, Montreal, 2019, pp. 49-72.

siguió rindiendo pleitesía retórica al marxismo. Además, el ala marxista consiguió ganar provisionalmente el debate del revisionismo una vez emergió y siguió logrando, en términos generales, imponer sus puntos de vista en los congresos de la Internacional.¹²³ Finalmente, el hecho de que los socialistas –incluida su ala derecha– fueran por entonces “parias políticos” en el orden capitalista postergó la alianza fáctica entre la derecha socialdemócrata y sus respectivos estados.

La cuestión, en líneas generales, es que mientras los revolucionarios (de palabra, al menos) compusieran la tendencia dominante y el oportunismo aceptara formalmente las resoluciones del partido y se sometiera a la unidad de acción, la idea de una unidad organizativa que permitiera ir disolviéndolo con el paciente trabajo de lucha ideológica y educación de las masas parecía tanto posible como preferible a una escisión que amenazara con aislar a los revolucionarios de las masas. Se entendía que las diferencias con el oportunismo se dirimirían finalmente con la llegada de la revolución proletaria, donde este sería barrido por la fuerza de la historia. Y se entendía, sobre todo, que el principio esencial era la *unidad en la lucha de clases del proletariado*. Pero esta visión subestimaba tanto el nivel de deslealtad del oportunismo como su voluntad de *desviar al movimiento de la lucha de clases* –a la que es interna su infatigable voluntad de vetar las vías de acción realmente revolucionarias– por no hablar de su grado de infiltración en la burocracia de partido. Mientras el oportunismo ganaba terreno práctico y el socialismo iba abandonando los partidos obreros, la voluntad de preservar la unidad a toda costa fue convirtiéndose en una lenta claudicación, y la idea de que la misma lucha de clases llevaría la situación a buen puerto demostró su ingenuidad. El cataclismo de 1914 hizo dolorosamente patentes ambas cuestiones.

El ala revolucionaria del socialismo llevó a cabo una lucha tenaz contra el oportunismo, pero a menudo de formas ineficientes y a la larga insuficientes. En retrospectiva, podemos afirmar que fue el bolchevismo quien encaró esta lucha polí-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

tica y organizativa más eficazmente y con mayor clarividencia. Lo hizo, en primer lugar, constituyéndose como fracción que agrupaba el ala marxista revolucionaria dentro del Partido Socialdemócrata ruso,¹²⁴ dotada de una línea táctica propia en lo que a la inminente revolución rusa se refiere y capaz de llevar a cabo una lucha *organizada* contra las corrientes oportunistas dentro del partido. En segundo lugar, encabezando, en nombre de la ineludible cohesión y firmeza de principios del partido revolucionario, la ruptura con aquellos oportunistas que pusieron realmente sobre la mesa el objetivo de liquidar la independencia del partido (1912).¹²⁵ En tercer lugar, manteniendo alzada la bandera de la independencia política del proletariado y el internacionalismo que le es intrínseca cuando los grandes partidos de la internacional decidieron abandonarla (1914); defendiendo, en consecuencia, el imperativo de romper con un oportunismo que ya había mostrado su auténtica naturaleza y aplicar consecuentemente el programa marxista de conquista revolucionaria del poder.

2.10. CENTRALISMO Y DEMOCRACIA

El segundo de los temas de la carta circular alude a las formas organizativas del partido obrero. Un problema insoslayable, en ese sentido, era cómo asegurar la unidad de principio y acción del partido, su capacidad para actuar de forma unitaria en pos de unos objetivos comunes. De lo cual se deriva el reto de cómo controlar a los cargos del partido, garantizando que sus actos y palabras no contradigan los acuerdos colectivamente alcanzados. Ese era el dilema que, en este caso, planteaba el hecho de que Bernstein y compañía, editores de la revista del partido, se mostraran dispuestos a defender una línea opuesta a la de este, pero también la existencia de una fracción parlamentaria –una serie de cargos del partido que habían sido elegidos por el voto popular.

124. Sobre este punto ver Lih, Lars. "A faction is not a party", *Weekly Worker*, 2012.

125. Contra ciertos mitos, los bolcheviques no trataron e 1912 de constituir un partido "exclusivamente bolchevique", sino de expulsar a la minoría contraria a los principios de cualquier partido proletario. El congreso de 1912 contó con una sólida mayoría bolchevique, pero incluía también a los "mencheviques de partido", que despreciaban igualmente el liquidacionismo. Nadie trató, en suma, de crear un partido completamente homogéneo a nivel ideológico en 1912, ni de convertir por medios desleales la parte en el todo, sino de elaborar –como ha de suceder en cualquier congreso– una posición unificada de todo el partido (lo que incluía expulsar a quienes querían acabar con el partido como partido proletario). El mito viene en parte de las acusaciones de sus adversarios de la época, posteriormente racionalizadas como algo positivo e incluidas como parte del dogma en la era de Stalin. Los bolcheviques de entonces rechazaron vehementemente la acusación (todos los documentos bolcheviques de la época la desmienten) tratándola de difamación vil y completamente infundada. Es una triste ironía histórica que aquello que

los propios bolcheviques negaran denodadamente, considerándolo impropio de revolucionarios, haya acabado haciéndose pasar como su auténtica postura. Sobre este asunto ver Lih, Lars. "Falling out over a Cliff", *Weekly Worker*, 2012 y Binh, Pham. "Mangling the Party of Lenin", *Weekly Worker*, 2012.

En lo que a esta cuestión respecta, la postura de Marx y Engels fue siempre que el movimiento del proletariado necesita, también internamente, de la democracia política para poder cumplir sus objetivos. La democracia política que ha de estructurar el movimiento proletario es el embrión que se desarrolla dialécticamente (ensanchándose y enriqueciéndose a través de su avance, que incorpora la conquista revolucionaria del poder político) hasta las formas organizativas del Estado-Comuna. De ahí su desdén por Lassalle y todo aquel a quien interpretaran como un aspirante a "dictador de los trabajadores". La democracia, cuyo medio más elemental son los congresos del partido, era para ellos la vía para alcanzar esa unidad de concepto y acción, de *darse unos acuerdos comunes*, así como a unos representantes (los cargos del partido). Este es el medio de autogobierno del partido proletario, que permite además el control de sus representantes, impidiendo que estos se separen del movimiento, degenerando en una burocracia dispuesta a defender *sus propios intereses* por encima de los del proletariado. El principio que vehicula este autogobierno es el de la libertad de discusión. Como señala Engels: "el movimiento obrero depende de la crítica despiadada de esta sociedad... Por lo tanto, ¿cómo podría pretender evitar ser criticado o prohibir la discusión?"¹²⁶

126. Citado en Nimitz, A. *The Ballots...* p. 5.

Nada de lo anterior debe interpretarse como la defensa de un horizontalismo abstracto que nada tiene que ver con la auténtica democracia: en primer lugar, Marx y Engels defienden la necesidad de que el partido cuente con representantes y dirigentes, porque la existencia de los mismos es un elemento necesario de toda organización y de la misma democracia como forma de (auto)gobierno. Estos deben, como el propio término indica, *representar* el proyecto político del partido y la voluntad colectiva concreta de sus miembros. En segundo lugar, los márgenes de la libertad de discusión *dentro del partido* vienen determinados, como es obvio, por los principios y objetivos del propio partido. Quien, como Bernstein y compañía, se coloque *fuera* de estos principios, habrá de quedar *fuera* del partido. Como Lenin más tarde,¹²⁷ Marx y

127. Ver Lenin, Vladimir. "Dogmatismo y 'libertad de crítica'" en *¿Qué hacer?*, Alianza, Madrid, 2019, pp. 51-84.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

Engels sabían bien que la “libertad de crítica” sería utilizada como arma por los sectores pequeñoburgueses que trataban de destruir la independencia del partido y dejaron muy claro cuál era el lugar de estos: en su casa, o en un partido de las clases medias.¹²⁸

Por último, Marx y Engel entienden que no todos los contextos permiten el mismo grado de desarrollo democrático. Su antidogmatismo les hizo, a lo largo de toda su vida, enemigos del intento de imponer un ideal abstracto sobre la realidad del movimiento y sus circunstancias concretas. Entre la insistencia en que el partido debe ser, por principio, *todo lo democrático que las circunstancias internas y externas permitan* y la demanda dogmática de “democracia plena” o nada media un mundo. En contextos de alta represión o ilegalidad, por ejemplo, el partido tendrá que apañárselas para actuar como bien pueda.¹²⁹ En el caso alemán, por ejemplo, la ilegalización obligó a que la fracción parlamentaria actuara, según afirmara Engels en una carta a Kautsky, “como una dictadura”, pero una que fue “esencial y excelentemente gestionada”,¹³⁰ esto es, una cuya necesidad, dadas las circunstancias, era inevitable. Engels reconocía, sin embargo, que la fracción parlamentaria “no puede demandar ni imponer la obediencia implícita que podía demandar la dirección previa del partido, que había sido específicamente elegida para ese fin. Y menos en las circunstancias actuales –sin prensa propia, sin encuentros de masas”. De nuevo, el antidogmatismo, capaz de plegarse a la coyuntura, por desfavorable que sea, para avanzar de aquellas formas que el presente haga posibles, se combina con la firmeza en los principios: una dirección informal puede ser impuesta por las circunstancias, pero una dirección a la altura de su concepto ha de ser una dirección elegida para ese fin.

Finalmente, a ojos de Marx y Engels el partido debe estar centralizado. Esto es lo que permite que pueda actuar como un agente unitario, garantizando que las decisiones colectivas sean ejecutadas por el conjunto de la organización. El desdén de Marx y Engels por las fórmu-

128. Rosa Luxemburgo defenderá una idea similar en una de sus polémicas con el revisionismo. La idea es simple: la autocritica y la libre discusión, animadas por los principios del partido proletario y la voluntad de avanzar hacia sus fines, constituyen el alma misma del partido; las críticas que se sostienen sobre principios antagónicos a los de este son un arma contra el partido, y deben quedar fuera de este. Ver Luxemburgo, Rosa. “Libertad de crítica y de la ciencia”, *Marxists.org*, 1899.

129. De nuevo, el *¿Qué hacer?* es particularmente clarividente al respecto. Resultan de especial interés, en este sentido, las críticas de Lenin a lo que llama “democracia de juguete”. Lenin, Vladimir. *¿Qué hacer?*... pp. 233-247.

130. Ver Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Marx and Engels Collected Works. Volume 24*, Lawrence & Wishart, Londres, 2010, p. 249.

131. Ver Draper, Hal. *Karl Marx's Theory of Revolution Volume 3: the 'Dictatorship of the Proletariat'*, Monthly Review Press, Nueva York, 1986. Un ejemplo excelente puede encontrarse en Engels, Friedrich. "Los bakuninistas en acción", *Marxists.org*, 1873, una crítica y descripción casi satírica –porque los hechos lo fueron– de la actuación de los bakuninistas en la España revolucionaria.

132. El oportunismo siempre utiliza la presunta voluntad de los sectores más atrasados de las masas para justificar sus propias políticas colaboracionistas, en lugar de tratar de elevar a esas masas a través del paciente trabajo político.

133. Marx y Engels. "Circular Letter...".

134. Engels define sarcónicamente esa "incurable enfermedad" que es el cretinismo parlamentario en Engels, Friedrich. *Revolución y Contrarrevolución en Alemania*, *Marxists.org*, 1852. En su sentido más elemental, el cretinismo parlamentario es la idea de que la transformación general de la sociedad puede llevarse a cabo a través del par-

las federalistas, favorables a la descentralización política, los acompañó toda su vida,¹³¹ y se funda en la conciencia de que el proletariado necesita *unidad* para poder llevar a cabo sus objetivos. El propósito de la Internacional era precisamente avanzar hacia la unidad de acción del proletariado de distintos países, medio necesario para alcanzar su emancipación. El fin, en definitiva, es la unidad política, táctica y estratégica que permita que los objetivos del proletariado no se vean frustrados por la incoherencia de sus esfuerzos.

En el seno de las organizaciones del proletariado, esta unidad se forma democráticamente, *en coherencia con unos principios*, y requiere de fórmulas organizativas capaces de garantizarla. Subrayo la cuestión de los principios porque sin ella la democracia no solo carece de todo valor, sino que puede ser un medio para la introducción de ideas y prejuicios burgueses. Prueba de ello son los mismos argumentos de la Circular, donde se critican los actos de un parlamentario del SPD quien –utilizando una justificación que se convertirá casi en ritual para los oportunistas¹³²–, justificó el haber traicionado los criterios del partido votando en favor de una de las políticas de Bismarck en base al mandato democrático concedido directamente por sus electores.

La postura de Marx y Engels a ese respecto es clara: la disciplina de partido prima sobre cualquier mandato electoral, real o ficticio. El parlamentario en cuestión había contravenido "la primera y más fundamental regla de la táctica de nuestro partido: ni un penique para este gobierno",¹³³ fundamento de la política de puro antagonismo en la que se refleja la independencia política del proletariado. Esa clase de conductas, afirman Marx y Engels, son del todo impermisibles, y el partido solo podrá curarse del cretinismo parlamentario¹³⁴ y enfermedades similares si se asegura que sus representantes queden subordinados a la

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

voluntad del partido como un todo.¹³⁵ La acción del partido, en suma, debe ser una acción *centralizada y unitaria*.

En cualquier caso, volvamos a lo que nos ocupa. Lo importante en este punto es la insistencia de Marx y Engels en que la independencia política del proletariado requiere de la expulsión del ala reformista, del *colaboracionismo de clase*. No fueron Marx y Engels, sino algunos de sus presuntos herederos,¹³⁶ quienes toleraron el crecimiento del revisionismo en el partido... para acabar sucumbiendo a sus políticas. La clase obrera necesita unidad, pero si esta se consigue a costa de sacrificar o comprometer los principios, deja de ser la unidad que la clase necesita.

De nuevo, conviene llevar la discusión a principios del siglo XX. Mientras el oportunismo se reforzaba y comenzaba a hacerse con el partido –tendencia ascendente desde 1905 y que recibió un salto cualitativo a principios de la década de 1910– el “centro” del SPD promovió una política de “unidad a toda costa” con el ala derecha. El problema en este punto es que, como se hizo patente en 1914,

“La unidad con los oportunistas significa [...] subordinar a la clase obrera a “su” burguesía nacional, aliarse con ella con el objetivo de oprimir otras naciones y luchar por los privilegios que otorga ser una gran potencia; significa dividir al proletariado revolucionario de todos los países”.¹³⁷

Así,

“El resultado [de la voluntad de mantener la unidad con la derecha] fue dar a la derecha –que estaba dispuesta, si fuera necesario, a provocar una escisión– derecho a veto sobre las posiciones del partido. Antes de la guerra este acuerdo todavía permitía amplias dosis de marxismo formal, siempre y cuando el centro y la izquierda no se organizaran para excluir a la derecha de los puestos de poder en el partido o los sindicatos. Una vez llegada la guerra, la subordinación del centro a la derecha fue evidente”.

lamento burgués, lo que lleva aparejada la idea de que todo lo realmente importante sucede y se dirime en el parlamento.

135. Nimitz, August H. *The Ballots...* pp. 22-24. Sobre esta cuestión ver también Kautsky, Karl. “Los distritos electorales y el Partido”, *Marxists.org*, 1904.

136. En 1899, escribiendo sobre el debate con Bernstein, Kautsky afirmó “si el oportunismo deja de ser un estado de ánimo para ser una tendencia, la escisión estaría en el orden del día”, citado en Lenin, “Chovinismo muerto y socialismo vivo”... p. 92. Kautsky, sin embargo, fue incapaz de ser fiel a sus propias palabras.

137. Lenin, Vladimir. *El socialismo y la guerra*, *Marxists.org*, 1915.

138. Macnair, Mike. *Revolutionary Strategy...* p. 91.

139. Ver Lih, Lars. "The tasks of our times: Kautsky's Road to Power in Germany and Russia", *Studies in East European Thought*, vol. 50, no.2-3, 2018, pp. 121-140.

140. Lenin citado en Lih, Lars. "The New Era of War and Revolution" ... p. 403.

141. Véase, por ejemplo, Lenin, Vladimir. *El socialismo y la guerra...*

La lección general es la siguiente: "la unidad del movimiento obrero en los términos de la derecha [el oportunismo] es necesariamente la subordinación de los intereses de la clase obrera a los intereses del Estado".¹³⁸ En connivencia con el Estado al que es fiel, el oportunismo tratará siempre de vetar las posiciones revolucionarias y apartar al partido de la lucha de clases. Como resultado, ya en torno a 1910 la socialdemocracia alemana había dejado mayormente de ser la "fusión del socialismo y el movimiento obrero"¹³⁹ para colapsar gradualmente en el oportunismo y la abierta traición.

Esto debería servir para desmontar mitos infundados sobre la presunta "apertura" –que aquí significa "eclecticismo"– de Marx y Engels, contrapuesta al igualmente presunto "sectarismo" bolchevique. Lo que hicieron los bolcheviques, por el contrario –tanto en su ruptura con el liquidacionismo como con la Segunda Internacional– fue aplicar consecuentemente los principios defendidos por ambos: no el escisio-nismo sectario, sino la firmeza a la hora de llevar a cabo una ruptura cuando la unidad es una *unidad que resta*. El argumento bolchevique se justificó en ambos casos en términos de la independencia política de la clase. Una independencia que demandaba, como ya hemos señalado, separarse organizativamente de un oportunismo que había completado su maduración histórica –en palabras de Lenin: "el socialchovismo es un oportunismo que ha madurado hasta tal punto que la permanencia de este absceso burgués en el seno de los partidos socialistas se ha hecho imposible"–,¹⁴⁰ y con ello completar el proceso de construcción histórica del concepto de partido del marxismo revolucionario.¹⁴¹

En otras palabras: si el surgimiento de un ala política oportunista organizada y leal al Estado en el seno del movimiento político de la clase obrera es un desarrollo histórico inevitable, el concepto marxista de partido se *completa* a nivel histórico al separarse nítidamente de la misma, pues esta es una exigencia insoslayable para preservar la independencia política del proletariado. Aquí el principio de la unidad en la

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

lucha de clases del proletariado –como lucha política– no se “supera” en pos de una presunta uniformidad ideológica absoluta, sino que se *preserva* frente a quienes optan por principio por desviar al proletariado de la lucha de clases y los objetivos finales de su movimiento. Esto no es sino la aplicación, en un estadio más desarrollado, de los argumentos de Marx y Engels en la Circular.

La cuestión debería, además, servir para demostrar la falsedad del argumento de Eric Hobsbawm según el cual “resulta espurio buscar en Marx una anticipación de las polémicas posteriores, como las que dividen a “reformistas” y “revolucionarios” [...] La cuestión para Marx no era si los partidos obreros eran partidos reformistas o revolucionarios”.¹⁴² De hecho, resulta todo menos espurio, porque ahí está, como hemos visto. El reformismo debe quedar *fuera* del partido: esa es la postura inequívoca de Marx y Engels. El “partido obrero” cuya necesidad declaran incesantemente *es*, insistimos, un partido revolucionario.

2.11. EL SOCIALISMO CIENTÍFICO

Lo que Marx y Engels *no hicieron* fue contraponer sectariamente el partido obrero a un grupúsculo que se adhiera a “sus” ideas. En ese sentido, un “partido marxista revolucionario” no es más que la forma acabada de un partido obrero independiente. Por “partido marxista revolucionario” entiendo lo que Johnstone llama “la concepción más básica de partido” de Marx y Engels, esto es, “una organización donde la teoría socialista se fusiona con el movimiento de los trabajadores”. Por “teoría socialista” se entiende el socialismo científico como exposición racional y sistemática de los medios y fines del socialismo en base al estudio de la realidad en la que este se despliega. Si Marx no lo hubiera denominado “teoría marxista” es por el hecho de que no creía tener un monopolio del socialismo científico, del mismo modo que ningún químico juicioso cree tener el monopolio de la química. A sus ojos, las

142. Hobsbawm, Eric. “Marx, Engels, and Politics” en *How To Change The World? Reflections on Marx and Marxism*, Yale University Press, New York, p. 61. Lo que no suponía una contradicción, sino una necesidad, era ser revolucionario y luchar por reformas que sirvieran para aumentar la fuerza de la clase, convencerla de su poder y prepararla para gobernar.

necesidades impuestas por la lucha por la emancipación del proletariado impelerían a los fieles a esta causa a hacer ciencia y a regir su acción sobre bases científicas, abandonando toda clase de unilateralidades y fantasías y, por lo tanto, a reconocer su método y aportaciones, utilizándolos y desarrollándolos como una fuerza viva. Pues al contrario que otras clases, que podían defender sus intereses de forma inconsciente (jugando, por ejemplo, a los romanos, como los republicanos burgueses en Francia satirizados en *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*) el proletario solo puede liberarse si posee una comprensión clara del proceso histórico y su papel en el mismo. La labor de Marx y Engels, en ese sentido, era trabajar porque esta conversión del socialismo científico en la base teórica del partido se diera cuanto antes, pero eso no implica, sino que acompaña, su creencia en la existencia de esta tendencia hacia la fusión. Una tendencia que se realiza a través de la intervención de los sectores más conscientes del proletariado y es facilitada su instinto de clase. En otras palabras: la tarea de los comunistas, como se señalara en el Manifiesto, es *fundir el movimiento obrero con la teoría socialista como teoría de la auto-emancipación del proletariado*. El propio Manifiesto Comunista es una expresión programática de esa fusión.

Cabe insistir en que el término “ciencia” importa en este punto, y mucho. Lo “científico” se opone aquí a lo doctrinario: la idea es que el movimiento real del proletariado hacia su emancipación solo puede fundarse sobre la ciencia –una empresa colectiva capaz de corregirse perpetuamente–, no sobre las intuiciones particulares de un único grupo o individuo, elevadas al rango de dogmas. Marx y Engels no creyeron jamás es que adoptar el socialismo científico implicara la adhesión completa a todas y cada una de sus tesis teóricas (muchas de las cuales fueron modificando a lo largo de sus investigaciones), ni que la unidad teórica absoluta –que no sería la necesaria unidad en torno a los principios, sino la completa uniformidad en torno a *todas* las cuestiones teóricas– fuera una característica necesaria del partido. Veían lo anterior, por el contrario, como la característica definitoria de una *secta*.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

La unidad del partido es ante todo *política*: unidad en torno a unos principios y un programa donde estos se cristalizan, convirtiéndose en un proyecto político definido. Ahora bien, fundamentar lo anterior y poder guiar propiamente la acción requiere hacer de la ciencia materialista una *base teórica común* comprometiéndose con esta en oposición a toda forma de utopismo y dogmatismo (compromiso al que es intrínseca la necesidad de mejorar las propias posiciones por medio de la investigación paciente y el debate racional). La estrategia y la táctica del partido proletario deben, en suma, estar fundadas sobre la sólida base de la teoría materialista y no sobre doctrinas privadas.

En todo lo anterior reside su diferencia esencial con Fourier, Saint-Simon, o en general cualquier doctrinario. Pues la cuestión, a ojos de Marx y Engels, no era imponer sobre los obreros una doctrina o plan utópico diseñado por una mente genial, pero tampoco reflejar pasivamente los argumentos, teorías y programas del movimiento real en un estadio determinado. Era, por el contrario, *mostrar* al proletariado en lucha las condiciones reales de su emancipación,¹⁴³ desarrolladas a través de un análisis científico del movimiento histórico y del papel de la clase obrera en su seno, así como de las virtudes y defectos de las diferentes corrientes existentes dentro del movimiento proletario. Su propuesta política pretendía ser simplemente una síntesis superadora de todas estas corrientes, que pudiera —en tanto que síntesis político-organizativa—unificar el movimiento del proletariado en una única lucha de clase. De ahí la temprana definición de Engels del comunismo como “la doctrina de las condiciones de la liberación del proletariado”.¹⁴⁴

Recapitemos el argumento. El objetivo de la teoría es dar a la lucha una forma consciente. Pues bien: en su propio desarrollo, el movimiento del proletariado había comenzado a organizar sindicatos, cooperativas y partidos políticos. Ante esto, la reacción de los doctrinarios consistía en tratar de convencer a los trabajadores organizados que dejaran de hacer lo que estuvieran hacien-

143. Así es, dicho sea de paso, como deben interpretarse, a mi juicio, las palabras de Lenin en el *¿Qué hacer?* sobre la cuestión de la conciencia.

144. Engels, Friedrich. *Principios del comunismo*, Marxists.org, 1847.

do y se concentraran estrictamente a promover el medio de lucha preferido por el doctrinario en cuestión. Proudhon, por ejemplo, afirmarí: dejad los sindicatos y partidos, no sirven. Ceñíos a la construcción de cooperativas, bancos de crédito y similares. Fourier se movería en una línea similar: nada de sindicatos y partidos, construyamos falansterios. Blanqui afirmarí, a su vez, que los sindicatos y grandes partidos debían ser abandonados en pos de pequeñas sociedades de conspiradores. La característica definitiva de los doctrinarios es que no pretenden elaborar la teoría del movimiento proletario, sino *sus* teorías particulares de la emancipación. La postura de Marx y Engels es radicalmente opuesta. En lugar de decir al proletariado que abandonara su lucha económica y política para ceñirse a un plan esotérico, trataron de que el movimiento real tomara una conciencia clara de sus objetivos finales y las condiciones de su emancipación. Al dotarse de esta conciencia, el proletariado se dotaría a su vez de la clase de organizaciones necesarias para estos fines.

En este sentido, la lucha de Marx y Engels por la claridad teórica es el fundamento de una lucha por la claridad *programática*. A nivel político, la primera es un medio para alcanzar la segunda: para asegurarse que los objetivos por los que el movimiento proletario se compromete a luchar están en coherencia con las condiciones requeridas para su emancipación. La teoría, como concepción de las leyes que rigen el organismo social, *determina* el programa. De ahí que el utopismo y el dogmatismo solo den lugar a mistificaciones, al estar presos de aquellas que el propio capital segrega, y con ello esbocen opciones políticas impotentes.

Como se afirma en el Anti-Dühring:

*La misión histórica del proletariado moderno consiste en llevar a cabo esa acción liberadora del mundo. La tarea de la expresión teórica del movimiento proletario, la tarea del socialismo científico, es descubrir las condiciones históricas de aquella acción y, con ello, su naturaleza misma, para llevar a consciencia de la clase hoy oprimida llamada a realizarla las condiciones y la naturaleza de su propia tarea.*¹⁴⁵

145. Engels, Friedrich. *La revolución de la ciencia de Eugenio Dühring (Anti-Dühring)*, Marxists.org, 1878, pp. 281-282.

2.12. FORMA E HISTORIA

Me gustaría volver sobre una expresión recién utilizada: la idea de que el partido marxista revolucionario –o Partido comunista¹⁴⁶– constituye la *forma acabada* de partido obrero. La fórmula conecta con algunos aspectos centrales del marxismo como un todo. Todos pueden condensarse en la idea de que, por expresarlo del modo más sencillo posible, las cosas, procesos históricos, etc. tienden, como resultado de su propio desarrollo, hacia unos fines determinados que son intrínsecos a lo que son, y tienen por lo tanto formas más y menos acabadas, formas que corresponden a diferentes momentos de su proceso de desarrollo.¹⁴⁷ Esto *no* significa que se trate de un proceso lineal, mecánico o automático, ni que la acción de individuos como ellos pueda prevenir por completo que estos partidos consigan sortear todas las dificultades y contratendencias que atentan, en una sociedad capitalista, contra la independencia política del proletariado.¹⁴⁸ Sí significa que cada movimiento de clase tiene criterios *internos* que permiten evaluar su adecuación a *lo que es*, su coherencia con sus propios fines (o “misión histórica”). Que los fines y criterios sean internos –o “inmanentes” si se quiere un término más técnico– implica que no dependen de la opinión de uno u otro individuo (Marx, Engels, o quien sea). Y permite determinar si el movimiento socialista está siendo coherente con sus propios fines –la emancipación de la clase obrera–, si está representando *realmente* su programa e intereses universales, o si, por el contrario, están desviándose de ese objetivo y corrompiéndose sin remedio. Y permite, por último, identificar los medios necesarios para cumplir esos objetivos –la acción política independiente– y por ello evaluar críticamente los medios del presente.

Aplicado a la historia, esto da lugar a una visión que, en lo que a la praxis respecta, reniega de toda pasividad sin caer en el voluntarismo. Aplicado específicamente a la lucha de clases, esto da lugar a la visión, vehementemente defendida por Lenin,¹⁴⁹ según la cual esta toma su forma acabada en tanto

146. Sobre la identidad de ambos conceptos ver Lenin, Vladimir. *La enfermedad...* p. 78.

147. Marx, por ejemplo, se refiere a la AIT como “primera forma histórica” de la Internacional. Ver Marx, Karl. “Crítica del programa...”.

148. Nimtz, August. *The Ballots...* p. 19.

149. Lenin, Vladimir. “Nuestra tarea inmediata”, *Marxists.org*, 1899.

que lucha de clases cuando el proletariado se constituye en partido, porque solo entonces el antagonismo de intereses entre burguesía y proletariado se convierte en el antagonismo consciente y organizado entre dos programas históricos – dos formas de organización social– contrapuestos. Aplicado a la cuestión de la evolución histórica del partido, da lugar a la tesis anteriormente señalada. Es la misma racionalidad que encontramos en Lenin, cuando se refiere a:

La forma superior de unión de clase de los proletarios, el partido revolucionario del proletariado (que no merecerá este nombre mientras no sepa ligar a los líderes con la clase y las masas en un todo único e indisoluble).¹⁵⁰

150. Lenin, Vladimir.
La enfermedad... p. 74.

En otras palabras, la visión de la historia de Marx y Engels, según la cual la lucha de clases es un largo proceso de maduración histórica, permite identificar simultáneamente: los fines a los que cada fuerza, movimiento, etc. debe tender si quieren realizar sus objetivos (1), las tareas inmediatas, derivadas del grado de desarrollo concreto del movimiento mismo, cuyo cumplimiento permitiría contribuir a empujarla hacia la conquista de estos objetivos (2). En otras palabras: permite aprehender las tareas del presente en base a los fines internos de la cosa misma; nos muestra cuál habría de ser su forma más desarrollada; entregándonos, de este modo, tanto un proyecto como la vía para realizarlo.

Desde esta perspectiva podemos observar la coherencia entre la actitud de Marx y Engels con respecto a los partidos obreros y el hecho de que trataran de destilar, del análisis científico de la lucha de clases, un concepto de partido que no coincidía exactamente con ninguno de ellos, y que sin embargo comprendían como su fin interno o forma más desarrollada. Captar este fin, así como esta tendencia, es a su vez destilar un *proyecto* para los comunistas: darle impulso y forma consciente.

Es importante recordar que Marx y Engels fueron personalmente testigos de esa tendencia. De la proliferación de

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

sectas y la aparición de las primeras organizaciones económicas de resistencia a la emergencia del cartismo como “el primer partido obrero de los tiempos modernos”. Del cartismo, todavía exclusivamente nacional y sin bases teóricas claras, a la Internacional como organización abiertamente comprometida con la autoemancipación de la clase trabajadora mundial, el fin de la dominación de clase y la necesidad de constituir partidos obreros independientes en todos los países. De la Internacional a la formación, en Alemania y Francia, de partidos obreros independientes sostenidos sobre bases políticas socialistas, y vinculados entre sí como partes de un mismo movimiento histórico. De ahí –con la muerte de Marx de por medio, y por ello con Engels como único testigo– a la conversión de este vínculo en la Segunda Internacional como unión no ya de diferentes organizaciones obreras, sino de partidos obreros de masas fundados en un programa político socialista y revolucionario; un movimiento que unía a gran parte del proletariado global “bajo la bandera de la revolución socialista, visto por los capitalistas de todo el globo como una amenaza para su existencia”.¹⁵¹ Partidos, decíamos, que a pesar de albergar elementos oportunistas en su seno contaban también con un poderoso ala marxista dispuesta a defender consecuentemente este programa –y que como hemos visto Engels concebía como un único “partido socialista”.¹⁵² Y, además, de “la multitud de confusos evangelios de las diferentes sectas” a “una sola teoría, reconocida por todos, la teoría de Marx, clara y transparente, que formula de un modo preciso los objetivos finales de la lucha”.¹⁵³ Todo lo anterior son progresos dentro de una misma línea, de la vía de la independencia política como proceso que fue creciendo, puliéndose y perfeccionándose. Como apunta Mike Macnair:

La verdadera concepción esencial es la de un programa para el poder político: que la clase obrera necesita la democracia política como medio para su propia emancipación, en el camino de la emancipación de todos los seres humanos, independientemente de su sexo o raza; que la clase obrera aspira a tomar el poder para superarse; que tiene que tomar el control colectivo de los medios de produc-

151. Taber, Mike. “The Second International’s”

...

152. Engels, Friedrich. “El problema campesino en Francia y Alemania”, *Marxists.org*, 1894.

153. Engels, Friedrich. “Prefacio de Federico Engels... p. 24.

ción. Esta idea elemental se convierte en el instrumento para la creación de enormes partidos de masa socialistas e incluso más, en un sentimiento socialista de masas. La existencia, a través de la mayor parte de Europa, de estos partidos de masa socialistas y de este sentimiento socialista de masa, hizo posible que en 1916-18 se plantease la cuestión de que la clase obrera tomase verdaderamente el poder. Sin la organización política de la clase obrera y la unidad efectiva para este proyecto, de una clase que se hace consciente de su propia fuerza y, por lo tanto, de la posibilidad de tomar el poder, no podría de hecho haberse planteado de verdad la cuestión de tomar el poder.¹⁵⁴

154. Macnair, Mike. "Las lecciones de Erfurt...", p. 8.

2.13. FINALMENTE: EL CONCEPTO DE PARTIDO MARXISTA

La definición más elemental de partido marxista sigue siendo simplemente: un partido donde el socialismo se una con el movimiento proletario. Este partido revolucionario es el vehículo de la acción política independiente de la clase trabajadora, cuya escala debe ser internacional.

Los pilares de este concepto de partido son los siguientes:

La conciencia socialista (1); la independencia política del proletariado (2); su carácter de masas (3); su carácter centralizado y democrático (4); el internacionalismo proletario (5); la lucha por la conquista del poder político –por establecer el gobierno revolucionario del proletariado– (6).

En cualquier caso, no pretendo defender que Marx y Engels lo dejaran todo inventado, o que todo lo anterior fueran innovaciones suyas. Lo que legaron fue unas líneas estratégicas generales, líneas que incluyen la clase de instituciones que necesita el proletariado para alcanzar su emancipación, sostenidas sobre una serie de principios políticos extraídos del análisis científico de la lucha de clases y la participación en el movimiento de la clase obrera por su emancipación. En otras palabras: un conjunto de elementos que nos permiten

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

distinguir esta tendencia. Seguir dando cuerpo a este esqueleto estratégico fue una tarea llevada a cabo por sus mejores seguidores y herederos.

La trayectoria política de Marx y Engels demuestra una coherencia más que notable con las líneas generales puestas sobre la mesa en *El Manifiesto Comunista*: reivindicar la necesidad de construir partidos obreros independientes, trabajar dentro de ellos por la máxima claridad teórica, programática y política. En otras palabras, por su transformación en Partidos –que no sectas– Comunistas.

Ambos tenían claro que la otra cara de la necesidad de construir partidos obreros con un programa revolucionario es la lucha incesante porque el partido adopte una *línea de acción propiamente revolucionaria*, pues de lo contrario cualquier programa amenaza con convertirse en una serie de consignas abstractas. Así, tanto Marx como Engels realizaron un trabajo incansable por ayudar a los socialistas de los diferentes países a dilucidar las vías de acción correctas con respecto a los desafíos objetivos con los que la historia confrontaba a su movimiento.¹⁵⁵

A su vez, ambos veían la lucha por la máxima claridad programática como un elemento esencial de esta lucha por la clarividencia práctica. La crítica engelsiana al futuro programa de Erfurt es especialmente relevante para esta cuestión, al tratarse de un programa marxista y al tratarse el SPD del ejemplo más cercano que conocieran del concepto de partido por ellos defendido.¹⁵⁶ Engels afirma:

Las reivindicaciones políticas del proyecto tienen un gran defecto. No dicen lo que precisamente debían decir. Si todas esas 10 reivindicaciones fuesen satisfechas, tendríamos en nuestras manos más medios para lograr nuestro objetivo político principal, pero no lograríamos ese objetivo. [...] Pero sería peligroso tocar ese tema [el de la forma del Estado]. No obstante, sea como fuere, las cosas deben ponerse en marcha. Hasta

155. Hal Draper detalla formidablemente esta cuestión a lo largo de los cinco volúmenes de *Karl Marx's Theory of Revolution*.

156. Lenin afirmaría en 1920: "La historia, dicho sea de paso, ha confirmado hoy en gran escala, a escala histórico-mundial, la opinión que hemos defendido siempre, a saber: que la socialdemocracia revolucionaria alemana [...] estaba más cerca que nadie del partido que necesitaba el proletariado revolucionario para triunfar". Lenin, Vladimir. *La enfermedad...* p. 53.

qué punto eso es necesario lo prueba precisamente ahora el oportunismo que comienza a propagarse en una gran parte de la prensa socialdemócrata [...] Quieren convencer a sí mismos y al partido de que “la sociedad actual se integra en el socialismo”, sin preguntarse si con ello no está obligada a rebasar el viejo orden social; si no debe hacer saltar esta vieja envoltura con la misma violencia con que un cangrejo rompe la suya. Semejante política sólo puede llevar, en fin de cuentas, al partido a un camino falso. Se plantean en primer plano problemas políticos generales y abstractos, encubriéndose de este modo los problemas concretos más inmediatos, los que se plantean de por sí en el orden del día al ocurrir los primeros grandes acontecimientos, en la primera crisis política. ¿Qué puede resultar de ello, además de que el partido se vea impotente en el momento decisivo, que en los problemas decisivos reine en él la confusión, no exista la unidad, por la simple razón de que estos problemas jamás se han discutido? [esto es, la conciencia de la necesidad de la dictadura del proletariado] Este olvido de las grandes consideraciones esenciales a cambio de intereses pasajeros del día, este afán de éxitos efímeros y la lucha en torno de ellos sin tener en cuenta las consecuencias ulteriores, este abandono del porvenir del movimiento, que se sacrifica en aras del presente, todo eso puede tener móviles “honestos”. Pero eso es y sigue siendo oportunismo, y el oportunismo “honesto” es, quizá, más peligroso que todos los demás. [...] Está absolutamente fuera de duda que nuestro partido y la clase obrera sólo pueden llegar a la dominación bajo la forma de la república democrática. Esta última es incluso la forma específica de la dictadura del proletariado [...] Pero el hecho de que, en Alemania, no se permite siquiera presentar un programa de partido abiertamente republicano prueba hasta qué punto es profunda la ilusión de que en ese país se pueda instaurar por vía idílicamente pacífica la república, y no sólo la república, sino hasta la sociedad comunista.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

Prueba de la lucidez de Engels es que la falta de claridad sobre la cuestión de la forma del Estado –sobre la necesidad de que el proletariado haga saltar la envoltura del viejo orden estatal capitalista “con la misma violencia con la que un cangrejo rompe la suya” e instituya el Estado-Comuna– estaría en la misma raíz de la bancarrota del SPD.

Esta confusión abre una puerta al oportunismo: de ella se sigue la tendencia hacia el gradualismo/legalismo –y con esta última la creciente dependencia con respecto a las burocracias sindicales, garantes del oportunismo– que su ala marxista se mostró incapaz de contrarrestar cuando las circunstancias se volvieron cada vez más adversas.

Si la variante de la “ortodoxia” defendida por las principales figuras del ala centrista del SPD tal y como se constituyó a partir de 1910,¹⁵⁷ con la renuncia velada a las posiciones revolucionarias, fue incapaz de combatir con éxito esta tendencia –y acabó sucumbiendo a ella– es porque esta se veía “envilecida” –según la expresión de Lenin– por dos problemas centrales: la tendencia a considerar la acción política de la clase obrera en términos estrechamente nacionales¹⁵⁸ y la falta de rigor revolucionario de su cuestionamiento de la *forma* del Estado.¹⁵⁹ Estas son el reflejo intelectual de la política de unidad a toda costa que llevaría al posterior colapso.

Existió, sin embargo, quien mantuvo alzada la bandera del marxismo ortodoxo ante la traición de los principales partidos de la Segunda Internacional, quien vio la guerra imperialista como vía hacia la revolución proletaria, negándose a colapsar en el socialchovinismo, el “pacifismo” filisteo y la adhesión al propio Estado. Fueron quienes preservaron la lealtad hacia las resoluciones

157. A partir de esas fechas Kautsky, uno de los representantes más importantes de esta tendencia, deja progresivamente de sostener posturas revolucionarias, prefiriendo abandonarlas en pos la “unidad” (que implica unidad *con el oportunismo*) y comenzando así un largo proceso de claudicación.

158. Los dos errores más garrafales derivados de esta tendencia coinciden con los momentos cumbre de la bancarrota política de Kautsky: su negativa a exigir una acción resuelta contra la guerra en 1914, que le hizo subordinarse a la mayoría socialchovinista, y su incapacidad para comprender la necesidad de una guerra civil europea en 1918. A partir de entonces Kautsky no hizo más que profundizar en la infamia.

159. En líneas generales, el centro del SPD era ambiguo con respecto a la cuestión del Estado, fracasando a la hora de combatir eficazmente la ilusión (oportunista) según la cual “tomar el poder” equivaldría a conseguir una mayoría parlamentaria y aprobar legislación “socialista” (algo contra lo que Kautsky, quien también colapsara en el centrismo, sí había argumentado abundantemente. Considero, sin embargo, que el reproche de Lenin a Kautsky por no haber abordado con suficiente claridad e insistencia la cuestión Estado-Comuna es correcto). Así, pronto el centrismo fue incorporando cada vez más elementos oportunistas –estatismo, tendencia al nacionalismo, legitimación del “Estado de derecho”

burgués— que condujeron a su bancarrota política. Su incapacidad para hacer frente al fascismo no fue más que un resultado lógico de su renuncia a apostar por la revolución europea en 1918.

160. Ver Lih, Lars. “A New Era...” y Taber, Mike. “The Second...”.

161. Su confianza en que la acción espontánea de las masas resolvería cualquier problema político cegó a la izquierda ante la necesidad de construir un auténtico partido en momentos no revolucionarios o a luchar por el liderazgo en los partidos existentes... Llevándolos a la impotencia cuando el estallido espontáneo finalmente tuvo lugar.

162. Conviene recordar que el marxismo revolucionario forma una suerte de “centro” del movimiento obrero, circundado por un ala izquierdista-espontaneísta (anarquista o anarquizante) y un ala derechista-opportunista (socialdemócrata). Así lo vieron siempre los bolcheviques (como resulta diáfano en toda la obra de Lenin). Ahora bien, este centro no tiene nada que ver con lo que se conoce como “centrismo”, que no es más que una claudicación al oportunismo de derecha revestida de falsos ropajes marxistas. Es más bien un punto medio virtuoso entre dos formas de unilateralidad.

163. Lazarus, Sylvain. “Lenin and the Party. 1902-1917”, en *Lenin Reloaded: Towards a Politics of Truth*, Duke University Press, Durham, pp. 255-268.

y principios de la Internacional que los grandes partidos habían traicionado.¹⁶⁰

El actor más formidable en este sentido no provenía del ala más izquierdista-espontaneísta de la Internacional, (Pannekoek, sindicalistas revolucionarios, etc.¹⁶¹) sino de un *partido* que en las diferentes coyunturas se había mantenido fiel a la línea política de la ortodoxia marxista, revelándose capaz de desarrollarla y aplicarla en los contextos más variados.¹⁶² Un partido que supo sintetizar, sistematizar y encarnar la forma acabada del concepto de partido arriba descrito: el Partido bolchevique que tomara el poder en la Rusia de 1917 e impulsara la creación de la Tercera Internacional como partido de la revolución mundial.

De ahí que hoy —como hiciera el propio Lenin en 1920— podamos hablar de “bolchevismo” no solo como una corriente específicamente rusa, sino como la encarnación ejemplar del marxismo revolucionario.

2.14. CORTES, CORTES, CORTES

Quien haya tenido la paciencia de leer todo lo anterior no podrá más que pensar que Sylvain Lazarus se debió dar un golpe devastador en la cabeza antes de defender públicamente y por escrito que la concepción del partido de Lenin supone una novedad absoluta con respecto a las “ideas de Marx”, presuntamente vinculadas a la insurrección espontánea de la clase.¹⁶³ Para vuestra tranquilidad, aclaro que Lazarus, al menos que yo sepa, no se ha dado ningún golpe. Su argumento es clamorosamente falso, pero responde a una clara intencionalidad política. También tiene varias consecuencias evidentes. En primer lugar, al separar de este modo a Marx de Lenin la política de Marx acaba identificándose... con la de Bakunin. Esto es, con aquello que combatiera durante toda su vida. En segundo lugar, al olvidar que “Lenin no rompía con la práctica política o las concepciones de Marx y Engels en ¿Qué hacer? y

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

no desarrollaba [en lo que al concepto marxista de partido se refiere] ningún tipo de argumento original¹⁶⁴ el concepto de partido de Lenin acaba distorsionándose sin remedio, identificándolo con una suerte de secta blanquista... lo que supone empujar al propio Lenin al espontaneísmo. De este modo, se pierden los elementos centrales que dan forma a la tendencia revolucionaria-política –necesidad de la acción política independiente, necesidad del Partido revolucionario de masas. Y lo que es más importante, pues aquí reside la intención de Lazarus: la arbitrariedad del primer corte (entre Marx y Lenin)¹⁶⁵ legítima introducir un segundo corte igualmente arbitrario (entre Lenin y nosotros), y, de ese modo, *declarar caduca la forma-partido*, e incluso el concepto de revolución. Como resultado, se cuadra el círculo: lo que Lazarus, ese abogado de la “novedad absoluta”, acaba defendiendo es... una política que oscilará inexorablemente entre el espontaneísmo y el oportunismo de derechas.

Encontramos un ejemplo similar, aunque con la ventaja de tratar de ofrecer argumentos, en la corriente de la comunicación, hoy capitaneada por el colectivo Endnotes. El centro de su línea teórica consiste en un intento de justificar que las transformaciones de la lucha de clases en el último siglo obligan a abandonar el marxismo revolucionario y sus conceptos centrales (Partido, dictadura del proletariado) para pasarse con armas y bagajes al bando del anarquismo (renuncia a la acción política en favor de la acción directa espontánea, comunismo como extensión de esta acción espontánea, sin necesidad de organización política, tránsito directo al comunismo sin un periodo de transición de por medio).¹⁶⁶ Todo lo anterior no tenía sentido en 1870... y no lo tiene ahora. De nuevo, un supuesto corte histórico, la (presunta) novísima novedad del presente, sirve para legitimar... que se abrace ciegamente algo tan nuevo como la política de Bakunin.

Los ejemplos podrían multiplicarse (el comunismo de consejos y Paul Mattick como ejemplos de espontaneísmo, el estalinismo y la política de “frentes populares” y “vías na-

164. Ver Parkinson, Donald. “Without a Party...”. Véase también Lih, Lars. *Lenin Rediscovered...* Conviene señalar que *ni un solo de los primeros bolcheviques defendió jamás que el ¿Qué hacer? contuviera un nuevo concepto de partido*. Ver Lih, Lars. “How a Founding Document Was Found, Or One Hundred Years of Lenin’s What Is to Be Done”, *Kritika: Explorations of Russian and Eurasian History*, vol. 4, no.1, 2003, pp. 5-49. La brillantez del ¿Qué hacer? consiste en haber dado con un modelo de Partido que podía, en las circunstancias excepcionales de la Rusia de principios de siglo, encarnar de la forma más fiel posible el concepto de partido del marxismo revolucionario. Por un lado, Lenin entendió siempre estas circunstancias (la autocracia) como una *limitación* que impedía al partido alcanzar su forma más desarrollada, sosteniendo que la ampliación de las libertades políticas era imprescindible para poder adecuarse más fielmente al concepto marxista de partido (como de hecho sucedió en 1905). Por otro, atacó a quienes convertían falazmente estas limitaciones en un argumento en favor de la imposibilidad formar el partido, demostrando que su creación era tan necesaria como posible.

165. Sobre esta cuestión ver Nimtz, A. *The Ballots...*

166. Así, Endnotes formula la que quizás es la expresión más sintética de la visión fantástica del socialismo que se defiende

desde la tendencia espontaneísta. Este vendría a ser “una oleada imparable de ocupaciones”. Friends of the Classless Society, “Contours of the World Commune”, en *Endnotes* 4, 2020, p. 186. Sobre la puerilidad de esta visión, véase VVAA, “¿Qué hacer en tiempos de debilidad?”, *Contracultura*, 2023, donde los autores, provenientes de estas tendencias ultraizquierdista, dan pasos importantes para pasar de la línea espontaneísta al marxismo.

cionales al socialismo” como recaída en el oportunismo de derechas, etc.). Lo que demuestran es simple: la tozuda continuidad de las tres tendencias anteriormente descritas, por debajo de toda la novedad que se quiera, su carácter mutuamente excluyente, y la necesidad de optar por una de ellas. La novedad debe ser tenida en cuenta a la hora de *aplicar* las líneas generales de cada tendencia, adecuándolas a un contexto determinado, no utilizarse como excusa para atribuir a causas externas la propia predilección por una de ellas.

3. ¿QUÉ (DES)HACER?

La situación actual es la siguiente. Solo existe una política: la política burguesa. Por un lado, un liberalismo crecientemente reaccionario, cuando no colindante con el fascismo. Por otro, la socialdemocracia, el viejo oportunismo de derechas. Su trayectoria ha consumado las tendencias que llevaba inscritas. Declaró lealtad absoluta al propio Estado¹⁶⁷ y educó al proletariado en la conciliación de clases, la sumisión al Estado-nación y la defensa de los procesos nacionales de acumulación, imperialismo incluido. Proclamó, por lo alto o por lo bajo, la posible armonía de los intereses de clase, esa alianza entre lobos y corderos. El coalicionismo, la política de los Bernstein y los Millerand, la idea de gobernar el propio Estado burgués y la consiguiente alianza con sectores burgueses, era ahora parte de su ADN. Se alineó políticamente con el capital, y convirtió los sindicatos y partidos socialdemócratas en instancias de mando de este último sobre el proletariado. El surgimiento de esta capa burocrático-aristocrática en el seno de la clase obrera es uno de los acontecimientos más relevantes del pasado siglo. Conquistó los espacios de poder del movimiento obrero, y comenzó a dirigirlo, desviándolo de la lucha de clases. Incrustó sus instituciones el Estado, y con el apoyo de este último hizo lo posible por aniquilar cualquier resto de independencia de clase del proletariado, bloqueando toda iniciativa que apuntara en esta línea con medios que oscilaron entre la censura, la represión burocrática y policial e

167. En palabras de Donald Sassoon: “Era como sí [...] la socialdemocracia hubiera aceptado la visión leninista de la política con un giro particular: el Estado burgués no puede ser reformado, solo destruido; y como no querían destruirlo, lo aceptaron en su totalidad”. Sassoon, Donald. *One Hundred Years of Socialism: The West European Left in the Twentieth Century*, Tauris, Londres, 2010, p. 129.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

incluso la aniquilación física. Predicó las virtudes de los sistemas políticos occidentales, formas maquilladas de dictadura de la burguesía, aceptando y propagando que eran en efecto democracias, y de hecho las únicas democracias posibles, a la par que ensalzaba el trabajo duro, el interclasismo, el egoísmo estrechamente nacional, la subordinación al salario, la familia y el Estado.

Cuando, temerosa de la revolución, la burguesía hubo de realizar concesiones materiales para asegurarse preservar el poder, la socialdemocracia vivió su momento estelar. Su política consistió en utilizar estas concesiones, así como los periodos de crecimiento y expansión económica, para soldar el sometimiento de la clase obrera. Esta ya no era una clase dotada de la misión histórica de emancipar a la humanidad, sino, en el mejor de los casos, la base productiva de la nación, sujeto de políticas “desde arriba” que mejoraran sus condiciones materiales. El papel central de la socialdemocracia –la subordinación política de la clase obrera al propio Estado-nación y los procesos de acumulación nacionales– se implementó fuera del centro imperialista a través de formas de nacionalismo radical, vestidas en ocasiones de “comunismo” y habitualmente realizadas por regímenes bonapartistas.

La era dorada de la política obrera burguesa fue posible, como decíamos, por el formidable ciclo económico de posguerra y la necesidad de la burguesía de realizar una serie de concesiones materiales para evitar que su dominio político y económico fuera puesto en entredicho. La unidad de ambos elementos hizo factible ofrecer a la clase obrera un pacto social dotado de una cierta estabilidad: explotación a cambio de condiciones materiales en progresiva mejora (proceso desigual y combinado en lo que a su realización a escala internacional se refiere con el centro imperialista occidental mostrando, de lejos, los resultados más notables, y del que en ciertas latitudes solo llegaron los ecos).¹⁶⁸ La lucha obrera burocráticamente gestionada trastocó el modelo de búsqueda de conquistas colectivas y control creciente sobre

168. Este fenómeno tuvo su expresión más acabada en el centro imperialista, pero no puede circunscribirse exclusivamente a este. Encontramos fenómenos similares en el Oriente Medio de los Partidos Baaz, en cierto periodo de la Argentina de Perón o el Perú de Velasco Alvarado, la India de Nehru, etc.

169. No está de más recordar que lo que molesta a Antoni Domènech del socialismo histórico es su compromiso con la independencia política del proletariado, y que una de las claves del argumento de *El eclipse de la fraternidad* es la insistencia en que los partidos socialistas debían haber aceptado la vía revisionista-interclasista de los Jaurès, etc. Esto es, convertirse al republicanismo *burgués*.

170. El laborismo inglés, que nunca había sido un partido marxista y tenía por lo tanto poco que borrar por esa parte, se ocupó sin embargo de modificar el punto de sus estatutos que establecía el compromiso con la propiedad pública de los medios de producción.

171. La fijación obsesiva con Thatcher y Reagan como epítomes del neoliberalismo tiende a oscurecer el papel central que jugaron los socialdemócratas (así como los (ex) comunistas del bloque del Este) en la ejecución de las reformas neoliberales: véase los casos de Australia y Nueva Zelanda, la España de González, Mitterrand y Jospin en Francia, Blair y Brown en Reino Unido, Schröder en Alemania, etc.

172. Sobre esta persistente —y de hecho inevitable, mientras las políticas hayan de mantenerse dentro del marco

los procesos sociales por el del consumo individualizado, las concesiones corporativas y la sumisión hacia la burocracia estatal y sindical, ya formalmente fusionadas. Pronto los partidos obreros liberales hicieron explícito lo implícito en línea política: ahora serían “partidos del pueblo”.¹⁶⁹ Con metódica coherencia, fueron extrayendo de sus programas y estatutos lo que llevaba décadas siendo papel mojado: el marxismo, e incluso todo aquello que sonara excesivamente colectivista.¹⁷⁰ Preservaron el control del movimiento obrero mientras este no hacía más que debilitarse, a la vez que abandonaban cualquier apelación a lo obrero en pos de un discurso que ya era neta e inequívocamente un discurso de clases medias: modernización, mérito, ascenso social. Abrazaron el liberalismo sin matices retóricos, procediendo a aniquilar los sistemas de concesiones a la clase trabajadora cuando el capital así lo dictó.¹⁷¹ De partidos reformistas de masas pasaron a ser máquinas electorales estructuradas en torno a una densa red clientelar, engarzada a unas menguantes burocracias sindicales. Mientras el proletariado occidental se empobrecía, un breve ciclo de crecimiento económico encabalgado sobre la financiarización y el desarrollo productivo del Sur global dotó a esta política de clases medias de sus bases materiales: ahora la política, en sentido estricto, parecía consistir en una serie de disputas culturales desplegadas sobre un consenso esencial en torno a la liberalización económica.

Los hermanos pequeños de la socialdemocracia, los partidos llamados comunistas, completaron un proceso similar, solo que a escala menor. Igualmente comprometidos con su Estado-nación, igualmente defensores de una política interclasista, pronto pasaron a fundirse con otras fuerzas pequeño-burguesas en pos de preservar una porción del menguante pastel electoral, cuando no, como en el caso de los países del Este, a pasar alegremente a integrar una nueva clase política capitalista. La aceptación del Estado burgués como espacio natural e insuperable de la política se acompañaba de cierto nacionalismo económico,¹⁷² supuesto dique frente a los desmanes de la globalización, y la voluntad de preservar un Es-

tado del bienestar en descomposición. La idea de superar el capitalismo desapareció del horizonte político, aunque fuera (como llevaba décadas siendo) como mera consigna incapaz de concretarse y evidentemente contradicha por la propia práctica oportunista. Ahora incluso eso quedaba obsoleto: en este nuevo estadio bastaba con revertir el neoliberalismo y promover la “justicia social”. El marxismo, declarado desfasado, fue relegado al papel de comparsa mientras se sustituía por diversas ideologías interclasistas. Amos y señores de ese nicho social menguante que era la militancia política, se ocuparon de que esta sirviera para convertir toda política en política reformista, canalizando hacia la vía oportunista todas las energías que pudiera capitalizar. Desde sus posiciones en el menguante movimiento obrero y unos “movimientos sociales” siempre minoritarios podían asegurarse de que estos, en líneas generales, se mantuviesen dentro de sus coordenadas. Cumplieron así, a pesar de su creciente insignificancia, un papel crucial a modo de cierre *por la izquierda* del bloque capitalista. Allí donde alcanzaron cierta relevancia, se desempeñaron como socios menores en gobiernos socio-liberales (Rifondazione Comunista) o pasaron ellos mismos al socioliberalismo dentro de gobiernos de coalición (el PT brasileño, el Frente Amplio uruguayo). Por último, el “bolivarianismo” –y el chavismo en el que este tuvo su centro—alcanzó mayores niveles de radicalidad y confrontación con las oligarquías propias y ajenas sin por ello romper con los elementos esenciales de la socialdemocracia, incluido su nacionalismo, preservando los elementos esenciales del aparato estatal de la burguesía, de modo que fue incapaz de añadir ninguna novedad sustancial al marco estratégico de la vía parlamentaria a un socialismo que, por definición, nunca llega.¹⁷³

No es de extrañar que el espontaneísmo floreciera en medio de este escenario sombrío. Se le unía, además, la voluntad de la clase media de organizarse en torno cuestiones presuntamente ajenas a la clase, lo que solo podía derivar en un corporativismo que a menudo se ocultaba a sí mismo su auténtica naturaleza a través de la radicalidad vacía y la pro-

de la socialdemocracia—realidad ver Merchant, Jamie. “Fantasías de secesión: una crítica del nacionalismo económico de izquierda”, *Contracultura*, 2024.

173. En rigor, lo que el chavismo enseñó a la izquierda postcomunista fue la potencialidad de un candidato carismático con un discurso populista (polarización pueblo-élites) en un contexto de crisis política. El problema de lo anterior es que no es más que una nueva vía para engrasar el proyecto oportunista de hacerse cargo del go-

bierno del Estado capitalista. De hecho, a pesar de la diferencia entre las coyunturas, el trayecto de Podemos y el de Rifondazione Comunista sigue líneas similares (entrada en gobierno de coalición socio-liberal, desintegración y reunificación de la “izquierda alternativa” en torno a un proyecto más abiertamente adocenado).

174. Véase ese prodigio de sofistería e inanidad argumental que es Holloway, John. *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Melvin, Venezuela, 2005. Para una crítica, ver Macnair, Mike. “Closed Marxism”, *Weekly Worker*, 2016 y Lebowitz, Michael. “Holloway’s Scream: Full of Sound and Fury”, *Historical Materialism*, vol. 13, no. 4, 2005, pp. 217-231.ç

175. Debo este punto a Gaspar Juncales.

176. Para una crítica ver Aguiriano, Mario. “Huidas hacia ninguna parte. Una crítica marxista de la ideología de la huida”, *Res Publica*, vol. 25, no. 2, 2023, pp. 233-249.

moción de formas organizativas laxas. Ahora todo quedaba fiado a la acción directa, el estallido espontáneo y la creación de espacios presuntamente ajenos al capital, cuando no en un trasunto de la política fundado en la transformación individual. La palabra “Partido” era ahora un término sucio, e incluso la misma organización era sospechosa. En sintonía con el liberalismo, la idea de una conquista del poder político por parte de la clase obrera pasó a identificarse con una fantasía totalitaria. Era, además, innecesaria, porque el mundo podía cambiarse sin tomar el poder, tesis que fue respaldada por la avasalladora cantidad de o pruebas y mucha retórica.¹⁷⁴

La idea de fondo, en el mejor de los casos, era tan vieja como el economicismo criticado por Lenin: reducir la apuesta a “dar a la lucha económica un carácter político”, complementada por un retorno de Proudhon: la voluntad de crear pequeños espacios autogestionarios, el “comercio justo”, la construcción de “islas de libertad”, etc. Esta clase de iniciativas no hacen sino reeditar la vieja fantasía anarquista-pequeñoburguesa de construir una sociedad emancipada sobre la base de la pequeña propiedad.¹⁷⁵ En ambos casos, la transformación social se concebía como la ampliación espontánea de esto tipo de luchas y proyectos.¹⁷⁶

La variante más organizada lo apostaba todo al sindicalismo. De la acción particular y los movimientos de resistencia emergería espontáneamente un movimiento general. La misma pretensión de organizar la lucha revolucionaria en un sentido general (esto es, político), no digamos de dirigirla, debía ser consagrada al basurero de la historia, junto con los programas políticos, los Partidos revolucionarios (los reformistas podían seguir existiendo, y hasta se les votaba), y en general todo aquello que había estructurado la tendencia marxista. Hablar de “centralismo democrático” te convertía en un híbrido entre un dinosaurio y Lavrenti Beria. Hablar de Marx era hablar de una antigualla, quizás sugerente, pero desde luego también anacrónica y peligrosa. La emancipación, otro término en desuso que sin embargo era preservado como una combina-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

ción paradójica de sueño distante y realidad inmediatamente posible, pasaba ahora a identificarse con un estallido espontáneamente perpetuado hasta el infinito, o a la proliferación igualmente espontánea de los espacios “liberados” como aquellos donde los nuevos activistas echaban las tardes. Las luchas debían estar fragmentadas por decreto, y ser todo lo locales posible. La lucha política revolucionaria –y la consiguiente necesidad de organizarse al nivel del Estado para *combatir* al Estado– era anatema: algo, en el mejor de los casos, que se daría en un futuro, cuando las revueltas o estallidos apuntaran hacia la misma. La tarea del presente era combinar la acción económica con la denuncia mediática y la construcción de espacios “libres”. No podía, por cierto, existir un “sujeto revolucionario”: lo que habría era una pluralidad de subjetividades. La hegemonía del espacio la poseía una clase de activismo, copado por las clases medias, que se distanciaba orgullosamente del resto de la sociedad mientras construía metódicamente una cultura propia y casi deliberadamente marginal, con sus códigos, su vocabulario, su ideología espontánea, sus ídolos y sus villanos. La variante sindicalista pudo no caer totalmente en esto, pero se mantenía bajo su hegemonía.

En cualquier caso, no había una separación real entre estos movimientos y los partidos socialdemócratas (salvo quizás en la mente fantasiosa de algunos activistas), pues en rigor se mantuvieron bajo su ala, dentro de un “movimiento anti-globalización” en todo momento sostenido e impulsado por políticas reformistas (con un PT brasileño crecientemente socioliberal como principal promotor del “Foro de Porto Alegre”, etc).

De hecho, la forma dominante de conciencia en el seno de la “extrema izquierda” demuestra la perfecta unidad entre espontaneísmo y reformismo: la fetichización de las huelgas y protestas y el seguidismo acrítico hacia cualquier movimiento emergente se combinan con el apoyo entusiasta por el proyecto reformista de guardia: la pleitesía hacia los Tsipras, Chávez y Corbyn.¹⁷⁷

¹⁷⁷. Ver Conrad, Jack. “Marxism versus holy script”, *Weekly Worker*, 2019.

178. Sobre la unidad subyacente entre ambas ver también Pérez, Ani. “Prólogo de la autora a la segunda edición”, en *Las falsas alternativas. Pedagogía libertaria y nueva educación*, Virus, Barcelona, 2023, pp. 19-48, Koltiza, “Constructivismo político y lucha de clases”, *Gedar*, 2019, pp. 2-4 y Draper, Hal. “Bakunin: Reformist Politics” y “Bakunin: Reformist practice” en *Karl Marx’s Theory...* pp. 157-173.

El problema de fondo es que el movimentismo no constituye ni puede constituir una alternativa real al proyecto de la socialdemocracia. Trivialmente: la antipolítica no puede constituir una alternativa *política*, y por ello sanciona implícitamente las opciones políticas existentes, manteniéndose de facto bajo su yugo. Como resultado, ambas corrientes acaban demostrándose perfectamente complementarias.¹⁷⁸ La cuestión es doble: por un lado, la indiferencia hacia la política se trastoca fácilmente en defensa del mal menor. Ya que *no importa*, ¿*qué importa* apoyar a la opción que parezca menos mala? De ahí que el utopismo y el pragmatismo político más romo suelen ser hermanos gemelos, y que los más vehementes movimentistas caigan casi invariablemente ante el doble canto de sirena del oportunismo (o “ilusión” o “alerta antifascista”). El segundo punto, mucho más importante, ya ha sido más señalado: el movimentismo se mueve necesariamente (quiera o no) bajo el conjunto de fuerzas políticas existentes, al ser incapaz de plantear una alternativa a las mismas, y por lo tanto de construir una alternativa revolucionaria. Que sus defensores particulares decidan votar o no, apoyar abiertamente al partido reformista de turno o no, es una cuestión secundaria en comparación con la legitimación implícita del sistema de fuerzas políticas existentes derivada de la renuncia a construir una. De ahí la unidad —a menudo, por cierto, más que explícita— entre movimentismo y partidismo reformista, donde las formas organizativas laxas y “horizontales” del movimentismo permiten que sus integrantes aporten a la estrategia del partido reformista de turno y su programa de clases medias sin mayor cargo de conciencia. La perpetuación de una visión absolutamente utópica e irracional de la revolución como pura combustión espontánea sirve como pantalla ideológica para la reproducción de una práctica que atenta directamente contra las necesidades de la revolución al renunciar a las tareas que esta impone ya a día de hoy. Además, al verse liberados del lastre en términos de reputación que supone la gestión de las instituciones capitalistas, estos sectores perfectamente adocenados, expendedores de todos los productos averiados con los que el liberalismo progresista

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

se viste de radical, pueden hacer al nivel de la calle el trabajo sucio de boicotear y enfangar la emergencia de posturas comunistas. Lo que se reproduce aquí, a pesar de su mayor pátina de radicalidad, es la simbiosis entre los grandes partidos socialdemócratas y las burocracias sindicales, donde el partido reformista es la cabeza y el “movimiento social” el cuerpo.¹⁷⁹

En este sentido, Lenin resumió acertadamente las consecuencias inevitables del espontaneísmo: la “subordinación de la clase obrera a la política burguesa bajo la apariencia de negación de la política”.¹⁸⁰ Esto se extiende, dicho sea de paso, no solo a ese espontaneísmo paródico y absolutamente servil que puede combinar sin rubor la militancia “antirracista” con el apoyo a partidos que mantienen el régimen de los CIES, la falta absoluta de derechos del proletariado migrante y su asesinato sistemático en mares y costas europeos, sino también tanto a sus versiones más extremas (al estilo del anarquismo insurreccionalista) como a las más clásicas (aquellas que limitan el campo de acción del proletariado a la tríada “Ateneo, cooperativa, sindicato”, negando la necesidad del partido).

Pues la indiferencia del movimentismo¹⁸¹ hacia la política conlleva inevitablemente la captura de todo movimiento por la política burguesa. Recordemos el 15-M: estallido espontáneo e interclasista, sin líderes, sin programa explícito, sin estructuras, con demandas políticas vagas y genéricas de naturaleza esencialmente democrático-burguesa, que pronto se ramificó en una pluralidad de acciones económicas. Sirvió, en sí mismo, para mostrar cómo la crisis económica había socavado las bases materiales del orden político, dando lugar a una crisis de representación. Sirvió también como ejemplo de movimiento hegemonizado por las clases medias, donde la clase obrera participó sin poseer una posición política independiente, por lo que las demandas e ideario generales no llegaron a cuestionar la forma burguesa del Estado y la propiedad privada de los medios de producción (en líneas generales, de hecho, podría decirse que las demandas hegemo-

179. Koltza, “Nuevo curso político”, *Gedar*, 2019.

180. Lenin, Vladimir. “Anarquismo y socialismo”, *Marxists.org*, 1901.

181. Ver Marx, Karl. “El indiferentismo en materia política”, *Grupo Germinal*, 1873.

nicas apuntaban simplemente al restablecimiento del pacto social quebrado, embelleciendo este objetivo tan prosaico con consignas poéticas sobre la democracia).

La resaca inmediata del 15-M, acompañada por una crisis que no hacía sino agravarse y la severidad de las políticas de austeridad con las que la Unión Europea trató de acortar salvajemente costes –aplicadas, en el Estado español, por un gobierno derechista inmensamente corrupto—dio lugar a un auge de las luchas económicas, con la emergencia de movimientos de vivienda, de profesores, personal sanitario, parados y precarios, estudiantes, etc., todos ellos acompañados de una serie de demandas políticas. Lo que aconteció después era lo esperable: se había creado un vacío político, y la política aborrece el vacío. Surgió pues alguien dispuesto a llenarlo, un nuevo partido que encarnaba a la perfección la línea del oportunismo de derechas, interclasista y reformista (fiel reflejo, en ese sentido, de las limitaciones ideológicas del propio movimiento), pero desprovisto de la capa de polvo que recubría a sus competidores inmediatos, dispuesto a encaramarse sobre el descontento popular para llegar al gobierno. Un partido concebido como una pura plataforma electoral, creado por un grupo de profesores de la Complutense fogueados en la militancia –desde la UJCE, por la que pasó Iglesias, a las Juventudes Anarquistas que acogieron a Errejón– y la asesoría política –la campaña de Alternativa Galega de Esquerda, coalición entre la Esquada Unida capitaneada por Yolanda Díaz y la escisión del BNG que liderara Xosé Manuel Beiras, les sirvió como campo de pruebas– agrupados en torno a un proyecto mediático –la Tuerka, creado en 2010– y armados con una táctica electoralista extraída de Laclau, Mouffe y las experiencias latinoamericanas.¹⁸² Pronto las figuras que habían destacado en los movimientos espontáneos se convirtieron en flamantes cargos del partido. La magia del momento convertía a activistas en alcaldesas, a generales de la OTAN en paladines del progresismo y a inveterados autónomos en concejales a las órdenes de una antigua jueza esencialmente del PSOE.

182. Partido que pudo utilizar como estructura-esqueleto a una Izquierda Anticapitalista que decidió que había llegado la hora de apostar por el oportunismo de derecha, y a los que posteriormente y para sorpresa de nadie, el partido condenó a la irrelevancia.

En cualquier caso, el movimiento proletario que acompañara al 15-M,¹⁸³ fundido y dirigido siempre por sectores de las capas medias¹⁸⁴ pero capaz de arrancar ciertos espacios de autonomía, acabó diluyéndose ante su propia debilidad cuando los toques de corneta electorales comenzaron a sonar con fuerza. Fragmentado y carente de una política propia, volvió a ocupar el papel de convidado de piedra en una lucha estrictamente interburguesa.

La cuestión aquí no es ponernos a repasar la historia de Podemos, desde el vaciamiento de unos círculos concebidos como pantomima destinada a validar las posturas de la camarilla dirigente, los Vistalegres tragicómicos, el carnaval de puñaladas internas y en general el laborioso proceso de fabricación de las nuevas muletas izquierdas del PSOE (por no olvidar a Más Madrid, ese aspirante a trasunto de los Verdes alemanes). Porque, entre otras cuestiones, Podemos y el ciclo 15-M como un todo no son más que expresiones locales de un fenómeno global, extendido en Brasil, Reino Unido, Sri Lanka, Grecia o EEUU. En su versión más general, este fenómeno no es otro que el fracaso de los movimientos de protesta del ciclo 2008-2020. En su versión más particular, es el fracaso de la cristalización política más llamativa de ese mismo ciclo: la socialdemocracia populista (en sí poco más que una nueva envoltura retórica para la vieja política coalicionista del oportunismo). La absoluta impotencia mostrada por la única expresión realmente exitosa de esta táctica –la victoria electoral de Syriza,¹⁸⁵ que le permitió formar gobierno con el pequeño partido nacionalista de derecha ANEL– sirvió de ejemplo de los límites inherentes a esta apuesta. Pues no cabe olvidar una cuestión esencial: todos los partidos mencionados, desde Syriza hasta Podemos pasando por Corbyn y Sanders, se mantuvieron *leales a su propio orden constitucional*,¹⁸⁶ el marco inmediato de gobierno de la burguesía, y sirvieron como tanto como *instrumentos de restauración* de la estabilidad de ese orden al contener y canalizar hacia su redil las fuerzas del descontento.

183. Ver Carretero Miramar, José Luis. “Pasión y martirio de la clase media”, *Transversales*, no. 64, 2023, pp. 19-23.

184. Ver Tugal, Cihan. “Elusive Revolt: The Contradictory Rise of Middle-Class Politics”, *Thesis Eleven*, vol. 130, no. 1, pp. 74-95; Evans, Dans. *A Nation of Shopkeepers. The Unstoppable Rise of the Petty-Bourgeoisie*, Reaktion Books, Londres, 2023 y Rodríguez, Emmanuel. *La política en el ocaso de la clase media. El ciclo 15-M-Podemos*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2016.

185. Sobre Syriza, ver Roufos, Pavlos. “If Syriza is the Answer, then the Question is Wrong”, *Brooklyn Rail*, 2015. Por más que difiera de algunas de sus tesis y orientación política, puede encontrarse un interesante recorrido por las diferentes experiencias de la izquierda populista en Occidente en Borriello, Arthur y Jäger, Anton. *The Populist Moment. The Left After the Great Recession*, Verson, Londres, 2023. Sobre la victoria de Syriza como ejemplo de milerandismo ver Macnair, Mike. “Overcoming the power of capital”, *Weekly Worker*, 2015.

186. Podemos prestó su primer gran servicio al “régimen del 78” con el que tanto se llenaba la boca cuando tras la abdicación de Juan Carlos I, con el régimen inmerso en una profunda crisis, se negó a demandar la República. Por su propia

naturaleza, claro está, Podemos no hubiera podido llamar jamás por una república socialista. Eso es obvio. El punto es simplemente que su renuncia a pedir siquiera una república burguesa atestigua su complicidad con el orden constitucional del 78.

De lo anterior debemos extraer un par de lecciones: que las luchas económicas y las movilizaciones espontáneas no sustituyen, sino que complementan, la lucha política (1), que la política, si se renuncia a hacerla, viene dada por las alternativas creadas por otros; alternativas leales al orden político de la burguesía (2), que sin independencia política los movimientos de lucha económica acaban convirtiéndose en “movimientos burgueses de reforma”, soportes de la opción socialdemócrata de turno guiados por las clases medias, o agotándose tras un breve estallido (3) Que, en definitiva, el espontaneísmo y el reformismo se complementan, y constituyen una falsa alternativa (4).

187. Egipto es un ejemplo excelente: ¿quién pudo llegar al gobierno tras la revolución democrática que derribó al gobierno de Mubarak? Un movimiento-partido *reaccionario*, que llevaba décadas organizado y poseía arraigo entre las masas: los Hermanos Musulmanes.

De la protesta de masas no emerge por arte de magia la capacidad de gobernar,¹⁸⁷ así como de lo particular no emerge espontáneamente lo general, y pretender que puede hacerlo nos encierra en una especie de rueda de hámster política; una, en concreto, que produce energía para el partido socialdemócrata de guardia... cuando no, a pesar de sus mejores intenciones, para opciones aún menos potables. Como apunta una reseña de *If We Burn: The Mass Protest Decade and the Missing Revolution*,¹⁸⁸ fascinante crónica global de este último ciclo:

188. Bevins, Vincent. *If We Burn: The Mass Protest Decade and the Missing Revolution*, Hachette Book Group, Nueva York, 2023.

En general, el mismo patrón se aplica a otros lugares: los activistas provocan un levantamiento “sin liderazgos” y las fuerzas reaccionarias organizadas lo explotan en favor de sus intereses. A menudo los activistas se comportan como si el tipo correcto de cambio fuera a emerger espontáneamente, como si este estuviera de algún modo latente en sus actos. Lucas Monteiro, miembro del MPL [movimiento por un transporte público gratuito que llegara a encabezar acciones de masas para acabar siendo capitalizado por la derecha reaccionaria], exhala un lamento que encuentra ecos a lo largo de diversos países y de toda la década: “no teníamos ningún tipo de plan para lo que venía después”. ¡Ay! El poder político aborrece los vacíos. En muchos otros de los entrevistados por Bevin se da hoy un doloroso reconocimiento de la necesidad de habili-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

*dad y tenacidad políticas [...] y un anhelo por el Partido-estratega de Gramsci, el “príncipe moderno”. Bevin concuerda en que la ausencia de organizaciones representativas capaces de producir liderazgos y estrategia fue un factor crucial en la derrota de estos grupos”.*¹⁸⁹

189. Butler, James. “A Circular Motion”, *London Review of Books*, 2024.

La lección más importante que la última década de luchas y estallidos vuelve a demostrar es tan vieja como la carta circular de Marx: la necesidad de reestablecer la independencia política del proletariado. Se necesita una alternativa *política*, porque si el proletariado no tiene una política la política se la harán otros, perpetuando su subordinación, y porque solo el proletariado puede plantear una política que conduzca a la superación del capitalismo. Hace falta un plan, hace falta una estrategia unificada y bien definida, hace falta un programa, hacen falta organizaciones sean instrumentos de una visión política consciente, que puedan organizar la lucha como una lucha política sistemática, responder a la pregunta de *qué hacer después*, combatir la cosmovisión burguesa, actuar al nivel de lo general y presentar por ello una alternativa real el orden político del capital, que no puede ser más que una alternativa *socialista*. Toda la –larguísima, me hago cargo– argumentación anterior es un intento de esbozar *qué clase* de institución necesitamos, así como de las razones que subyacen a esa necesidad. Hace falta, en última instancia, un Partido Comunista.

Como la exposición anterior pretende demostrar, la independencia política es un camino. Comienza en formas embrionarias, y de estas va extendiéndose y desplegándose hasta alcanzar una forma acabada cuando el partido revolucionario es hegemónico en el seno de la clase. Si lo que se aspira a crear es una organización que una el movimiento proletario con la teoría socialista, una organización que aspire a tomar el poder y tenga a su vez un profundo arraigo entre la clase, está claro que no nos encontramos ante una tarea que pueda hacerse por decreto.

La pregunta, por lo tanto, es cuáles deben ser los primeros pasos en la vía de la independencia política. Aquí conviene recordar que a nivel histórico esta comenzó su andadura cuando los sectores más avanzados del proletariado rompieron políticamente con el ala izquierda de la burguesía bajo la que se encontraba subsumidos. Hoy esta ala izquierda es la socialdemocracia, y el actor que actualiza esta subordinación es su *burocracia*, ramificada en un conjunto de instituciones que van desde los “grandes” sindicatos hasta los pequeños partidos y sus juventudes, que organizan de facto el (escaso) movimiento existente. Por los motivos anteriormente descritos, estas estructuras no pueden simplemente esquivarse a través de un rodeo que te pondría mágicamente en contacto directo con las masas. Pero el comunismo, por supuesto, tampoco puede tomar simplemente la burocracia socialdemócrata y utilizarla para sus propósitos. No hay genuina construcción sin un momento de destrucción y ruptura. Hablamos de maquinarias perfectamente engrasadas para servir a los objetivos del oportunismo. Pero esta maquinaria tiene hoy en su extremo izquierdo, y muy especialmente en la fracción juvenil del mismo, un eslabón débil. Las bases materiales que permitían atar al proletariado a los intereses de las clases medias están hoy socavándose progresivamente, y el oportunismo ha mostrado su incapacidad para reconstruirlos en un contexto de sobreacumulación generalizada. La burocracia socialdemócrata cada vez representa *menos* –y desde luego no entusiasmo a casi nadie–, cada vez hay más personas cuyos intereses inmediatos quedan fuera de lo que esta puede aspirar a representar, y esto abre la puerta a que pueda *quebrarse*. Los sectores más avanzados de estos aparatos han experimentado esta incapacidad, y pueden hoy dar a esta experiencia una forma consciente. Para ello, los sectores militantes juveniles, socializados en una crisis económica perpetua, tienen un importante incentivo. Todo indica que les espera un futuro de lucha de clases recrudescida, de polarización del conflicto de clase. El futuro que viene es *una nueva era de guerras y catástrofes*, mediada por esta agudización de las contradicciones de clase.

Aquí cabe introducir una precisión importante: las bases económicas de la lealtad del proletariado hacia su Estado –y la consiguiente hegemonía del oportunismo entre la clase– no pueden *reducirse* a la creación de una aristocracia obrera como capa privilegiada de trabajadores. Esta última no es más que uno de los efectos centrales de una dinámica más amplia, que involucra en rigor –de forma *desigual* pero combinada– al conjunto de la clase, creando un incentivo para las políticas colaboracionistas (aceptación del marco general –el monopolio del poder político y económico por parte de la burguesía– a cambio de concesiones dentro de ese mismo marco). Del mismo modo y a la inversa, las leyes del capitalismo que determinan los procesos de proletarización no involucran únicamente a la aristocracia obrera o la pequeña burguesía a la que el gran capital desposee o empobrece gradualmente, sino que instituyen una tendencia general hacia la extensión y radicalización de la condición proletaria –“este despojamiento total, esta desnudez de toda objetividad, esta existencia puramente subjetiva del trabajo. El trabajo como miseria absoluta: la miseria, no como carencia, sino como exclusión plena de la riqueza objetiva”, según la definición de los *Grundrisse*.¹⁹⁰ Por decirlo de forma simple: la proletarización es al nivel más elemental la tendencia hacia la polarización entre una mayoría crecientemente desposeída y una minoría propietaria, cuyos mecanismos básicos fueron conceptualizados por Marx bajo el nombre de la “Ley general de la acumulación capitalista”.¹⁹¹ La destrucción tendencial de la capacidad de ahorro, la incapacidad de acceder a una vivienda, la facilitación del despido, la liberalización de las relaciones laborales y la precarización del trabajo¹⁹² o el desmantelamiento de los servicios públicos son igualmente expresiones de esta tendencia,¹⁹³ con el crudecimiento de los antagonismos de clase que le subyace. El marco resultante es uno en el que el Estado capitalista (y la socialdemocracia que lo gestiona o aspira a ello) tiene menos incentivos que ofrecer a la clase (y muy especialmente a las nuevas generaciones): los procesos de proletarización en marcha pueden *contenerse parcialmente* –como de hecho están intentando los grandes Estados imperialistas¹⁹⁴– de una for-

190. Marx, Karl. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*. Volumen 1. Siglo XXI, 2007, Madrid, p. 236.

191. “Esta ley produce una *acumulación de miseria* proporcionada a la *acumulación de capital*. La acumulación de riqueza en un polo es al propio tiempo, pues, acumulación de miseria, tormentos de trabajo, esclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el polo opuesto, esto es, donde se halla la clase que *produce su propio producto como capital*”. Marx, Karl. “La ley general de la acumulación capitalista”, en *El capital...* p. 736.

192. Ver Palmer, Bryan. “Reconsidering class: Precariousness as Proletarianisation”, *Socialist Register*, vol. 50, 2014, pp. 40-62.

193. Sobre esta tendencia ver también Davis, Mike. *Old Gods... y Planet of Slums*, Verso, Londres, 2017. Ver también Vela, Corsino. *Capitalismo Terminal. Anotaciones a la sociedad implosiva*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2018; *Capitalismo patológico*, Kaxilda, Donostia, 2021.

194. Véase el trabajo de Pablo Caño en este mismo volumen.

195. Ver Merchant, Jamie, "Las consecuencias económicas del neo-keynesianismo", *Contracultura*, Madrid, 2024; Moraitis, Alexis, "From the post-industrial prophecy to the de-industrial nightmare: Stagnation, the manufacturing fetish and the limits of capitalist wealth", *Competition & Change*, Volume 26, no. 5, 2021, pp. 513-532; Rodríguez, Emmanuel. *El efecto clase media*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2022; Piqueras, Andrés. *De la decadencia de la política en el capitalismo terminal*, El Viejo Topo, Barcelona, 2022; Alami, Ilias, Copley, Jack, Moraitis, Alexis. "La 'perversa trinidad' del capitalismo tardío: gobernar en una era de estancamiento, humanidad sobrante y colapso medioambiental", *Contracultura*, 2023.

ma que solo implica posponer su futura expresión, pero no *revertirse completamente* en un modo de producción en declive (y su expresión específica en el declive del bloque imperialista occidental).¹⁹⁵ En suma, el antagonismo de clases se hace más evidente. Esto, a su vez, incrementa de forma gradual los incentivos para una política proletaria independiente.

Sin embargo, esta tendencia no puede reducirse a sus determinaciones económicas. Cuestiones como el creciente autoritarismo de los estados, la catástrofe ecológica, el declive del imperialismo occidental y el retumbar de los tambores de guerra apuntan en la misma dirección. En el caso de Palestina, por ejemplo, la abierta participación del gobierno de Joe Biden en el genocidio ha abierto una importante grieta en la capacidad del Partido Demócrata para subyugar todo lo que existe a su izquierda bajo la consigna del antifascismo. Esta grieta es una pequeña vía para el desarrollo de una política proletaria independiente en el mismo corazón del imperio.

Si lo que hay que *deshacer* es el yugo de la socialdemocracia un paso inicial en este sentido es dar lugar a una sucesión de rupturas con la misma en la que los destacamentos resultantes se unifiquen en torno a un proyecto fundado en la independencia política. Este se sostiene sobre una conciencia socialista rearticulada que se plasma en la *separación radical con respecto a las fuerzas de la burguesía y las clases medias, defensa de una línea política revolucionaria y construcción de organizaciones políticas que lo sostengan*. La independencia política, insistimos, es un camino que comienza a recorrerse cuando el proletariado con conciencia de clase se separa de las organizaciones políticas y movimientos atados a lógicas interclasistas y echa a andar por cuenta propia, poniendo los primeros andamios de un movimiento revolucionario.

Pero un movimiento revolucionario no crece de la nada, nutriéndose únicamente de personas completamente nuevas en el terreno de la política: esta ilusión es parte integral de la ideología sectaria que lastra hoy a buena parte del comu-

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

nismo, llevando a consolarse, por ejemplo, con que las elevadas cifras de abstencionistas son un índice de la existencia de enormes masas descontentas y aun no politizadas a las que podrían acceder directamente. La realidad, sin embargo, es que la existencia de organizaciones reformistas con cierto arraigo social a nivel militante (no importa que sea pequeño, basta que sea *notoriamente mayor* al de los revolucionarios o incluso simplemente *equiparable* a este) constituye un tapón objetivo al crecimiento de cualquier opción revolucionaria. Esto es aún más relevante hoy, cuando los revolucionarios constituyen una minoría pequeña y fragmentada: a nivel del conjunto, solo las organizaciones reformistas poseen algún tipo de influencia real. A su vez, esta misma fragmentación de las fuerzas autodenominadas revolucionarias reproduce inevitablemente la impotencia. De ahí la necesidad estratégica de conseguir hacer efectivas rupturas dentro de las organizaciones reformistas que tiendan a nulificarlas (esto es, que si sobreviven lo hagan como cascarones vacíos con el menor impacto social posible), asegurándose de que una parte sustancial de la misma se pasa a las filas de un proyecto comunista. De generalizarse con una cierta amplitud esta clase de operaciones pueden dar lugar a un efecto bola de nieve donde el todo resulte ser mucho más que la suma de las partes, abriendo propiamente el terreno para una nueva vía política.

Una ruptura así entendida no es en absoluto una cuestión nominal o corporativa. No es cambiar unas siglas por otras. Es, por repetirlo, unificarse en torno al proyecto de reconstrucción de la independencia política del proletariado. Los procesos de esta índole debilitan –aunque sea mínimamente en los primeros compases del proceso– a la socialdemocracia al socavar su suelo militante (que cumple un importante papel a la hora de perpetuar la subordinación de los movimientos), desarbolar la docilidad de los movimientos sociales y reforzar a su enemigo (creando organizaciones con una capacidad creciente de confrontar la ideología y proyecto socialdemócratas a una escala en expansión). Los comunistas deben hoy impulsar esta tarea, sea desde dentro, en el caso de quienes

ya estén ahí, o desde fuera, por todas las vías necesarias. Esto requiere de un constante deslinde de campos que separe las posturas comunistas de las posiciones pequeñoburguesas, disipando el confucionismo del que estas últimas se aprovechan y clarificando la situación de modo que las alternativas existentes queden nítidamente delimitadas y se imponga la necesidad de optar por una de ellas. El punto de partida, por lo tanto, es la consumación una ruptura política que dé lugar a la construcción de organizaciones revolucionarias capaces de realizar trabajo de masas, precondition para que esta ruptura pueda avanzar hasta convertirse en una ruptura política de masas.

A día de hoy las organizaciones de masas están o bien directamente controladas por una burocracia (formal o informal) leal al Estado, o bien subordinadas al programa socialdemócrata por medios más sutiles. La reivindicación del programa socialista requiere de una defensa cerrada de los intereses generales del proletariado frente a los intentos de una capa acomodada de trabajadores de traicionarlos para buscar un encaje en el orden existente, y también por la denuncia del Estado como poder de clase, el combate contra todo aquel que quiera convertir al movimiento proletariado en un mero apéndice de otras clases y el compromiso con los métodos de lucha frente a todo conciliacionismo. El objetivo, en primer lugar, es que los sectores más avanzados en esta lucha puedan sumarse a un movimiento político revolucionario y que vaya consolidándose un deslinde de campos entre las posiciones proletarias y las de la pequeña burguesía. Debe, por ello, promoverse una separación tajante entre las posiciones del proletariado y las de las clases medias –lo que pasa, entre otras cuestiones, por socavar el poder de la burocracia sindical y las direcciones liberales de los movimientos de masas¹⁹⁶. El objetivo a medio plazo sería que la revitalización del movimiento de clase se dé conjuntamente a su fusión con un proyecto político revolucionario.

196. Sin esta las ideologías de las clases medias dominarán inevitablemente los movimientos. La simple espontaneidad es hoy más problemática porque la voz que acaba trascendiendo en ella es la de la aristocracia obrera. De ahí, además, la importancia del debate estratégico en el seno de estos movimientos frente a quienes quieren reducirlo todo a cuestiones tácticas. El problema de lo anterior es que “si no tienes una estrategia, alguien que sí la tenga comenzará pronto a gobernar tus tácticas. Alguien que sí sabe lo que quiere conseguir empezará a utilizarte”. Brassier, Ray, “Accelerationism”, 2010. Renunciar a discutir de estrategia es mantenerse implícita o explícitamente bajo una estrategia – que hoy solo puede ser la del oportunismo, la única existente al nivel de la política de masas.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

Pues como señala Macnair:

"Sin el compromiso con la independencia política de clase y el socialismo, o sea la destrucción del régimen de clase capitalista, el proceso de reconstruir el movimiento obrero no puede comenzar. [...] Este movimiento ha de ser reconstruido bajo el capitalismo no solo por medio de la sucesión de huelgas y protestas callejeras, sino en antagonismo con el Estado capitalista, los partidos capitalistas y los medios del capital. Y eso significa que el movimiento necesita tener en su mismo centro un partido que constantemente desafíe y busque socavar la legitimidad del orden constitucional, y plantee la alternativa del socialismo"¹⁹⁷

A nivel de la lucha económica, por ejemplo, las organizaciones políticas deben promover la solidaridad de clase y las posiciones proletarias deben promocionarse frente al corporativismo y los medios y organizaciones del sindicalismo de concertación, impulsando la idea de una lucha salarial sin concesiones ni renunciaciones. A su vez, las luchas económicas del proletariado deben empujarse hacia sus objetivos mientras se critica sin descanso la ideología reformista en el seno del movimiento obrero. En estos casos, el verdadero objetivo de las luchas no reside en sus resultados inmediatos, en si se consigue arrancar una concesión u otra, necesariamente transitorias, sino en extender y consolidar la unión del proletariado.

La existencia de una alternativa política independiente debería servir para impulsar este proceso a la vez que lo eleva y hace que sus esfuerzos puedan generalizarse e imbricarse con la lucha política revolucionaria.¹⁹⁸ Si los procesos de recomposición económica de la clase no van ligados a un movimiento político de esta índole, lo estarán a los partidos y fuerzas burguesas. A su vez, el proletariado solo puede triunfar cuando una sólida red de instituciones de lucha capaces de unificar a la clase en la defensa de sus intereses se une en un todo indivisible con un partido independiente. Por más que esto haya de empezar en sectores relativamente minoritarios, la meta a medio plazo debería ser lograr que importantes sectores de los movimientos de masas existentes rompieran con sus liderazgos reformistas y el yugo político de la pequeña burguesía, el asociacionismo y

197. Macnair, Mike. "The great moving right show", Weekly Worker, 2020

198. Conviene en este punto recordar las palabras de Kautsky: "Allí donde el movimiento sindical trabaja en el más estrecho contacto intelectual con el movimiento político de un partido obrero independiente, allí los sindicalistas se convierten en los campeones elegidos por todo el proletariado, allí mejoran, junto con su propia condición, la de su clase. El aumento de los deberes que de ello se deriva se compensa por el hecho de que la base económica y política de sus conquistas se hace más sólida que la de las conquistas de una aristocracia obrera". Kautsky, Karl. "Trades Unions...".

solidaridad de clase se extiendan y organizaciones de lucha del proletariado comiencen a imbuirse del espíritu del socialismo. La tarea del presente es tratar de “sembrar las semillas” para contribuir el florecimiento de este proceso.

Un elemento crucial en lo que a esta cuestión respecta es la lucha contra el economicismo en el que las burocracias sindicales querrían enclaustrar el movimiento de los trabajadores: debe impulsarse en todo momento que las luchas incorporen cuestiones políticas (como la solidaridad internacionalista), incidiendo en la cuestión del *control* y poniendo sobre la mesa un horizonte estratégico que vaya más allá de los resultados inmediatos. En palabras de Lenin:

*“La tarea de los marxistas no se limita a la agitación política en el terreno económico: su tarea es transformar esa política sindical en lucha política marxista, aprovechar los destellos de conciencia política que la lucha económica ha hecho penetrar en los obreros para elevar a estos al nivel de conciencia política marxista”.*¹⁹⁹

199. Lenin, Vladimir. “Lenin y los sindicatos”, *espaciopublico*, 2014, p. 1.

No hay que olvidar, en este sentido, que el socialismo fue la gran fuerza del proletariado mundial en el pasado siglo, aquello que está detrás de todas sus grandes conquistas y dotaba a sus organizaciones de un genuino impulso de victoria. El reformismo, por su parte, nunca ha conseguido nada realmente relevante para el conjunto de la clase, pues quien renuncia a los objetivos más elevados y necesarios no conseguirá siquiera auténticas mejoras inmediatas.

Un segundo elemento central sería la recuperación de la dimensión educativa y de provisión de bienestar de las organizaciones del proletariado, que la burocracia sindical ha conseguido sepultar. Todo movimiento revolucionario debe aspirar a contar con una pluralidad de instituciones a través de las cuales la clase pueda avanzar en su formación política a la vez que da respuesta a necesidades de tipo tanto material como “espiritual”.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

Por otro lado, la fantasía del “contacto inmediato con las grandes masas” –hegemonización inmediata del comunismo entre las grandes masas descontentas con la política burguesa– ya mencionada oculta un problema adicional. El problema es simplemente que esta clase de labor de hegemonización no es posible si no viene acompañada de una labor de *unificación* (en tanto que construcción de una base militante sólida) que en cierto sentido la precede –labor cuyo objeto son *los comunistas*– pues sin ella cualquier movimiento carecerá del peso cuantitativo y cualitativo necesario para desarrollar las tareas de hegemonización de forma sistemática. Si todo lo que podemos oponer a la ideología burguesa y los medios de masas de la clase dominante es la pintada episódica y la pancarta eventual, apaga y vámonos. La creación, por ejemplo, de un ecosistema mediático comunista, independiente con respecto al Estado y la clase capitalista –medio necesario para combatir la cosmovisión burguesa a una escala mínimamente relevante– requiere de una cantidad ingente de esfuerzos, recursos y energía, de los que ningún grupo aislado es capaz por sí mismo a día de hoy.

En líneas generales, otro elemento a deshacer es la fatal adhesión a las peores versiones del sectarismo, sea llamando “El Partido” a una estructura que no coincide ni de lejos con el concepto de partido del marxismo revolucionario, sea en la forma de un pseudo-blanquismo disfrazado donde grupos minúsculos se solazan a la espera de que un evento mágico haga caer la venda de los ojos de las masas, revelando la corrección de las posturas de *su* pequeño grupo aislado. Esta concepción de la organización es profundamente *antipolítica*, y atenta por principio contra la necesaria clarificación teórica porque lleva el dogmatismo en su ADN. Es antirracionalista por su misma *forma*. Como resultado, condena a lo que denomina “lucha ideológica”, que no es sino dogmatismo embellecido, a carecer por siempre tanto de cualquier tipo de relevancia práctica como de genuino interés teórico.

En otros casos, lo que impera es un economicismo que sigue fiándolo todo a la espontaneidad, limitando su proyecto a “dar a la lucha económica un carácter político” –práctica que, en su limitación, atenta contra la construcción del partido, al renunciar a las tareas políticas que esto impone desde hoy mismo.

Finalmente, encontramos también a quienes optan, dado el estado de repliegue del comunismo, por participar de la construcción de partidos oportunistas de reforma. De nuevo, Parkinson describe y critica acertadamente esta posición, según la cual:

*Primero debemos crear un partido de este tipo, y luego formar facciones dentro de él para que los comunistas puedan hacer entrismo con el fin de transformar el partido en un vehículo para la revolución. Este enfoque debe ser rechazado definitivamente. Los comunistas deben organizar el tipo de partido que necesitamos, que no es un Partido Laborista burgués que lucha por los intereses inmediatos de un sector nacional de la clase, sino por los intereses a largo plazo del proletariado mundial. Esto significa un partido organizado en torno a un programa para una república obrera mundial y un objetivo a largo plazo de llegar al comunismo.*²⁰⁰

200. Parkinson, Donald. “Del Partido...”.

Abandonar este triste escenario requiere de la unificación de los comunistas en torno a los principios y elementos estratégicos esenciales del marxismo revolucionario, con la independencia política del proletariado como principio rector. La unidad, en definitiva, debe darse ante todo en torno a unos principios políticos y una línea estratégica general, con el socialismo científico como base teórica común. Recuperar y plasmar en el presente los principios del marxismo revolucionario es lo que permite fundamentar la unidad de los comunistas en torno a las necesidades objetivas de la revolución, y no en espurias “doctrinas” grupales.²⁰¹ En este sentido, no hay nada más novedoso que la ortodoxia, distorsionada por largas décadas de desviaciones oportunistas y dogmáticas que han determinado el abandono de la independencia política y la consagración

201. Debo esta formulación a Álex Fernández.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

del dominio absoluto de la ideología pequeñoburguesa del colaboracionismo de clase en el movimiento proletario, haciendo que este oscilara entre la sumisión, la impotencia y el desastre.

Lo que debe evitarse a toda costa, por otro lado, son los frentes eclécticos y difusos, contrarios a la necesaria firmeza y claridad de principios, así como la pretensión sectaria –e inevitablemente contraproducente– de fundamentar toda unidad en una uniformidad teórica total y absoluta: hacen falta tareas claras y fórmulas organizativas capaces de dar forma a esta unidad y canalizar el debate interno.

Ante todo, debe recuperarse la racionalidad política que da fundamento a esta tendencia. En este sentido, todos los grupos actualmente insistentes deben reconocerse como productos de una era de inmadurez del movimiento proletario y actuar en base a ese reconocimiento, ejecutando las tareas que permiten abandonar esto y avanzar hacia la forma-partido. Los grupos separados y dispersos deben, en definitiva, avanzar hacia la unificación –y esto sí que lo media la “lucha ideológica” como debate político racional. Pues solo una unificación construida sobre principios firmes permitiría llevar adelante un trabajo de masas capaz de dar respuesta a los desafíos de nuestro tiempo.

Tampoco cabe olvidar en este sentido que a menudo hay más unidad en la fuerza que fuerza en la unidad, y que hay sumas que restan. Conseguir avanzar en el proceso de unificación no es un requisito sino un *resultado* de haber comenzado a andar la vía de la independencia política, mostrando aciertos táctico-organizativos a través de los cuales esta se amplía y robustece.

Finalmente, el espontaneísmo como ideología debe ser abandonado. No solo ha fracasado en las últimas décadas: ha fracasado *siempre*, porque es simplemente contrario a la realidad. No basta con participar en organizaciones de resis-

tencia y movimientos sociales: hace falta un partido, y este no emergerá del movimiento espontáneo. A lo largo de todo el planeta, los activistas han podido comprobar una y otra vez cómo las limitaciones de sus proyectos los condenaban a una mezcla de impotencia práctica y subordinación política. Un movimiento puramente espontáneo estará condenado por definición a reproducir la ideología dominante en alguna de sus versiones. En una entrevista reciente, Vincent Bevin lo expone de este modo:

*Un movimiento revolucionario debe conocer con antelación la teoría revolucionaria; debe estar unido en torno a una visión particular de la sociedad, una teoría particular de la transformación revolucionaria, o acabará simplemente reproduciendo aquello contra lo que actúa.*²⁰²

202. "Why a Decade of Protests Didn't Lead to Revolution. An Interview with Vincent Bevin", *Jacobin Magazine*, 2024.

El camino de la independencia política pasa por romper decididamente con la lógica seguidista que nos condena a ir a rebufo de los diferentes movimientos que vayan surgiendo. Pues no basta tampoco con esperar la llegada de ese Godot que es la protesta definitiva, el gran estallido que lo resolverá todo... porque este no llegará nunca. Para que los momentos de estallidos sociales puedan culminar en genuinos avances en un sentido socialista es necesario hacer construido previamente una fuerza política lo suficientemente flexible como para adaptarse a la coyuntura, lo suficientemente arraigada en la clase como para ser relevante, y lo suficientemente disciplinada como para mantener una unidad de propósito en torno a fines revolucionarios.

El objetivo puede resumirse en esta frase de Lenin:

*Esta última táctica [la del anarquismo] se reduce a la espera de los "grandes días", sin capacidad para concentrar la fuerza que crean los grandes acontecimientos. Unos y otros frenan lo que es más importante y más apremiante: la agrupación de los obreros en organizaciones grandes, poderosas, que funcionen bien y capaces de funcionar bien en todas las circunstancias, en organizaciones impregnadas del espíritu de la lucha de clases, que tengan una visión clara de sus objetivos y estén educadas en una verdadera concepción marxista del mundo.*²⁰³

203. Lenin, Vladimir. "Las divergencias en el movimiento obrero europeo", *Marxists.org*, 1910.

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

La forma en que este proyecto podría plasmarse en el presente ya ha sido desarrollada en otros documentos.²⁰⁴ Dentro de las limitadas posibilidades que ofrece un contexto de repliegue del comunismo y fragmentación del proletariado, debemos luchar por la creación de organizaciones que sean capaces de unir a los diferentes sectores de la clase con el programa comunista y avancen decididamente hacia transformarse en organizaciones revolucionarias de masas. Necesitamos *desde ya* organizaciones que sean instrumentos de una visión política consciente, fundadas sobre la teoría revolucionaria. Organizaciones de combate que sean organizaciones para la acción política, unidas y centralizadas en un único movimiento, capaces de ir tomando arraigo en el seno de la clase a la vez que apuntan decididamente hacia los objetivos finales.

Estas constituirían, en su unidad, una fuerza política independiente, capaz de construir progresivamente una alternativa a las fuerzas leales al Estado capitalista, de profundizar en esta vía atrayendo a más sectores de la clase a la lucha y construyendo un tejido de instituciones a través de las cuales el proletariado pueda desarrollar su conciencia política y dar un contenido material a su independencia. En el despliegue de este proceso, el esqueleto político que sostiene el movimiento –los principios y la estrategia– va extendiéndose y tomando cuerpo: las tácticas van adecuándose y puliéndose, los procesos de trabajo se sistematizan, la claridad aumenta junto con el arraigo en la clase y las líneas programáticas iniciales se convierten en un programa completo para la conquista del poder –base necesaria de un partido revolucionario de masas.

Para evitar la ingenuidad política, un movimiento de esta índole tiene que ser capaz de actuar en base a un conocimiento preciso de las formas de conciencia que operan en la sociedad, así como sus diferentes niveles. Quien trata de abarcarlo todo de inmediato acaba por no apretar nada: pretender, en el contexto actual que todo tu mensaje resulte inmediatamente

204. Ver EHKS, “Nueva Estrategia Socialista: Bases estratégicas para la recomposición internacional del comunismo”, Gedar, 2023, especialmente pp. 10-13; CJS, “El camino de la independencia política”. Disponibles en <https://gedar.eus/pdf/ehks/nuevaEstrategiaSocialista.pdf> y <https://cjsocialista.com/propuesta-pol%C3%ADtica>

205. Sobre la noción de círculos de conciencia ver Lih, Lars. *Lenin Rediscovered...* pp. 75-77. Estos deben concebirse como una serie de círculos concéntricos que tienen a los comunistas en su núcleo y se expanden en el movimiento organizado de la clase, los sectores politizados de la misma, la clase en su conjunto, etc.

atractivo para la clase en su conjunto es una quimera peligrosa, pues supone precisamente obviar el trabajo preparatorio necesario, el avance progresivo en diferentes “círculos de conciencia”²⁰⁵ y la necesaria unidad de la extensión de la conciencia socialista, el despliegue de la organización y el aumento del poder material de la clase. En ese sentido, el proceso de concreción progresiva del mensaje para llegar –en el sentido de *convencer*– a círculos cada vez más amplios es correlativo al crecimiento de una masa militante capaz de respaldarlo, único medio para que lo concreto no sea en realidad una pseudo-concreción abstracta, o bien ininteligible (por su radicalidad genérica y desprovista de fundamentos políticos reales) o indiferenciable, a ojos del público, de los mensajes de la socialdemocracia. Pues para que la adecuación del mensaje comunista a una problemática concreta pueda entenderse *como tal* es necesario que pueda ser percibido dentro de la totalidad política que le da sentido y no como un brindis al sol eventual o como una demanda aislada.

Cuando esto se olvida, el resultado es un despropósito inevitable: llevará por defecto a *rebajar* políticamente el mensaje, y encima no lo escuchará nadie porque ni el mensaje estará apoyado en una fuerza política real ni se dispondrá de los medios para que llegue a todas partes. En lugar de *ganarse* a cada vez más sectores para el socialismo, lo anterior conllevaría *diluir* el socialismo a fin de ganarse a la gente para no se sabe muy bien qué, confundiendo la necesaria flexibilidad táctica con una renuncia estratégica y de principios. Implicará, por tanto, plegarse a los movimientos y formas de conciencia existentes, ir a su zaga... colapsar en el oportunismo.

El desafío, sin embargo, es afrontar lo anterior sin caer en su error gemelo: buscar refugio permanente en un purismo impotente y desoladoramente autorreferencial, que se conforma con la reproducción de pequeños grupos aislados, desconfía del proletariado con ademanes elitistas y se organiza por medios sectarios. Paradójicamente, esta fórmula de “hablar solo para ya convencidos” es impotente incluso para

¿QUÉ (DES)HACER? SOBRE LA NECESIDAD DEL PARTIDO

organizar a los ya convencidos, en la medida en que acaba inevitablemente por sustituir las cuestiones políticas por cuestiones doctrinarias. De ahí la importancia de la “fórmula fusión”, que se concreta en la división correcta de las tareas de unificación y hegemonía, así como en el equilibrio virtuoso entre teoría, propaganda y agitación.²⁰⁶

La primera vía de las vías anteriormente descritas – eclecticismo y mensajes políticamente vagos– es la de un movimiento obrero sin socialismo, la segunda –purismo autorreferencial– la de un socialismo mutilado, desligado indefinidamente del proletariado y por lo tanto condenado a la impotencia (y en ese caso, por definición, teóricamente errado). La emancipación del proletariado solo puede ser obra del proletariado mismo: este principio debe guiar en todo momento la práctica de los comunistas. Un Partido comunista no puede ser un pequeño grupo, por disciplinado que sea: requiere del desarrollo de un movimiento proletario socialista. Pero el primer paso para su construcción pasa por la organización de los sectores más conscientes en torno al camino de la independencia política. Este primer paso, que da comienzo a un auténtico trabajo político comunista, se vincula dialécticamente con el segundo: la transformación del socialismo en una tendencia político-cultural de masas que unifique al bloque social proletario en sujeto revolucionario.

En términos más técnicos: avanzar en la construcción del partido requiere de un modelo actualizado capaz de consumir a escala progresiva la fusión entre el socialismo y un movimiento proletario, convirtiendo la independencia política en un proceso en expansión, firmemente orientado hacia sus formas acabadas.²⁰⁷ El objetivo de lo que llamamos “fase de movimiento” es precisamente la reconstrucción de la independencia política del proletariado: su constitución en Partido Comunista.

De ahí la división interna del proceso socialista. Primero, organizar el partido del proletariado. Después, este partido podrá guiar a la clase hacia la construcción del Estado Socialista. Final-

206. Ver EHKS, “Nueva estrategia socialista...” pp. 11-13 y el trabajo de Aitor Bizkarra y Paul Beitia en este mismo volumen.

207. Ver, de nuevo, EHKS, “Nueva estrategia socialista...”.

mente, el Estado socialista, desplegado a escala mundial, podrá hacer efectiva la plena edificación de la sociedad sin clases.

El primer paso coincide por lo tanto con lo que el propio Lenin señalaba como el comienzo real del largo camino del proletariado hacia la victoria²⁰⁸:

208. Sobre esta cuestión y la narrativa histórico-política que animó la carrera de Lenin ver Lih, Lars. *Lenin...* Lih delinea lúcidamente lo que llama el “escenario heroico” de Lenin –constitución del partido (fusión entre el socialismo y la clase trabajadora), revolución democrática bajo la hegemonía del proletariado, ascenso de la lucha de clases a un nuevo estadio donde el proletariado ruso, en unidad con el proletariado mundial, avanzaría hacia la revolución socialista– expuesto por el propio Lenin en el párrafo final de *Quiénes son los amigos del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas*.

209. Lenin, Vladimir. *Quiénes son los amigos del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1978, p. 229.

*“Cuando sus representantes más avanzados [del proletariado] asimilen las ideas del socialismo científico, la idea del papel histórico del obrero [...], cuando estas ideas alcancen una amplia difusión y entre los obreros se creen sólidas organizaciones que transformen la actual guerra económica esporádica de los obreros en una lucha consciente de clases...”*²⁰⁹

Dado el grado de desarrollo actual del proceso, sería de una ingenuidad pasmosa plantearse a medio plazo el pensar en formar directamente un gobierno revolucionario. Poder orientarse hacia este objetivo requiere empezar por formar una *oposición* revolucionaria; una oposición independiente que se comprometa inequívocamente con la emancipación del proletariado. Una fuerza de antagonismo político contra el Estado burgués y su sistema de partidos leales, que hoy forma el conjunto del arco parlamentario; una fuerza de oposición implacable y hostilidad decidida contra el orden político capitalista, que proclame con vehemencia la necesidad de un Estado socialista. Solo una fuerza de esta índole puede preparar, educar y organizar al proletariado como agente político de clase. Una oposición real, que tenga posiciones conquistadas al nivel del conjunto de la vida social, y por lo tanto un nivel creciente de arraigo en el seno de la clase, pudiendo convertirse en el vehículo de su acción política independiente.

También aquí conviene seguir el consejo de Marx:

*Allí donde la clase obrera no ha desarrollado su organización lo bastante para emprender una ofensiva resuelta contra el poder colectivo, es decir, contra el poder político de las clases dominantes, se debe, por lo menos, prepararla para ello mediante una agitación constante contra la política de las clases dominantes y adoptando una actitud hostil hacia ese poder. En caso contrario, la clase obrera será un juguete en sus manos.*²¹⁰

210. Marx, Karl. “Carta a Friedrich Bolte...”.